Seix Barral

Luis Miguel Rivas

Malabarista nervioso

Seix Barral

Luis Miguel Rivas

Malabarista nervioso

Seix Barral

Luis Miguel Rivas

Malabarista nervioso

Seix Barral

Luis Miguel Rivas

Malabarista nervioso

Seix Barral Biblioteca Breve

Luis Miguel Rivas

Malabarista nervioso

Seix Barral Biblioteca Breve

Luis Miguel Rivas

Malabarista nervioso

© Luis Miguel Rivas, 2022

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2022

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

Primera edición (Colombia): julio de 2022

ISBN 13: 978-628-00-0427-3

ISBN 10: 628-00-0427-9

Desarrollo E-pub

Digitrans Media Services LLP

INDIA

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Conoce más en: https://www.planetadelibros.com.co/

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Soy un malabarista

nervioso.

Me entrego cada día

como ofrenda perpetua

al amo déspota de la precisión.

Mis manos,

que apenas acarician

mazas, aros, diábolos,

bastones,

viven en el pavor

de fallar el contacto.

No aspiro a ser payaso.

No envidio al domador.

Soy un malabarista

nervioso:

el que tiembla y trastabilla

cada tarde de domingo,

evitando aterrado el estropicio,

el caos de las cosas

en caída.

ÍNDICE

Fantasma sin énfasis

La sonrisa de nuestra señora

San Cristóbal

El muerto sigue bien

A mí lo que me mató fue ese salsaludo

¿Podría apagar la luz?

Marejada feliz

Plantas contra zombis

La gran carrera de Jaime Luis Correa

FANTASMA SIN ÉNFASIS

Para Bruno

No sé de dónde surgió la falaz idea de que los fantasmas son una especie de adolescentes empalagosos que viven en función de asustar a la gente para divertirse o para incomodar. Cualquiera que haya tenido el más mínimo contacto con la cotidianidad de los fantasmas

podrá dar fe de la seriedad con que transcurren sus jornadas, dedicadas más a la juiciosa repetición de tareas y rutinas ejercidas por las personas en las que otrora estuvieron encarnados, que a la dilapidación del tiempo —y en esto muestran una extraña inconsciencia de su eternidad— en pueriles ociosidades. Sirva esta historia para aclarar esas falacias y vindicar la dignidad de unos seres cargados con pesadas responsabilidades y tribulaciones, que merecen toda nuestra consideración y respeto.

La vida en la deteriorada mansión del expresidente Goyonechea —que tantas veces habrán visto los usuarios del colectivo 85 al pasar por el amplio descampado contiguo a la terminal de transportes— era, en el momento en que acaecieron los sucesos que paso a referir, una clara prueba del ambiente severo y laborioso en el que transcurre la vida de los espíritus. En dicha mansión, morada del virrey Alcántara en los tiempos de la Colonia, del general Beriátegui después de la Independencia y del presidente Goyonechea en los tiempos de la República, vivieron y murieron no solo varias generaciones de una misma estirpe, como suele suceder en las casas de los clásicos relatos de fantasmas, sino sucesivas generaciones de familias diferentes. Lo que hacía del ambiente fantasmal del recinto una miscelánea de presencias heterogéneas con maneras, lenguajes, atuendos y costumbres disímiles, congregadas en un armónico ambiente de cosmopolitismo pluritemporal y unidas ya no por extintos lazos de sangre, sino por siglos de convivencia etérea.

Entre los espíritus ilustres que habitaban la casa podrían mencionarse a Matilde del Perpetuo Socorro Alcántara, hija menor del virrey Alcántara, asesinada en 1750 por su primo Rodrigo de la Calle en un ataque de celos; Wenceslao Batista, duque de Cardonia, sobrino de la virreina, retrasado mental, ahogado misteriosamente en la alberca del patio en 1763; el licenciado Dudamel Beriátegui, acuchillado en el sótano por su hermano, el general Campo Elías Beriátegui, prócer de la patria, por sospechas de alta traición en 1815; Juanita Beriátegui, hija menor del general, víctima de una sífilis contraída en los lupanares del puerto en 1823; Marina Valdetierra de Goyonechea, esposa del presidente Vespasiano Goyonechea, muerta por tuberculosis en 1874, y Baldomero González, profesor de filosofía, hermano medio del doctor Goyonechea, cuyo cadáver fue encontrado en su estudio sobre un amarillento volumen de *Representación del universo y concepto del ser,* de Tadeus Wolsheberg, tras sufrir un ataque de apoplejía en 1879.

Este último, protagonista de nuestra historia, ya en vida era un ser casi ausente, sumido en complejas disquisiciones desprovistas de

cualquier vibración anímica, que lo mantenían encerrado en sus habitaciones.

Abstraído del mundo, pasó de la vida a la muerte sin notar cambios relevantes, salvo el incómodo desgarramiento del alma al salir del cuerpo, y una vez en el nivel etéreo retomó sus estudios en el punto en que los había interrumpido sin percatarse de las condiciones de su nueva realidad e indiferente a la calidad de sus nuevos compañeros. Los demás fantasmas tampoco le prestaron mucha atención, dada su apocada presencia, limitándose a ofrecerle un desmañado saludo de bienvenida para continuar con la custodia de sus respectivos secretos y tesoros, la expiación de sus culpas y el arrastrar de sus cadenas invisibles.

Durante los primeros ciento cincuenta años de su muerte, el licenciado González mantuvo su discreta existencia sin más interrupciones que eventuales paseos por los pasillos de la casa para despejar la mente, y esporádicas incursiones de algún inquilino curioso —generalmente el integrante más díscolo de alguna de las familias que arrendaban la casa por cortas temporadas, antes de huir despavoridas— que se atrevía a llegar hasta la clausurada habitación del fondo del corredor, en el segundo piso.

Por lo general, el audaz impertinente daba una mirada temerosa al recinto

oscuro y empolvado y aun sin percibir el espíritu de Baldomero, salía raudo y satisfecho de su propia valentía. Cuando se trataba de una perso-na perceptiva, bastaban unos pasos dentro de la habitación y el solo presentimiento de la existencia fantasmal para que brotara el grito aterrorizado y la consecuente huida al borde del desmayo. Esas escandalosas expresiones de terror molestaban y desconcentraban sobremanera a Baldomero, quien siempre hizo lo posible por evitarlas. De alguna manera lo logró y habría continuado sin complicaciones durante dos o tres eternidades más, si no hubiera aparecido la mujer melancólica aquella tarde de otoño.

Afuera el viento dispersaba las hojas de los árboles y en la habitación Baldomero se concentraba en un párrafo especialmente abstruso del tomo III del *Foedus Cognitionis Humanae*, de Lucio Moribaius, cuando se escuchó el chirrido de la puerta y apareció la figura rubia y macilenta de la mujer, metida en una pijama ancha de flores estampadas, con una vela encendida en la mano. Baldomero levantó la cabeza y esperó que la advenediza curioseara a satisfacción, o merodeara hasta percibirlo antes de salir horrorizada. Pero la mujer

no mostró curiosidad. Y aunque pareció percatarse de su presencia no dio señales de miedo. Por el contrario, avanzó sin inmutarse, con pasos desganados, hasta llegar a la cama recostada en la pared lateral, y se dejó caer en ella. Sorprendido, Baldomero esperó pensando que, si bien no había sucumbido al miedo, se cansaría de la soledad y el silencio inquietantes del lugar y al cabo de un rato se marcharía. Pero transcurrió la tarde y pasó la noche sin que la mujer se levantara de la cama ni diera muestras de actividad, a no ser algunos cambios de posición sobre el colchón.

Al día siguiente permanecía allí, y al llegar la segunda noche todavía no daba muestras de querer abandonar la habitación. Incómodo, sin poder concentrarse en sus investigaciones, Baldomero decidió, por primera vez, recurrir a métodos inusuales. Se movió agitadamente por la habitación, levantando todo el viento que le fue posible hasta crear un torbellino que hizo caer las porcelanas ajadas de las repisas carcomidas y puso a pendular los cuadros colgados en las paredes. Pero la mujer apenas giró la cabeza, miró con indiferencia el movimiento de las cosas, sostuvo por un instante la

mirada en el punto exacto donde él se encontraba, y volvió a su quietud melancólica.

Una semana después todavía no se había ido. A duras penas se levantaba para recoger los platos de comida que alguien dejaba en la puerta y que iba acumulando casi sin tocarlos sobre la mesita de noche. Su únicos movimientos y sonidos palpables eran las convulsiones del pecho que coronaban eventuales raptos de llanto. No hacía nada más. Parecía querer consumirse en la quietud y si no fuera por la evidencia de su materialidad se la habría podido confundir con un fantasma más. Algunas veces pasaba por la habitación un médico que trataba de darle medicamentos o convencerla de algo con palabras que Baldomero no comprendía y que ella desestimaba.

A pesar de sus bajas vibraciones, el cuerpo de la mujer emitía una radiación que inundaba la atmósfera y se adhería al aura fantasmal de Baldomero impregnándola de cierta pesadez de sentimientos y emociones, ecos de una memoria lejana que le hacían sentirse extraño de sí mismo. Ese hecho había disminuido notablemente su capacidad de aplicación a los estudios. Desesperado, pensó que debía tomar medidas radicales. Solo que no sabía cuáles.

Ella misma le dio una idea la mañana en que el médico entró a la habitación y empezó a reconvenirla. La mujer escuchó al doctor con gesto huraño durante un rato y de un momento a otro, con inusual

enjundia, se lanzó sobre el hombre y lo sacó a empujones. Baldomero observó la escena asombrado y permaneció pensativo el resto del día. Al caer la tarde, cuando la mujer se incorporó para trasladar el plato de comida intacto desde la puerta hasta la ringlera de la mesita de noche, se abalanzó sobre ella con todas sus fuerzas, aplicando la energía en dirección a la puerta. Pero pasó de largo a través de su cuerpo. Incrédulo, volvió a intentarlo con igual resultado. Luego de varios enviones infructuosos fue a recogerse en un rincón del cuarto y permaneció meditabundo, atribulado, tratando de digerir la repentina revelación de un hecho con el que había vivido durante un siglo y medio sin prestarle atención: no tenía cuerpo. Pensó profunda y largamente en el asunto y los pensamientos lo llevaron a comprobaciones aún más graves: si no tenía cuerpo no era una persona. Si no era una persona no podía ser otra cosa que una «no persona». Una «no persona»

que sin embargo sentía que existía. Pensó más y más hasta llegar a la cruda

y categórica conclusión de que su existencia no era más que el producto de una simple opinión subjetiva. Este descubrimiento lo desmoralizó.

A partir de ese día renunció a los pensamientos voluntarios y despojó de cualquier énfasis la idea de su propia existencia con el objetivo de comprobar si «él» era «algo» más allá de su particular convencimiento.

Abandonó los libros y se dedicó a gravitar sin ningún esfuerzo ni intención, impregnándose cada vez más de la energía vegetativa de la mujer de la cama.

La completa entrega al abandono difuminó día a día su presencia fantasmal. Una tarde, el aura despojada de voluntad en que se había convertido fue arrastrada por el viento a través del corredor central de la casa y en el trayecto se encontró con el licenciado Dudamel Beriátegui que venía quejándose de sus puñaladas, en dirección contraria. Baldomero se dispuso con desgano para el rutinario saludo, pero Beriátegui no solo siguió de largo sin verlo, sino que cruzó a través de él con un temblor y luego huyó aterrado, como si lo persiguieran para volverle a matar. En otra ocasión flotaba desprevenido por los alrededores del patio trasero cuando Wenceslao Batista, duque de Cardonia, emergió de la alberca y luego de mirar un rato hacia el sitio por donde pasaba Baldomero, se desató en gritos histéricos preguntando a quién pertenecía la sombra que lo acechaba y qué quería de él.

Los fantasmas de la casa convocaron a una reunión para hablar de las cosas extraordinarias que estaban sucediendo, y Baldomero, que había decidido no volver a salir de la habitación, escuchó pegado a la pared, junto a la mujer que yacía mirando al techo. Dudamel Beriátegui y el duque de Cardonia dieron cuenta de lo ocurrido en el corredor y junto a la alberca; pero, además, la señora Marina Valdetierra de Goyonechea habló de una presencia misteriosa que solía deambular por la cocina, y Juanita Beriátegui dijo haber sentido en varias ocasiones una corriente de aire enrarecido que se movía por los alrededores de la sala principal y le producía escalofríos.

Baldomero se sorprendió porque no recordaba haber visitado la cocina ni la sala en los últimos días. Entonces empezó a oír un murmullo de risitas burlonas a sus espaldas. Al girar se encontró con un corrillo de presencias transparentes, de una invisibilidad mucho más sutil que la de los demás habitantes de la casa, que cuchicheaban entre ellas y lo miraban con sorna.

Reconoció a varios espectros de los que había oído hablar o sobre los que había leído, pero a los que nunca había visto en persona: Fernando de Espronceda, suicidado en la buhardilla en 1867; la marquesa Jacinta de Arteaga, muerta de pena moral después de la decapitación de su prometido en 1794; Arturo Villanueva, próspero comerciante, atacado repentinamente por una inexplicable melancolía que lo llevó a la muerte en 1876, y junto a ellos, otros dos seres sin señales particulares, de los que nunca había tenido noticias. El desprecio con que lo miraron no excluía, sin embargo, cierta sonrisa de complicidad, y en ese gesto Baldomero comprendió su nueva condición: había entrado en un segundo nivel de la inmaterialidad, el mundo de los fantasmas de los fantasmas. Pero no pudo corroborar el descubrimiento ni aclarar dudas con sus nuevos compañeros porque estos abandonaron la habitación entre risas socarronas, sin la delicadeza de una despedida.

Más que un cambio ostensible el nuevo estado suponía una variación en la calidad de las percepciones. Seguía en la habitación, al lado de la mujer, solo que ahora la veía desde una lejanía que no era espacial. Una distancia de sensación. Notó que en ese nuevo nivel los pensamientos eran más livianos e informes. Pero seguían siendo pensamientos, y aún le pesaban y le apremió la urgencia de ser todavía menos; o dejar de ser todavía más.

Buscó con mayor asiduidad la cercanía de la mujer, con la esperanza de que su aura desalentada lo contagiara de una mayor inexistencia. Se abrió por completo a la energía que de ella emanaba y gravitó a su

alrededor durante largas jornadas, atento a cada pestañeo, a cada precario movimiento, a cada leve sollozo, buscando las claves de la absoluta lasitud.

Una noche volvieron a aparecer en la habitación, sin anunciarse ni saludar, Arturo Villanueva, la marquesa Jacinta de Arteaga y Fernando de Espronceda. Por la algarabía y el aspecto desmañado parecían venir de alguna fiesta. Se movieron por el cuarto como Pedro por su casa, persiguiéndose y bromeando, indiferentes a la presencia de los habitantes del lugar. Baldomero, molesto, pero con tono educado, los instó al silencio y pidió respeto para con él y su compañera, pero los advenedizos siguieron su juerga como si no existiera. En principio adjudicó el desaire a la grosería que parecía característica en los fantasmas del segundo nivel. Pero luego de que, harto de la barahúnda, se les plantó en frente y los interpeló con dureza

sin recibir indicio alguno de haber sido escuchado cayó en la cuenta de que no lo percibían. Cuando se cansaron y salieron a seguir su fiesta en otra parte, él permaneció quieto al lado de la cama, en medio de un silencio nuevo y una tranquilidad extraña que lo inquietó. Miró a la mujer para comprobar si había notado algo, pero ella había vuelto la cara hacia la pared. Entonces miró hacia el techo y vio flotar, ceñidas a las viejas barandas de madera, un grupo de siluetas traslúcidas, detectables apenas por las ondas de aire que desplazaban al moverse. Bajaron haciendo círculos y lo rodearon hasta confundirlo en su aura imperceptible. En ese extraño ritual reconoció la bienvenida a un tercer nivel de insustancialidad.

Permaneció una temporada en esa instancia. Pero aún en ese limbo impersonal siguió sintiéndose a sí mismo y no cejó en sus propósitos de disolución.

Después del mundo de los fantasmas de los fantasmas de los fantasmas habitó el de los fantasmas de los fantasmas de los fantasmas de los fantasmas y por esa vía continúo desdibujándose sin pausa hasta llegar a un estado tal de imperceptibilidad que incluso dejó de ser percibido por la mujer de la habitación.

Empezó a sentirse casi nada, y eso lo llenó de optimismo. La idea de un tal Baldomero González se disgregó hasta convertirse en una vaga intuición, apenas el bosquejo de una generalidad.

Entonces ocurrió el cataclismo. Una explosión abrupta zarandeó el espacio en ondas violentas, con una estridencia apocalíptica que él

recibió complacido. Pero pasado el estruendo y reinstaurados el silencio y la quietud, se descubrió todavía allí. La explosión había detonado en los estratos más bajos de la materia con una fuerza descomunal que repercutió capa por capa hasta llegar a los niveles de silencio casi blindado en los que él levitaba. Se asomó a través de las capas y vio la habitación, la cama y el cuerpo rígido, estrictamente material, de la mujer melancólica. Vio a la familia reunida alrededor de la cama y al médico junto al cuerpo dando palabras de consuelo.

Había muerto de manera contundente. La cantidad de abulia y desgano concentrados en su espíritu eran de tal peso y consistencia que al liberarse de los amarres del cuerpo se había desplomado en la muerte como un colosal meteorito, ocasionando una explosión cataclísmica que removió los

cimientos del mundo espiritual. Baldomero vio entrar en el mundo etéreo a la recién nacida fantasma y no le fue difícil prever que esa poderosa corriente de desaliento pasaría pronto al segundo nivel de invisibilidad y luego a la instancia de los fantasmas de los fantasmas de los fantasmas, y seguiría desvaneciéndose hasta que al cabo de quién sabe cuánto tiempo llegaría al nivel de las ideas apenas intuidas, de los suspiros, donde él se mantenía sin disolverse.

En medio de los últimos ecos de la onda explosiva vio formarse en el aire un pensamiento de bordes difusos que al principio atribuyó a un capricho del espacio y luego reconoció surgido de su propia sustancia. Ese pensamiento decía que alguien llegaría para acompañarlo en el camino incierto de la inasequible disolución. Se puso a esperarla.

No se sabe si llegó o si él aún espera, porque a partir de ese momento la historia se pierde en la zona encriptada de los archivos evanescentes del mundo fantasmal. Nada conocemos sobre el desenlace de esa energía triste que un día se materializó en el cuerpo de una mujer, ni de aquella que en un momento recibió el nombre de Baldomero González. La información a la que tenemos acceso apenas nos permite dar cuenta de la vida en los primeros niveles, donde los fantasmas siguieron trajinando, indiferentes a preocupaciones metafísicas, ocupados con sus funciones, sus rituales y sus particulares tribulaciones. Habría que escribir un tomo para adentrarse en la historia de cada uno. Por ahora basta recordar que, por más liviana que su presencia aparezca ante nuestros ojos, la existencia de ningún fantasma está exenta de graves complicaciones y pesadas responsabilidades.

LA SONRISA DE NUESTRA SEÑORA

Ramiro Tuberquia no sabía de la aparición de la cara de Jesús en una pizza de tres quesos ocurrida en Brisbane, Australia, en 1983; ni del surgimiento de otra imagen del redentor, acompañado en esa ocasión por su madre, María, en una empanadilla polaca que estuvo a punto de ser devorada por el ama de casa Dona Lee, en Toledo, Ohio, en 1991; ni de tantas otras apariciones culinarias de la divinidad a lo largo y ancho de la historia y el mundo; tal vez porque, en primer lugar, el espectro de su dieta era demasiado estrecho para la inmensidad del redentor y, en segundo lugar, porque no creía en dioses ni santos. A sus veinte años, cuando ingresó al Sindicato Marxista Leninista de Textiles Tejimoda, empezó a desconfiar de la fe católica que le habían inoculado los hermanos salesianos y luego, cuando Zacarías Zapata, Zeta Zeta, su amigo, compañero de militancia y mentor intelectual, le pasó una cartilla con las obras resumidas de Federico Nietzsche y leyó que Dios había muerto, él mismo enterró los rezagos de fe que le quedaban.

Ese mes había cumplido cuarenta y cinco años de edad y diez como desempleado; después de su despido de la fábrica y luego de dilapidar la indemnización en malos negocios y estrambóticas parrandas se había dedicado a cultivar una pertinaz inactividad en medio de la cual olvidó por completo la costumbre del trabajo. Era huesudo y alto, de hombros caídos, con un rostro seco, indistinto, sin más particularidad que la inquietud de los ojitos perspicaces y la boca ladeada en una semisonrisa involuntaria; las manos grandes se prolongaban en dedos largos y pulidos que daban la falsa impresión de pertenecer a un artista y que esa mañana rascaban insistentemente el reposabrazos deshilachado del sofá mientras él miraba, sin ver, la pantalla del televisor preguntándose cómo diablos levantarse los cien mil pesos faltantes para el arriendo del mes.

Después de un informe sobre las elecciones municipales el noticiero dio paso abrupto a la trasmisión en vivo desde un barrio popular donde un

periodista de pelo lambido y raya a un lado dejó de rascarse la oreja al ser sorprendido por la cámara y se apresuró a ofrecer con voz agitada «el reporte sobre el hecho que tiene conmocionada a toda la provincia: el caso del san Expedito del flan». La cámara enfocó la imagen del santo de las urgencias, excelsamente delineada por una mano inexistente, que se había aparecido sobre la superficie de un postre elaborado por la señora Herminia Valderrama para el octavo cumpleaños de su nieto Genaro, en el municipio de Ventura, a ochenta kilómetros de Villalinda.

Luego, el periodista recorrió el santuario improvisado en que se había convertido la casa de los Val-derrama mientras entrevistaba a los feligreses que hacían fila para entrar. En un principio Ramiro no prestó demasiada atención, pero cuando la cámara enfocó a la señora Herminia recibiendo billetes de cinco mil pesos que iba depositando en una caja de madera, se quedó perplejo. Cinco mil pesos por cabeza. Contó a vuelo de pájaro las personas que alcanzaba a registrar la toma del noticiero y se puso a hacer cuentas. Terminado el informe siguieron las encuestas que vaticinaban el triunfo de la Acción Católica sobre los candidatos del liberalismo y el Partido Popular de los Trabajadores. Pero Ramiro, absorto en la historia del flan, se desentendió de la noticia que en otro momento hubiera ocupado su atención. Horas más tarde, en la cocina, mientras preparaba una sopa de arroz, pensó que durante el tiempo transcurrido entre el momento de la noticia y ese instante en que desmenuzaba una rama de cilantro sobre la olla, decenas o cientos o quizás miles de personas habían cruzado la puerta de los Valderrama y dejado su billete de cinco mil pesos en la caja de madera. A la hora de dormir, tapado con su frazada, miró largamente las figuras que dibujaba la humedad del techo mientras imaginaba a los Valderrama reunidos en la sala de la casa sacando los billetes de la caja para empezar a contarlos.

2

Al despertarse pensó que los Valderrama ya habrían organizado la casa para recibir a los feligreses. Sus pensamientos solo fueron interrumpidos por el

repicar del teléfono que miró con desdén. Al fin se decidió, levantó el tubo y habló sin esperar el saludo.

—Don Gustavo, estaba por llamarlo… estoy en esas… pero tres meses tampoco es tanto…

Al otro lado lo interrumpieron y hablaron largo rato. Ramiro movía la cabeza a los lados mientras la chispa de los ojos se apagaba y la sonrisa oblicua se tensaba. Cuando del otro lado le cortaron descargó con parsimonia el teléfono, fue a la cocina, preparó un café negro, sacó de la despensa una arepa del día anterior y la roció con aceite. Estaba un poco dura, pero no pensó en eso porque su mente permanecía enfocada en los Valderrama y en la imagen nítida del san Expedito del flan. Dio un mordisco dificultoso y se quedó mirando la arepa sostenida entre el índice y el pulgar. Los quemones de la parrilla sobre la superficie de maíz insinuaban figuras abstractas que adquirían volumen con los relieves y rugosidades de la masa y que podían

adquirir formas concretas según el ángulo y la intención de la mirada, como ocurría con la humedad del techo de su alcoba. Vio una huella de bebé, un dinosaurio apachurrado, el mapa tosco de un país inexistente y el perfil de un hombre amable. A la vista de esta última imagen los ojitos volvieron a chispear. Dejó la arepa sobre la mesada y corrió a la alacena. Buscó el tarro donde guardaba el maíz, lo abrió y al comprobar que estaba vacío tamborileó sobre la tapa mirando la pared. Al cabo de un rato salió de la casa con pasos apresurados.

Dio vuelta en la esquina, se detuvo frente a una casa vieja de dos pisos con alerones sobre la acera y tocó tres veces. Abrió una anciana bajita y rechoncha con un saco de lana gris abierto sobre un vestido de flores que colgaba desde sus hombros como un estuche cubriendo una campana. La piel de la cara era blanca, salpicada de diminutas pecas rojas que le daban un aspecto infantil y lo único que delataba su parentesco con Ramiro eran los ojos chiquitos que chispearon sorprendidos, contentos e irónicos.

—¿Y ese milagro, mijo? ¿Necesita algún favor?

—Pasaba a saludarla tía y por ahí derecho quería preguntarle si tiene un poco de maíz que me pres-te mientras me pagan un trabajo que hice la sema-na pasada.

La tía Elvira levantó los hombros en un gesto de incredulidad y movió la mano para indicarle que pasara. Cruzó la sala y le habló antes de seguir

hacia el zaguán:

—Siéntese, mijo, que voy a buscarlo.

Ramiro se quedó parado recorriendo con los ojitos inquietos aquel ambiente episcopal donde había pasado parte de su infancia y que permanecía detenido en el tiempo: los muebles de madera forrados en cuerina café, el teléfono negro pegado a la pared lateral, el tapete tejido con la imagen de Sansón aferrado a una columna dórica, la camándula de cuentas gigantes sostenida por clavos en forma hexagonal y el altar con los santos y las veladoras. Fue hacia el altar y repasó la fila de laminitas plastificadas: las ánimas del purgatorio, el Niño Jesús de Atocha, José Gregorio Hernández, la Virgen del Carmen y la Virgen de Guadalupe.

Después del rápido vistazo agarró la Virgen del Carmen y luego juntó las otras estampitas para llenar el hueco. Cuando la iba a guardar en el bolsillo de la camisa apareció Elvira con una bolsa de kilo de maíz.

Ramiro puso la estampita frente a sus ojos y la miró con actitud contemplativa. La tía se detuvo extrañada.

—Usted qué hace tocando a Nuestra Señora con esas manos burleteras y descreídas.

A pesar de su apostasía rampante, Ramiro nunca se burló de las creencias religiosas de su tía y por una mezcla de respeto y conveniencia había interiorizado el principio de no tocar con ella los temas de la fe. Pero Elvira, como a la mayoría de creyentes del pueblo, tenía sellada a fuego en la memoria la tarde de veinte años atrás cuando el sobrino, en el momento más eufórico de su militancia atea, irrumpió en la iglesia principal en pleno sermón del padre Renato y avanzó por la nave central cantando a voz en cuello *El señor hizo en mí maravillas*, mientras bamboleaba un incensario rebosante de humo de marihuana hasta llegar al altar donde orinó dentro de un florero al grito de «La religión es el opio del pueblo».

—No, tía, cómo se le ocurre… ¿Hasta cuándo me va a sacar en cara una cosa que pasó hace siglos?

Sopesó la estampita en la palma de la mano y se quedó mirándola con gesto enamorado.

—Y en realidad lo que me trajo aquí tiene que ver con ella.

Elvira arrugó la frente, desconfiada, pero Ramiro sostuvo un gesto de genuina devoción.

—Anoche soñé con una imagen como esta.

La tía parpadeó y se acercó.

—¿Y qué soñó?

—Yo iba por un camino pensando en todos mis problemas cuando se apareció una señora parecida a esta con una túnica morada.

—¿Y le dijo algo?

—No, yo qué le iba a decir si no la conocía.

—No, ella a usted.

—Me iba a hablar, pero en ese momento desperté.

Ramiro se inclinó ante el altar y puso la estampita entre los otros

santos sin dejar de contemplarla. Luego pareció despedirse de ella con tristeza y giró bruscamente hacia la salida con la actitud del hombre atribulado que saca fortaleza para sobrellevar una dura separación.

—Bueno, tía, me voy porque tengo unos trabajos pendientes en la casa

—gimió.

Elvira, conmovida, lo alcanzó en la puerta, con la estampita en la mano.

—¿Se la quiere llevar, mijo?

—Ay, tía, yo no lo decía por eso, me da pena con usted.

—Es con mucho cariño. —Se detuvo y lo miró fijo a los ojos—: Pero lo que sí le encarezco de todo corazón es que no se trate de otra hostigancia suya, porque le advierto —la mirada se puso dura y la voz ronca— que se tiene que esconder debajo de la tierra.

Ramiro trastabilló un instante, pero luego respiró profundo y al soltar el aire bajó los hombros adoptando un aire trascendental.

—Esto es serio, tía, no estoy jugando. Yo tengo la sensación de que van a pasar cosas que no habían pasado antes.

Elvira se echó la bendición con la estampita y se la entregó. Ramiro se despidió y salió apresurado.

3

Puso los granos de maíz en una gran olla de agua y mientras se cocinaban arrancó una hoja de cuaderno escolar y se aplicó a dibujar una Virgen de

muestra de la estampita; al cabo de dos horas, cuando los granos se habían reblandecido, tenía el bosquejo de una cabeza ovalada con ojos demasiado separados y asimétricos, rodeada por una circunferencia que debía ser un aura, pero parecía un casco y le daba a la figura un aire de recién bajada de una nave espacial. Después de analizar el monigote decidió que lo mejor era calcar la imagen. Arrancó otra hoja del cuaderno, pero al acomodarla sobre la estampita se dio cuenta de que el grosor no permitía transparentar la imagen; como no se le ocurría una solución decidió posponer la parte artística de su plan y dedicarse al aspecto operativo. Aupó la máquina de moler en el borde de la mesada, sacó de la olla varios puñados de maíz ablandado, los

echó en el embudo superior y empezó a dar manivela al brazo metálico. Vio la masa blanca y dúctil salir por la parte inferior y la acumulación de blanco le pareció un buen augurio para sus esfuerzos.

Luego agarró un pedazo de masa e hizo una bola que fue aplastando entre las palmas de las manos a manera de aplausos circulares hasta convertirla en un disco. El círculo quedó irregular, pero pensó que las pequeñas aristas de los bordes le darían más autenticidad al evento. Volvió entonces al dibujo y luego de pensar un rato dio con una solución que recordó haber usado en su infancia. Roció con petróleo la hoja de cuaderno hasta tornarla traslúcida, la puso sobre la estampita y con un lápiz remarcó las líneas que se transparentaban. Después acomodó el dibujo calcado sobre la arepa y con un cuchillo repasó las líneas rompiendo el papel y dejando grabada la silueta en la masa. Para los detalles más pequeños y puntuales utilizó una aguja, pero al momento de punzar los ojos lo sobrecogió un inexplicable pudor. «No creo en la Virgen, pero tampoco se trataba de apuñalarla», pensó y omitió la perfección de la mirada. Levantó el papel y evaluó el resultado. No había quedado perfecta, pero se notaba que era la Virgen.

Prendió el fogón y mientras se calentaba la parrilla pulió el relieve de los pómulos que no lo habían dejado satisfecho. Luego puso el disco blanco sobre la parrilla caliente. A medida que se asaba, el rostro de la virgen surgía con más nitidez e incluso con más realismo debido a las sombras y matices que los quemones del fuego iban imprimiendo sobre la masa.

Luego de asarla por ambos lados apagó el fogón y se quedó contemplando la arepa, sorprendido por la inesperada perfección del resultado final; la miró largamente con una atención emocionada, hasta que el repicar del teléfono lo sacó de su arrobamiento. Pero no contestó. Apenas levantó la

cabeza para mirar de reojo el aparato, concentrado en la pronunciación de una frase, primero en voz baja como para convencerse a sí mismo, luego más fuerte para sentir cómo se escuchaba y luego en voz alta, cada vez enfático y seguro, hasta terminar en un grito eufórico que dejó estaqueados a los niños que jugaban pelota en la calle cuando salió a la puerta con las manos extendidas al cielo: ¡La Virgen, la Virgen, la Virgen, se me apareció la Virgen!

Pasó gritando entre los muchachitos atónitos, siguió calle arriba y en mitad de la cuadra mermó el paso junto a una ventana cubierta con cortinas floreadas por entre las que se veían brillar dos ojitos atentos e inquisidores.

Extendió los brazos y gritó a todo volumen alzando los ojos al cielo: ¡Se me apareció la Virgen! De inmediato se abrieron las cortinas y alrededor de los ojitos se materializó la cara redonda y mofletuda de doña Gertrudis Jaramillo.

—¿Qué pasó, mijo? —dijo abotagada de emoción como si la verdadera aparición fuera Ramiro.

Ramiro pareció ahogarse y apenas alcanzó a balbucear.

—La Virgen… En mi casa… En la arepa….

No había terminado la última palabra cuando doña Gertrudis brotó de la puerta acomodándose el saquito de lana color crema.

—¿Cómo así? Venga muéstreme. —Y lo haló del brazo.

Ramiro se dejó llevar hasta su propia casa del brazo de doña Gertrudis que avanzaba exultante de emoción porque además de estar a punto de ser la primera testigo de un milagro iba a conocer, por fin, la casa de Ramiro, único hogar del barrio al que nunca había entrado por alguna razón o con alguna disculpa.

Los vecinos, sorprendidos, vieron pasar a la inusual pareja tomada del brazo y algunos siguieron detrás. Doña Gertrudis avanzaba a paso largo, casi arrastrando a Ramiro, mientras contestaba a los rostros curiosos que les salían al paso: «Se le apareció la Virgen». Cuando llegaron a la casa ya se había formado una procesión. Ramiro entró derecho hasta la cocina seguido

por una tropa de amas de casa, ancianas y desempleados, y señaló la arepa que reposaba en una bandeja sobre la mesada. Doña Gertrudis, solemne, se adelantó y observó detalladamente la figura dibujada sobre la masa. Soltó un amplio suspiro seguido de un quejido hondo, se persignó varias veces y cayó arrodillada frente a la máquina de moler.

—¡Milagro! —gritó entre sollozos.

Los noveleros se apretujaron echándose bendiciones, algunos se arrodillaron y entre exclamaciones y llantos quedos la voz

compungida de una anciana comenzó a rezar: «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén». Después de varios avemarías, doña Gertrudis pareció caer en cuenta del grave compromiso que acababa de adquirir como líder de los nuevos feligreses y se paró exaltada.

—Hay que avisarle al padre Renato —dijo y salió apresurada.

5

Las ancianas y algunos señores se fueron con doña Gertrudis, pero la mitad de los curiosos permaneció mirando a la Virgen y noveleriando dentro de la casa. Ramiro los sacó aduciendo la necesidad de estar a solas con Nuestra Señora y se aplicó a la preparación del santuario. Corrió la mesita de la cocina hacia el centro de la sala, frente a la ventana, en una posición que permitiera a los feligreses verla desde afuera antes de animarse a pagar la entrada. Fue a su habitación, sacó del baúl de trebejos una vieja cortina con estampados de ángeles que le había regalado la tía Elvira, cubrió la mesa y descargó la arepa en el centro del altar. Caminó hasta la ventana y desde allí, en un primer golpe de mirada, descubrió que la arepa asentada de plano sobre la superficie era invisible y que precisaba sostenerla levantada de canto con la imagen mirando hacia la calle. Volvió a la habitación y luego de rebujar un rato regresó con un tomo empastado de revistas de la China comunista; acomodó el mamotreto en el centro de la mesa y recostó la arepa sobre él.

Pensó en la necesidad de unas flores y se disponía a salir para conseguirlas cuando aparecieron doña Gertrudis y las señoras del grupo de

oración acompañando al padre Renato y a su sacristán, que traía una cámara fotográfica colgada del pecho. El cura lo saludó con recelo. Ramiro compuso una sonrisa inocente y distensionó los hombros en una postura lo más parecida, según su entender, a una actitud espiritual. El padre Renato, grande y fornido, con una pinta de camionero recién almorzado que no condecía con la voz chillona y amanerada, fue directo hacia el pequeño altar y al pasar por el lado de Ramiro le habló sin mirarlo:

—Por su bien espero que esto no se trate de una burla.

—No, padre, cómo se le ocurre.

—No es a mí, es a usted al que se le ocurren esas cosas.

—Padre, eso fue hace siglos, yo a estas alturas qué me voy a poner en esas.

El padre le clavó la mirada buscando una grieta de falsedad en el gesto ecuánime, pero Ramiro sostuvo la expresión con tan intensa sinceridad que el cura pestañeó desconcertado. Siguió hacia el altar y extendió su mano gruesa hacia la arepa.

—¡No la toque! —chilló Ramiro como si lo fueran a apuñalar.

El padre Renato pegó un brincó y retiró la mano.

—No la voy a tocar, solo quería sentir la energía.

Se movió alrededor de la arepa deteniéndose cada tanto para observarla desde distintos ángulos y luego extendió una mano abierta hacia el sacristán, como un cirujano pidiendo el instrumental. El muchacho le puso una lupa sobre la palma, el padre pegó el ojo al vidrio de aumento y repasó con detenimiento las líneas, los declives, las protuberancias y accidentes que constituían la geografía del medallón de maíz. Luego miró hacia Ramiro.

—¿Y usted sintió algo raro?, ¿algún sonido o algún movimiento extraño, alguna luz?

Ramiro improvisó.

—Me pareció que una voz como la de mi mamá decía mi nombre.

El padre hizo una seña al sacristán y el muchacho agotó con la cámara todos los puntos de vista desde los que es posible retratar un disco.

Concluida la sesión, el cura empezó a salir con pasos lentos y firmes.

—Voy a enviar las fotos a la arquidiócesis junto con un informe para que estudien la posible condición de milagro que pudiera tener el hecho.

Salió a la calle y avanzó con movimientos prosopopéyicos entre los devotos arremolinados en la acera.

6

Ramiro cerró la puerta y corrió a buscar el viejo cuaderno escolar. Arrancó una hoja más y escribió con un marcador:

Virgen del maíz. Entrada: 7000 pesos.

Con el papel en la mano abrió la puerta y mientras pegaba el letrero explicó a la multitud que por indicación de la Virgen no abriría al público hasta no pulir algunos detalles del altar que ella había pedido. En medio del general suspiro de decepción irrumpió la voz carrasposa de un viejo.

—¿7000 pesos? ¡Eso es un robo! Para ver al san Expedito del flan, que es más famoso y más bonito, están cobrando 5000.

—En un flan se aparece cualquiera, esto es una arepa y además es mía y al que no le guste, pues que no vea el milagro.

Entró y fue directo a la habitación. Desocupó el baúl de los chécheres, lo arrastró hasta la puerta y acomodó a su lado la silla del comedor. Se sentó y ensayó la mejor posición para dar la bienvenida a los visitantes y recibir la plata de las entradas. Luego volvió al altar, lo adornó con un par de velas y cuando recordó que todavía le faltaba por resolver el asunto de las flores, apareció Mario Hurtado, reportero estrella de *El Villalindense*, acompañado por el fotógrafo del periódico. La noticia había corrido por todo el pueblo gracias a la diligencia de doña Gertrudis y el periodista llegó urgido por registrar una primicia de importancia nacional. Ramiro pensó que se trataría de un trámite corto, pero la entrevista duró toda la tarde porque Mario Hurtado no solo estaba interesado en la aparición de la Virgen, sino que se extendió en preguntas pormenorizadas sobre la infancia y la vida del dueño de casa, como si en vez de un reportaje fuera a escribir dos tomos con su biografía. Ramiro respondió con paciencia mientras el camarógrafo sometía

la arepa a su segunda sesión de fotos en el día. Cuando el interrogatorio por fin concluyó, ya había anochecido y Ramiro estaba exhausto. Acompañó al periodista hasta la puerta y le pidió disculpas a la gente que todavía esperaba, prometiendo que al día siguiente abriría a las ocho de la mañana en punto. La multitud se dispersó en medio de protestas y él fue derecho a su cama. Tenía la intención de descansar unos minutos, pero se quedó profundo.

7

Despertó antes del amanecer, fortalecido y despejado. Salió hasta el descampado de las afueras del barrio y arrancó de entre los matorrales un manojo de jazmines y otro de magnolias. Acomodó las flores dentro de la jarra que usaba para el jugo, las puso al lado de la Virgen y dio una aseada rápida a la casa. Después abrió la ventana, contra la cual se apretujó un amasijo de rostros ansiosos; recostó la silla junto a

la puerta principal, al lado del baúl, y abrió para recibir a los primeros clientes. Estableció un orden que consistía en dejar pasar tandas de cinco personas, número que consideró adecuado para controlar desde su puesto de recepción y vigía. A algunos viejos conocidos que se quejaron de no tener plata les fio. A mitad de la mañana el gentío ocupaba la calle completa y para el medio día una multitud de peregrinos y vendedores ambulantes había invadido el barrio.

En un cambio de turno Ramiro miró hacia afuera y se preguntó en voz alta de dónde habría salido tanta gente en tan poco tiempo. Entonces alguien le pasó la edición matutina de *El Villalindense* en la que aparecía una foto suya, y varias de la arepa tomadas de frente y perfil. La nota a cuatro columnas contaba la historia de un *jubilado*, tristemente célebre por haber protagonizado dos décadas atrás uno de los más vergonzosos actos sacrílegos en la historia de la ciudad, pero cuyo corazón ateo había sido escogido por la luz divina de Nuestra Señora para congraciarlo con su aparición dentro de la arepa del desayuno, en un hecho que testimoniaba el fin y la redención de la enfermedad de las ideas ateas y comunistas en nuestra sociedad.

A las cuatro de la tarde el baúl estaba repleto y Ramiro sonreía pensando en la materialización de ese milagro de la Virgen obtenido a espaldas de ella misma, cuando llegó el padre Renato acompañando al doctor Aristides Villegas, último bastión de la estirpe de los Villegas, director del diario *El Villalindense* y candidato a la alcaldía por la Acción Católica, quien al enterarse de la repercusión de la noticia decidió acudir al lugar de los hechos, acompañado de su fotógrafo, para felicitar al elegido.

8

Al padre Renato le bastó ver el baúl lleno de billetes para frenar en seco y, enrojecido de indignación, miró a Ramiro.

—¿Qué es esto? —casi gritó.

—Plata, padre.

—Claro que es plata. No se haga el bobo. Usted no puede convertir un evento sagrado en un vil negocio.

—Pero ¿entonces de qué voy a vivir, padre? —Ramiro adoptó su mejor gesto de humildad.

—Pues del trabajo honrado, como todo el mundo. No me diga que pretende vivir a costa de la fe de la gente.

—¿Y usted no vive de eso, pues?

—No, señor. Es distinto. Pero ese no es el tema. El tema es que no puede cobrar.

—Pero yo necesito sostenerme, no tengo trabajo y esto me va a ocupar todo el tiempo.

—Confíe en la virgen que ella sabe lo que hace. Si se le apareció es porque también le piensa ayudar con las cosas terrenales.

El doctor Aristides Villegas, sonriente, bonachón, la cara menuda encerrada entre el paréntesis de unas patillas gruesas y alargadas, palmoteó el hombro de Ramiro y dijo con voz suave que el padre tenía razón y que no se podía rebajar a la burda instancia de negocio un milagro que por su repercusión estaba poniendo por fin el nombre de Villalinda en el foco de la atención nacional por razones distintas a las del orden público. El padre

Renato, continuó con tono firme, dirigiéndose ya no a Ramiro, sino a la gente apiñada en la ventana.

—Dada la autoridad que me confiere mi investidura eclesiástica, a partir de este momento le queda prohibido al habitante de esta casa cobrar por el sagrado derecho de todos los ciudadanos a ver la Virgen.

Luego miró el baúl y remató diciendo que la plata recogida hasta el momento no podía pertenecerle legítimamente a un particular y que la parroquia procedería a la confiscación de lo recaudado hasta que la comunidad decidiera a qué causa humanitaria se entregaría. La gente aplaudió. El doctor Villegas fue hacia Ramiro y lo abrazó afectuosamente al tiempo que daba la orden a su fotógrafo para registrar la imagen que salió al día siguiente en la primera página de *El Villalindense* bajo el titular:

«Gracias a la Virgen: de antiguo vándalo a ejemplo e inspiración de nuestro bando».

9

La publicación fue una estocada para el Partido Popular de los Trabajadores, PPT, y en especial para el recién nombrado presidente Zacarías Zapata, Zeta Zeta, que recibió el golpe como una afrenta personal, imperdonable traición del antiguo compañero, a la que era preciso responder con ejemplarizante contundencia, y citó a una gran marcha frente a la casa de Ramiro Tuberquia con pancartas en las que

se pregonaban frases como «Traidor del pueblo», «Creyente de juguete», «Vendido al poder» y «Voltiarepas».

Los feligreses que cantaban «María Santificadora, ven a nosotros»

frente a la casa recibieron con alegre sorpresa la llegada de la manifestación de pancartas rojas porque consideraron que el milagro de la conversión de los ateos estaba alcanzando dimensiones masivas. Pero una vez leyeron los letreros y escucharon las arengas contra la Virgen y su reciente intermediario, la devoción dio el leve giro que la separa de la histeria y respondieron con altisonantes maldiciones de fuego eterno a las que los manifestantes contrapusieron amenazas terribles y manos empuñadas.

Ramiro, que después de la prohibición había decidido encerrarse, dejó sobre

la mesada el plato de sopa de arroz que se disponía a comer y fue hasta la ventana. Al ver los rostros enfurecidos de sus antiguos compañeros del sindicato apostados afuera de la casa se puso pálido. Y cuando reconoció a Zacarías Zapata, Zeta Zeta, en persona, encabezando la marcha, se sintió atravesado por un rayo fulminante de culpa, miedo y arrepentimiento que apenas alcanzó a expresar con una frase: «Yo en qué momento me metí en este mierdero». Iba a cerrar la ventana para desentenderse de todo, pero al ver que los dos bandos, palos y crucifijos en ristre, se acercaban al punto de colisión, asumió el peso de su responsabilidad en la inminente catástrofe y con tres brincos franqueó la puerta y se plantó en mitad de la calle dispuesto a cortar el problema de raíz con el arma ingrata de la sinceridad.

—¡Todo esto es mentira! —gritó compungido mientras palos y crucifijos se detenían en el aire—. Yo inventé la aparición para hacer un negocio. —Y luego giró para dirigirse a Zeta Zeta—: ¡No creo en la Virgen, yo soy materialista histórico, compañeros!

Se hizo un silencio y Zeta Zeta se adelantó a la multitud con pasos imponentes. Sus ojos, dos piedras encendidas, apuntaron a Ramiro.

—¡No venga a tapar su traición con arrepentimientos pendejos! —el grito era una mezcla de ira y desprecio—. Hágase cargo de su desviacionis-mo ideológico. Si vio a su Virgen quédese con ella, ¡voltiarepas!

Después del valeroso acto de evaluación y autocrítica públicos que acababa de ejecutar, Ramiro esperaba de parte de quien había sido su

amigo y guía intelectual, sino el perdón, por lo menos un poco de comprensión y transigencia. Pero el gesto de imperturbable condena de Zeta Zeta lo desmoralizó. Se quedó parado en mitad de la calle sin atinar a decir nada y un lagrimón involuntario rodó por su mejilla. Fueron tan evidentes su confusión y tristeza que los feligreses conmovidos salieron en su ayuda.

—Manténgase en su verdad, mijo —gritó una de las señoras del grupo de oración de la parroquia de Santa Ana—. No niegue, como Pedro, al Señor, por miedo a estos desvergonzados comunistas.

—Los creyentes creemos en usted. Nos tiene a nosotros y a la Virgen.

Ramiro negó con la cabeza, pero antes de poder decir algo ya la tía Elvira se había apostado frente a los devotos.

—Yo fui testigo de cómo la Virgen se fue metiendo en su corazón. —

Extendió los brazos con la voz quebrada y los ojos perdidos, a punto del

trance—. Antes de que se le apareciera, él estuvo en mi casa y hasta me pidió una estampita de Nuestra Señora.

Al suspiro hondo y generalizado de los feligreses siguió el canto multitudinario de «María Santificadora, ven a nosotros» que fue interrumpido por un estentóreo «¡parranda de chupacirios!», acompañado de una roca que fue a parar en la cabeza de doña Gertrudis Jaramillo. Un crucifijo de madera cruzó el aire en sentido contrario al grito de

«tracamanada de mamertos», y rozó la oreja de Zeta Zeta; los del mitin respondieron con palos y desde el lado de los creyentes alguien lanzó una cruceta de carro, y un candelabro que nunca se supo de dónde apareció y por poco descalabra a Tiberio Guzmán, tesorero del PPT; los manifestantes arremetieron furibundos, los creyentes contraatacaron enardecidos y se armó un zafarrancho de piedras, varillas, camandulazos, banderazos, gritos, quejas y arengas que solo vino a parar cuando apareció la policía y disolvió la turbamulta a bolillazos. El carro de la ley se llevó cuatro obreros de Tejicadena y a dos señoras del grupo de oración de la parroquia de Santa Ana. Los demás se disgregaron y Ramiro se quedó solo en medio de los escombros. Dio una mirada al desastre, entró a la casa y puso doble llave con la intención de no volver a salir ni volver a dejar entrar a nadie. Miró con odio hacia la arepa y avanzó hacia ella con las manos extendidas, dispuestas a desmenuzarla. Pero al acercarse al altar lo

envolvió la exhalación dulce de los jazmines en la jarra de jugo y vio titilar la silueta perfecta de la virgen bajo el parpadeo de las veladoras en el centro de la mesa. De una parte lejana y desconocida le llegó el eco de un sentimiento bonito. Miró extrañado la composición creada por sus propias manos, en medio de la sala desordenada y a pocos metros del desastre que ellas mismas habían ocasionado. Un pudor intempestivo lo hizo recular y contempló el altar un momento hasta que el gorgoteo de sus tripas lo sacó del ensimismamiento. Dio vuelta y fue a la cocina.

Se sirvió un plato de sopa de arroz y se concentró rabiosamente en saborear cada cucharada. El teléfono empezó a repicar, pero apenas lo miró y siguió comiendo. Luego, sobre el sonido del teléfono, voces y murmullos al principio inaudibles se fueron convirtiendo en un escándalo afuera de la casa. Dejó el plato sobre la mesa y fue hasta la ventana. Al entreabrirla vio un nuevo grupo de gente que pedía tener acceso, así fuera por un instante, a

la sagrada imagen. Les cerró la ventana en la cara y salió de la casa sin mirar ni escuchar a nadie. Avanzó dando codazos entre el gentío y se perdió con pasos rabiosos al fondo de la calle.

10

Cruzó agitado la puerta principal del edificio de *El Villalindense* sin mirar al portero que le extendía una estampita y siguió de largo por el pasillo de la sala de redacción entre las miradas curiosas de los periodistas y las venias del personal de servicio hasta llegar frente a la secretaria del doctor Villegas ante quien no tuvo que presentarse porque a la chica le bastó verlo para interrumpir el acicalado de las uñas y anunciarlo con su jefe que lo mandó seguir de inmediato. El doctor lo recibió de pie, con los brazos abiertos y sosteniendo en la mano derecha una peineta de carey. Ramiro no reparó en el peine ni en el gesto magnánimo ni en la sonrisa satisfecha que se repetía en el afiche de la pared del fondo bajo el letrero: «El candidato del Señor», junto a una hilera de retratos de barbudos con las mismas facciones del doctor Aristides. Solo vio el cuerpo que se acercaba para abrazarlo. Evitó el abrazo y habló sin saludar.

—Doctor, vengo a confesar la verdad.

El doctor se frenó en seco.

—Pero ¿qué le pasó, mijo? —dijo con inquietud paternal.

—La Virgen no se me apareció, yo la tallé en la arepa. Y vengo a

pedirle que haga la rectificación en el periódico.

La mano delicada del doctor palmoteó condescendiente el hombro de Ramiro y unos ojitos penetrantes, duros, lo miraron desde el fondo de la amabilidad.

—¿Cómo va a decir eso mijo? Es un sacrilegio negar el milagro con el que la Virgen lo ha honrado.

—No estoy negando nada, doctor, le estoy di-ciendo la verdad.

El doctor rodeó el escritorio, se acomodó en el alto sillón de cuero y se inclinó hacia adelante haciendo chirriar los resortes. Buscó entre una abigarrada mezcla de objetos diseminados sobre la superficie —

portarretratos, volantes de propaganda política, un cenicero, una pipa de

madera, un espejo de mano, ringleras de papeles, carpetas desperdigadas—

hasta encontrar la edición de *El Villalindense* del día anterior. Abrió el periódico y lo extendió encima del desorden.

—Usted ya dijo la verdad, mijo. Aquí está su testimonio. —Señaló con la peineta el artículo y luego las fotos que lo acompañaban—. Aquí se ve claramente la Virgen en la arepa; y aquí estamos los dos abrazados al lado de ella.

Ramiro esperó alguna señal que delatara la broma, pero el doctor mantuvo la mirada fija y el gesto severo. Entonces repitió con el énfasis marcado de quien trata de hacerse entender.

—Pero la Virgen no se me apareció. Yo solo quiero que diga que todo fue una mentira.

El doctor Villegas arrugó el rostro y el paréntesis de las patillas se cerró alrededor de la cara recogida.

—Usted me está pidiendo algo imposible, mijo. Nosotros no vamos a corregir algo que ya es cierto.

Ramiro tomó aire, se acercó hasta quedar cara a cara con el doctor y moduló cada palabra.

—Usted sabe que eso no es verdad.

El doctor dio un manotazo sobre la mesa y se puso de pie con un brinco.

—¡¿Me está diciendo mentiroso?! —Echó la cabeza hacia atrás y miró desde lejos y desde lo alto—. Me parece que se le ha olvidado con quién está hablando. No voy a tolerar esta falta de respeto.

Ramiro parpadeó azorado, pero luego, de súbito, echó él también la cabeza hacia atrás y habló reproduciendo el mismo gesto del doctor.

—No le estoy faltando a ningún respeto. Pero si las cosas son de esa manera —con cada palabra el volumen de la voz subía sin que él mismo se diera cuenta— entonces no le pido, sino que le exijo que publique una aclaración donde diga que todo fue un embuste mío.

El doctor abrió a pleno los ojos y la boca y mantuvo por un instante el gesto de estupor. Luego reaccionó airado, como cayendo en la cuenta de la magnitud de la ofensa.

—¡Usted no va a venir a mi oficina a reprimir la libertad de prensa diciendo qué debe y qué no debe publicar el periódico! —Salió de atrás del

escritorio señalando la puerta—: Me parece que usted y yo no tenemos nada de qué hablar.

Ramiro se mantuvo en su sitio, la mirada fija en la cara del doctor.

Villegas se acercó hasta medio metro de él, extendió el brazo y con la punta del dedo índice le tocó el codo haciendo presión en dirección a la puerta.

Ramiro deshizo el contacto con un manoteo brusco y empezó a caminar hacia atrás.

—Voy a la calle a gritarle a todo el mundo la clase de farsantes que son ustedes —gritó.

El doctor lo siguió esgrimiendo la peineta.

—Vaya grite sus mentiras donde quiera, que nosotros aquí seguiremos cumpliendo el sagrado deber de decir nuestra verdad.

Ramiro dio vuelta y salió con pasos rabiosos. El doctor Villegas regresó al escritorio, tomó el espe-jo de mano y, de espaldas a la puerta, continuó la tarea de alisarse las patillas con la peineta

mientras la figura de Ramiro se iba empequeñeciendo al fondo del reflejo.

11

Afuera el cielo empezaba a oscurecer entre girones de nubes rosadas.

Ramiro caminó apretando los dientes con las manos enfurruñadas dentro de los bolsillos vacíos. Luego de un rato el hervor de su cabeza disminuyó hasta convertirse en vacío, y el vacío dio paso a una especie de melancolía culposa. Para no pensar se puso a mirar las formas volubles de las nubes hasta que le pareció ver el vago contorno de un rostro y bajó la vista. Con pasos mecánicos tomó la dirección de su casa, pero a los pocos metros pensó en el gentío y se desvió en dirección al parque Natural buscando el silencio de una de las bancas junto al gran lago. En el parque, frente a una tarima improvisada, el caudillo del Partido Liberal se desgañitaba detrás de un megáfono ante la multitud que agitaba estandartes. Tomó entonces una calle lateral y caminó sin rumbo, la mirada fija en el suelo, hasta que desembocó en la plaza principal del pueblo. Al pasar por el bar de la esquina una voz de borracho tronó desde adentro del negocio: «Saludes a la Virgen»; Ramiro escondió el rostro, aceleró el paso y cruzó el atrio para

salir del parque por la calle adyacente al templo. Cuando pasaba junto a la puerta principal vio venir una cuadrilla de obreros que avanzaban entre risas y palmoteos, las pancartas dobladas bajo los brazos y los palos de las banderas rastrillando el pavimento. En el centro del grupo reconoció el aura de inapelable autoridad de un individuo: Zacarías Zapata, Zeta Zeta, en persona. Ramiro apenas tuvo tiempo para meterse a la iglesia. Esperó hasta verlos perderse al fondo de la calle, respiró hondo y al dar vuelta se encontró con el interior de la iglesia que no pisaba desde veinte años atrás.

Cuatro ancianas semidormidas mascullaban un rosario en la última banca, y al fondo, frente al altar, un hombre oraba arrodillado sobre el reclinatorio.

La quietud y la soledad del templo en semipenumbra lo tranquilizaron y buscó una banca apartada para sentarse. Permaneció callado oyendo el leve ronroneo de las viejas, que luego de unos minutos se convirtió en parte del silencio. Miró los vitrales por donde se filtraban, coloreados, los rayos de luz, y luego observó los santos guarecidos en los nichos de las naves laterales: El Señor Caído pleno de peladuras, santa Rita florecida de estigmas, san Pedro Apóstol lacerado, todos con llagas bonitas y gestos de agradable lamento; limpios, pulcros,

bien cuidados. Y al frente, junto al altar principal, una estatua de la Virgen del Carmen en tamaño humano. Le bastó verla para que una frase involuntaria brotara de sus labios: «Mirá en las que me tenés». Con una mezcla de rencor y curiosidad observó los pies simétricos, los pliegues perfectos de la falda, los brazos blanquísimos, las facciones perfectas de niña desvalida, y en mitad de la frente el fulgor de un círculo azul que en principio consideró un capricho del artista y luego se le reveló como un rayo de luz que bajaba en diagonal desde los vitrales.

Sorprendido repasó la precisa trayectoria del rayo desde el alto ventanal hasta la frente de la estatua y la prolongación de su rebote que cruzaba el altar de lado a lado y se perdía dentro de una puerta lateral. Dejó la banca y caminó apresurado hasta el altar. Subió las escaleras de mármol y siguió la dirección del haz de luz que atravesaba el salón de la sacristía y terminaba explayado en un círculo fluorescente contra la pared del fondo. El local era amplio y de techos altos. Recostado a la pared de la derecha, un armario con puerta de vidrio guardaba filas de gruesos libros empastados en cuero; en la izquierda, adentro de un clóset abierto, colgaban varias sotanas; y recostada a la pared del fondo, una mesa de algarrobo sobre la que reposaban un florero lleno de gerberas amarillas y verdes, un incensario de

plata y un cofre con camándulas alrededor de una gran canasta de mimbre rebosante de billetes. Ramiro contempló la canasta con la respiración contenida. Volvió hacia la puerta, ratificó la desolación del templo, y antes de volver a la mesa miró hacia el perfil de la Virgen que refulgía sobre un fondo de oscuridad. Un lado de la cara se perdía entre las sombras y ese ojo oculto le pareció una especie de guiño. Corrió hacia la canasta y empezó a sacar puñados de billetes que fue metiendo con premura en los bolsillos del pantalón hasta formar dos tolondrones a lado y lado de la ingle que le dejaron envarado; luego organizó fajos y los acomodó en los bolsillos de la camisa y después hizo zurullos que guardó dentro de las medias. Cuando no tuvo más lugar donde empacar, buscó la salida con pasos de robot en el momento en que entraba el padre Renato distraído. Ambos saltaron asustados.

—¿Usted qué hace aquí? —chilló el padre.

Ramiro dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

—Vine a agradecerle a la Virgen.

El cura dio una mirada rápida al entorno y luego se dirigió a Ramiro apuntando con el índice.

—¿Y qué hace en la sacristía?

Ramiro dio dos pasos dificultosos.

—Pasé a ver si lo encontraba a usted padre, pero ya se me hizo tarde y tengo que volver a la casa que está llena de gente.

Sin decir más, pasó al lado de padre, casi estrujándolo, y alcanzó la puerta. Cruzó entre las naves desoladas y el eco de los pasos se confundió con la letanía rumorosa de las viejas y su rosario. Una vez en el atrio oyó los chillidos del padre que crecían desde el interior de la iglesia.

—¡Ladrón!, ¡ladrón!

Ramiro miró a los lados y antes de que la gente acudiera con los gritos empezó a correr con toda la velocidad que le permitía su cuerpo entumecido.

12

Jadeante y sudoroso se abrió paso entre la gente aglomerada en la acera y, sin responder preguntas ni atender reclamos, entró a la casa y cerró de un portazo. Adentro, dio un respiro grande, se despojó de los zurullos que le entiesaban el cuerpo y con puñados rabiosos arrojó los billetes sobre el pequeño altar, frente a la Virgen de la arepa. Luego fue hasta el sofá y se desmadejó. Con los ojos cerrados escuchó el aquietamiento de su respiración en medio del ronroneo de las oraciones y las voces de protesta al otro lado de la puerta, hasta que el sonido nítido y urgente del regurgitar de su estómago lo obligó a incorporarse. Fue a la cocina, tomó el plato con sopa de arroz a medio consumir y sorbió varias cucharadas lentas, con una concentración enfática que lo fue alejando sorbo a sorbo del barullo que lo rodeaba. Cuando retumbaron los golpes abruptos contra la puerta permaneció tranquilo.

—Abra, somos la policía —los gritos resonaron también como golpes.

Por toda respuesta miró hacia el plato y vio flotar un delgado y sinuoso tallo que se había colado en medio de las hojas de cilantro. No recordaba haberlo dejado pasar al momento de preparar la sopa. Tomó la hebra haciendo pinza con el índice y el pulgar y se la llevó a la boca. Apenas la había mordido y saboreaba el juguito salado

cuando un golpe estruendoso hizo vibrar la puerta y repercutió en los cimientos de la casa. Miró con parsimonia hacia la puerta que volvía a removerse con un cimbronazo más al grito de «Salga que sabemos que está ahí». Caminó lentamente hasta el altar y descargó el plato de sopa entre los billetes desperdigados, las flores perfumadas y la imagen de la Virgen titilante por el parpadeo de las veladoras moribundas. Luego se dirigió a la ventana y la abrió de par en par. Una confusión de rostros se apeñuscó contra los barrotes entre suspiros y exclamaciones. Volvió junto al altar, corrió una silla, se sentó y continuó comiendo como si nada hubiera ocurrido. Ni siquiera se inmutó cuando los puños de los policías surgieron amenazantes por encima de las caras ansiosas.

—Abre ya o entramos por la fuerza.

Saboreó otra cucharada y después de una pausa extendió lentamente la mano hasta el centro del altar y agarró la arepa. Entonces miró hacia el público por primera vez y después de levantar la arepa con el mismo gesto del padre Renato al momento de la comunión se la llevó a la boca y dio un

mordisco ávido. La algarabía cesó de súbito y dio paso a un silencio de pavor y consternación. Masticó sintiendo un vago sabor a petróleo. Sorbió otra cucharada de sopa y miró la arepa. La dentellada había tronchado la mejilla derecha de la virgen deformando la boca en un gesto parecido a una sonrisa. También él sonrió y dio un segundo mordisco.

SAN CRISTÓBAL

«Pese a su gigantesca fuerza, un peso cada vez mayor le oprimía misteriosamente, temiendo no poder llegar a la otra orilla. Tras la travesía, la voz divina le aseguró que había transportado al rey del universo, disfrazado de niño».

(CRISTÓBAL DE LICIA EN *DICCIONARIO DE LOS SANTOS*.

C. LEONARDI, A. RICCARDI, G. ZARRI)

Se llama Cristóbal, nunca fue un santo, y esta es su historia. La razón que le llevó a contármela (él, que poco habla; él, que solo actúa; él, que apenas sabe de cosas intuidas en la mudez), fue la misma que cambió el rumbo de su vida: el muchachito.

Llegó a esa fiesta buscando al que, según se había enterado en días pasados, era el verdadero Patrón. El único ser temido por Don Efrem,

su jefe del momento. Llegó buscando al hombre más poderoso que existiera en estas tierras para ponerse a su servicio, para ser su guerrero, siguiendo el designio que se había autoimpuesto la tarde remota en que vio arder las paredes de la casa y a los soldados llevarse a su hermano.

La semana previa a la fiesta, Don Efrem se había reunido con Walter Galeano en la finca de Rionegro para ultimar los detalles de un envío.

Cristóbal los escoltaba como siempre, de pie, atento a la más leve inconsistencia de la atmósfera, metralleta en ristre y oído alerta. Al terminar la reunión los capos brindaron y se dieron la mano.

—Todo va bien. Lo único que espero es que Él no se nos vaya a atravesar en el negocio, porque tiene una ruta que pasa por ahí —dijo Galeano como al desgaire, para concluir.

La frase intempestiva y, sobre todo, el pronombre, quedaron resonando en el silencio de la tarde. Don Efrem permaneció tieso, la mano gruesa y velluda en sostenido apretón sobre la de Galeano, y aunque su rostro duro no se modificó, una leve vibración aleteó en sus pestañas. Solo Cristóbal

podría notarlo. Y le extrañó. Don Efrem, que había acabado (que había mandado a Cristóbal a acabar) con familias enteras sin ningún remilgo; que había eliminado (que había enviado a Cristóbal a eliminar) a los más intocables políticos; que había amedrentado (que había encargado a Cristóbal de amedrentar) a los dueños del país sin que le temblara la voz, no pudo evitar esa reacción. Ni otra más sutil: un excedente de aire inflamando el pecho arrogante más de lo habitual. En esa imperceptible infatuación Cristóbal reconoció un sentimiento ya olvidado: el miedo. Don Efrem soltó la mano del socio y continuó como si nada.

—¿Y es que ese hijueputa anda por aquí?

—Hace días —contestó Galeano—. Si quiere saludarlo, vaya el sábado a la fiesta de los quince de la hija del doctor Mesa. Allá va a estar.

El Patrón se dio un trago largo, descargó el vaso con un golpe seco sobre la mesa de madera y mostró una sonrisa amarga y displicente.

—Yo por ahora no tengo nada que hablar con ese hombre. Y si me necesita para algo que venga a buscarme.

Esa misma noche, Cristóbal empezó a averiguar de quién estaban

hablando. Gurbio, el chofer personal del jefe, le habló sobre la difusa presencia que regía todos los negocios, y de la que nadie hablaba: Él.

Manejaba su inmenso poder desde una sombra cerrada y existía tanto para todos y de una manera tan clara y terrible que nunca se lo mencionaba. Iba y venía por todos lados sin que nadie supiera nunca dónde estaba a ciencia cierta, e incluso se decía que muy pocos lo habían visto en persona. Como si más que un hombre fuera una atmósfera. Gurbio contó esa noche historias desaforadas (que a otro que no fuera Cristóbal le habrían erizado los pelos), sobre la implacable determinación con que Él mandaba en el mundo, sobre su fría audacia, su terrorífica supremacía. En todas las historias resaltaba la capacidad para eliminar sin dilación ni resquemores, sin escatimar recursos ni métodos, los obstáculos que se interpusieran en sus propósitos: personas, familias, empresas, pueblos enteros. Antes de que Gurbio terminara su relato, Cristóbal ya había decidido abandonar a su jefe para ponerse al servicio del verdadero Patrón, del hombre más poderoso.

Tal cual había hecho dos años antes, cuando dejó a Nacho, el comandante paramilitar, para irse a trabajar con Don Efrem; como ocho años atrás, cuando había abandonado a Robidio, el jefe guerrillero, para irse con

Nacho; con la misma determinación con que aquella tarde remota había decidido unirse a la guerrilla, mientras caminaba sobre los rescoldos todavía ardientes de la casa incendiada después de que los soldados se llevaron a su hermano.

El fin de semana pidió una licencia a Don Efrem. Habló con Dayron, el jefe de guardaespaldas del doctor Mesa (compañero de largas y monótonas jornadas de espera mientras su respectivos jefes mezclaban fiesta y negocios), para preguntar detalles de la celebración; y luego llamó a Paula para pedirle que lo invitara. El sábado llegó a la mansión en el alto de Las Palmas con la mirada anhelante, atento a la aparición del «Más de los más».

En el momento propicio lo abordaría. Estaba seguro de que su sola presencia, su aura personal, y dos o tres palabras bastarían para que el Gran Patrón lo llamara a su lado. Sabía que un ser poderoso reconoce a primera vista la rara presencia de un hombre que ha perdido el miedo.

Fue directo al segundo piso de la casa, donde ya estaba prendida la parranda, y vio rostros varias veces vistos en otros lugares y fiestas

como esa: algunos de los jefes con sus mujeres o sus amantes, políticos reconocidos, militares de civil, empresarios prestantes, curas, periodistas, y la acostumbrada comparsa de damas dudosas, asistentes personales, guardaespaldas, lavaperros y colados. El gremio en realidad era muy pequeño, casi una familia. El doctor Mesa lo saludó cordial y le preguntó por Don Efrem. Cristóbal dijo que no había podido venir y que le mandaba muchos saludos, que luego lo llamaría, y que él estaba ahí por invitación de Paula.

—Bienvenido, mijo —le dijo el doctor—. Usted sabe que esta es su casa, bien pueda sígase, sírvase lo que quiera y diviértase.

Agarró un whisky de un charol que pasaba y dio sorbos lentos mirando a la gente con la sensación un poco extraña de ser un invitado y no un escolta. Vio pasar a Dayron y lo abordó para preguntarle si sabía algo de la llegada del Patrón.

—No se sabe nada, como puede que aparezca, puede que no aparezca; Él es así. Pero igual todos lo estamos esperando.

Caminó entre los invitados que bailaban al ritmo de una orquesta traída de Puerto Rico, cuando vio a Paula, con el niño, en la esquina de la terraza.

Era sobrina lejana del doctor Mesa. Uno de esos parientes pobres que los

nuevos ricos meten en su mundo. El doctor la había adoptado y hacía las veces de nana de su hija quinceañera. Cristóbal y ella se habían hecho amigos de tanto encontrarse en fiestas y reuniones en las que coincidían Don Efrem y el tío de Paula; había sido novia de un guardaespaldas del doctor Mesa y con él había tenido al niño; pero al hombre lo habían matado en circunstancias extrañas (en las que, en un primer momento, quisieron involucrar a Cristóbal); desde que la vio por primera vez había sentido una vibración en el pecho que nunca se manifestó en nada concreto, a no ser una eventual risita leve, una mirada de más, una despedida alargada. Era la primera vez que la veía acompañada de su hijo. Se acercó a saludarla, y se deslumbró con la presencia del muchachito: una criatura de cuatro años (Cristóbal sabía muy bien su edad), de una belleza que parecía de otro mundo, una porcelana recién pulida; los bucles pintados por un artista, la carita redonda y angelical, la mirada pura, y el cuerpecito rechoncho de una de esas figuras que orinan agua en las fuentes de parque; y, además, el impresionante parecido con el padre muerto.

Estaba pegado a la pierna de Paula, que saludó a Cristóbal con genuina alegría. Hablaron un rato, subiendo la voz por encima del ruido de la orquesta, hasta que la mujer dijo que salieran para poder conversar mejor.

Bajaron las escaleras con el niño pegado a la pierna de la madre y la mirada transparente posada en Cristóbal. En el patio, el chico se puso a jugar entre los árboles, recogió un palo grueso y largo que había entre la hierba e hizo mandobles ante un enemigo imaginario. Cristóbal le preguntó a la madre sobre la llegada del Patrón y ella contestó lo mismo que había dicho Dayron. Estuvieron un rato charlando en medio del patio desolado, oyendo los ecos de la rumba que llegaban desde la terraza, mientras el niño apuñalaba el aire con el palo. Cristóbal dividía su atención entre los bellos ojos de Paula, la cara del chiquillo que cada tanto fijaba en él su mirada prístina y la portada de la finca por donde esperaba ver aparecer las luces de las camionetas que traerían al Patrón. Paula interrumpió la charla para contestar el teléfono. Habló un momento y dijo que la necesitaban arriba, que ya volvía. Luego se inclinó ante el niño.

—Sebas, ¿te quedas un ratico con Cristóbal aquí? Me llamó el tío y tengo que ir a hacer algo, pero no me demoro.

Cristóbal la vio subir las escaleras y luego dirigió la mirada ansiosa hacia la portada de la finca. Una sensación indefinible, tal vez un roce en el aire, que venía desde el suelo, le hizo bajar los ojos. Se encontró con los del niño, fijos en él, las manos apretando el palo con fuerza. La ternura inefable de su expresión había mudado en un gesto oblicuo de malicia adulta; las facciones se habían endurecido y el ceño se había constreñido hasta formar la cara de un hombre viejo y herido. «Qué pasa, campeón», alcanzó a decir cuando ya recibía un potente palazo en el muslo. Dio un paso atrás sin entender, sobándose la pierna y tratando de conservar la sonrisa, pero el niño avanzó con maneras de energúmeno, golpeándole una y otra vez, en los brazos, en las piernas, en el torso, hasta donde alcanzaba el palo; «qué pasa, campeón», repitió Cristóbal mientras trataba de apartarlo. Pero el chico golpeaba sin pausa ni concierto; las pupilas chispeantes no tenían la simple exaltación de la ferocidad, sino algo más comprimido y denso: odio puro, un odio de alguien mucho más grande, mucho más antiguo que él.

Cristóbal dio vuelta y empezó a alejarse en dirección a la portada; el niño corrió tras él y saltó sobre su espalda agarrándose del cuello con una mano y golpeando con la otra, como un jinete colérico. Un fuerte impacto en la cabeza atontó a Cristóbal; alcanzó a pasarse la mano por

la frente y vio sus dedos manchados de sangre; trató de conservar la calma, pero los golpes, asestados con la fuerza de un adulto fornido, no cesaban; recibió otro porrazo en la coronilla que lo hizo tambalear y soltó las esclusas de la ira (su antigua e inveterada ira). Se quitó al muchachito con un manotazo y lo arrojó con toda su fuerza al pavimento. La caída sonó fuerte y Cristóbal avanzó todavía enojado hasta el cuerpo del monstruo para terminar la reprimenda. Pero en el suelo ya no encontró a la fiera que quería matarlo, sino el cuerpo indefenso, inocente, de un niño de cuatro años, que se quejaba levemente. La ira (su alimento, su aliciente, su fuerza) recién desatada no encontró contra qué estrellarse; el enemigo se había esfumado en el aire y había dejado en su remplazo una criatura delicada y expósita.

Apenas alcanzó a respirar hondo, confundido, cuando la cara del niño mudó en una expresión torva y el pequeño cuerpo se incorporó abalanzándose en una arremetida más airada aún.

Trató de agarrarlo por los brazos pero el chico se escurrió y descargó un palazo seco en su estómago que le hizo doblarse; luego sintió un golpe en la

espalda y otro en la cabeza y uno más en el hombro y ya no supo cuántos más ni en donde, acribillado por un ejército de bestias furibundas que lo herían por todos los flancos y le obnubilaban el entendimiento; hasta que, en el momento más agudo del dolor y el desconcierto, el instinto aturdido reaccionó y Cristóbal se irguió con todas sus fuerzas, mandó la mano a la pretina y apuntó con la pistola.

La andanada de golpes paró en seco y Cristóbal se vio de súbito apuntando con una Sig Sauer nueve milímetros a la cabeza de un niño, que además era familiar del doctor Mesa. Dudó. En esa mínima pausa el monstruo arremetió indiferente a la boca del cañón que le apuntaba.

Cristóbal se hizo a un lado para esquivar el embate y en una fracción de segundo alcanzó a ver en los ojos encendidos del muchachito la brutal determinación del hombre que no tiene miedo. Se alejó unos pasos y se puso frente a la criatura, ya no como un adulto ante un niño, sino como un hombre ante otro hombre. Levantó la frente, hizo un gesto feroz que dejara claro quién mandaba allí y miró fijo a los ojos del enemigo. Entonces un excedente de aire inflamó su pecho arrogante más de lo habitual. Un frío intenso lo paralizó. No era el miedo como lo había conocido en otra época: era desolación, desamparo, la aturdida impotencia de tener que vérselas con un contrincante inconcreto, más fuerte que la fuerza física, más potente

que la muerte, que iba y venía por todos lados sin que nadie supiera dónde estaba a ciencia cierta. Un cansancio infinito le hizo bajar los brazos. El monstruo alcanzó a mandar otros dos golpes que Cristóbal esquivó con desgano cuando, al fondo, bajando las escaleras de la casa, apareció Paula.

El chico lanzó el palo entre la hierba, se recompuso la ropa y, cuando levantó la cabeza, un rostro candoroso y radiante de criatura inmaculada volvió a iluminar la noche. Cristóbal se organizó la camisa como pudo, limpió la sangre de su frente con un pañuelo y dio unos cuantos pasos hasta ubicarse bajo un árbol que obstruía la luz de las lámparas. El niño se paró a su lado, angelical, mirando hacia la madre, y en esa posición esperaron a la mujer en la semioscuridad. Cuando Paula se acercó el chico corrió a abrazarla. La madre lo besó y al sentirlo sudoroso y un poco jadeante miró a Cristóbal.

—¿Se quedaron jugando? Qué fácil que conseguís amiguitos —bromeó.

Cristóbal no respondió. Paula dijo que el Patrón había pasado unos pocos minutos por la fiesta y que su tío la había mandado a llamar para que lo saludara rápidamente. Se reunió en privado con el doctor Mesa y después de dejar el regalo para la quinceañera (un paquete con quinientos mil dólares) se fue sin saludar ni despedirse de nadie.

—Una lástima, vos querías conocerlo ¿cierto?

Cristóbal dijo que no importaba. Arguyó un malestar repentino y se despidió rápidamente. Paula lo vio alejarse convencida de que estaba decepcionado por no haber visto al Patrón. En la portada, Cristóbal dio vuelta y vio a la madre y al hijo haciéndole un gesto de despedida con la mano.

Empezó a descender lenta, dificultosamente, por los rieles de piedra que llevaban hasta la carretera donde había dejado la moto, con la sensación nítida de llevar un bulto sobre los hombros, como si el niño no se hubiera desprendido en el forcejeo; el peso se multiplicaba con cada paso y la presencia del muchachito se hacía más vívida en su espalda; su cuerpo se fue encorvando, abrumado por kilos y kilos que se convirtieron en toneladas y finalmente en la densidad del mundo entero. Al dar vuelta en un recodo no pudo más y cayó en una cuneta, al lado de la vía.

Extendido de largo a largo sintió que el peso aumentaba todavía, como si quisiera hundirlo en la tierra; oprimía no solo su cuerpo, sino

también sus pensamientos, sus sensaciones, sus recuerdos, todo lo que pudiera llamarse Cristóbal, desintegrándolo, hasta dejar una última sustancia remanente: el odio. Odió al niño con la misma fuerza con la que el peso le oprimía y difuminaba, con todo su ser, completamente, hasta que la imagen infantil también se desvaneció; y después, no habiendo a quién ni a qué odiar, el odio se odió a sí mismo hasta fundirse en la etérea sustancia esencial de la que estaban hechas todas las cosas: los recuerdos, la casa en llamas, el dolor, la ternura, su hermano, la ira, Don Efrem, el miedo, su hermano, Dayron, el doctor Mesa, el niño, Paula…

Dejó de forcejear. Hubo un desprendimiento, una liviandad desconocida; un tremendo poder sin nombre, una verdadera ausencia de miedo que no necesitaba la ostentación de la audacia. Una potencia tranquila y pobre, más grande que la de cualquier poderoso que hubiera

conocido hasta el momento. Sintió que flotaba, ascendiendo, abrazado al cuerpo del muchachito sonriente.

EL MUERTO SIGUE BIEN

El muerto sigue bien. Eso deja entrever el tono, si no saludable o feliz, por lo menos real —digamos, de persona viva—, de sus últimos correos. A pocas personas se lo he contado. Yo mismo vine a darme cuenta muchos días después de que estaba intercambiando correspondencia con el muerto.

A Raúl dejé de verlo hace diez años, poco antes de venirme a vivir a este paraje perdido del África. Aunque, en rigor, tendría que decir que al verdadero Raúl lo vi por última vez dos años antes de esa fecha. Porque en aquella reunión previa a mi viaje no consideré haberme encontrado con él.

Para ese tiempo ya se había convertido en otro. Y no es que fuera alguien distinto, sino todo lo contrario: un Raúl tan exageradamente sí mismo que apenas se le podía reconocer.

Sin embargo, no puedo decir que alguna vez haya sido engañado por él, porque desde el momento en que apareció en mi vida, en nuestras vidas, se mostró como era. Tengo, tenemos, grabado en la memoria aquel primer día de universidad cuando a la pregunta del profesor sobre nuestras expectativas profesionales, un chico desmirriado, la piel requemada por el sol inclemente de los descampados populares, se puso de pie y con voz firme sentenció que a él solo le interesaba sacar

un título universitario y que no pretendía ejercer la profesión, pues iba a ser el hombre más poderoso del país. El salón quedó sumido en un silencio estupefacto, mezcla de vergüenza ajena y admiración perpleja. Fue tal la suficiencia y la determinación del muchacho que ni los matoneadores más descarnados se atrevieron a articular sonido porque en el aire quedó flotando la sensación de que esas palabras podrían llegar a ser ciertas y que quien las acababa de pronunciar tomaría represalias en el momento en que se hicieran realidad.

Años después, Carmen, Ernesto, Peto y yo seguiríamos recordando esa anécdota con la que Raúl se reía a carcajadas. No sé cómo empezamos a juntarnos con él ni en qué momento exacto pasamos del compañerismo a la amistad y luego a esa fraternidad que trascendió el tiempo y definió

nuestras vidas. Lo cierto es que, con el curso de los años, la soberbia de Raúl pasó a ser apenas una faceta de su modo de ser, a la que no prestábamos mucha atención, y de la que incluso terminamos beneficiándonos porque bajo el influjo de esa audaz arrogancia creció la pequeña oficina que le ayudamos a instalar en un garaje del centro de la ciudad y que luego se transformó en la boyante empresa Inversiones Paraíso S. A.

Si acudí a esa fiesta donde ya no lo reconocí —la inauguración del nuevo edificio: ocho pisos, paredes de cristal, en todo el centro de la ciudad

—, dos años después de haberme alejado de la empresa, fue respondiendo a una invitación que él mismo me hizo llegar, en la que expresaba su deseo de compartir «mis logros con quienes me han acompañado en los momentos más importantes de mi vida». Pero me bastó llegar al lugar para arrepentirme. Su saludo almidonado, la amabilidad anquilosada, la sonrisa artificial, me golpearon como una cachetada intempestiva. De aquel camarada inseparable solo quedaba un sujeto distante que miraba con gesto despectivo, desde un andamio inalcanzable, lo superfluo de las pequeñas lealtades humanas. Busqué entonces al resto de la cofradía esperando encontrar en ellos, si no indignación, por lo menos una pizca de sorpresa o incomodidad. Pero ninguno de ellos parecía notar la anomalía. O no les importaba: Carmen, sonriente, de la mano de su novio ganadero, disfrutaba de la fiesta y miraba todo con satisfacción; Peto sacaba pecho y esgrimía su sonrisa tiesa con un vaso de *whisky* en la mano; y Ernesto, silencioso, permanecía atento al paso del charol con los vinos. Esa noche salí sin despedirme, decidido a no volver a saber nada de ninguno de ellos.

Por esos días me uní como voluntario a la Congregación Misioneros del Señor, y cuando resultó el viaje no lo dudé un instante. Ni siquiera sabía de la existencia de un país llamado Gabón y aterricé aquí impulsado más por la urgencia de borrar el pasado que por el deseo de ayudar al prójimo. El tiempo, seis mil kilómetros de distancia y la inmersión en una cultura y un idioma diferentes obraron benéficamente, y al cabo de algunos años la memoria de mi vida pasada se había diluido como una carta abandonada en un balde con agua. Empecé a sentirme redimido, otro. Solo que transmutado lo exótico en cotidiano y lo desconocido en rutina, me encontré de nuevo conmigo a secas, sin nada que olvidar ni de qué

sorprenderme, y nuevas heridas con gente distinta, hechas de la misma sustancia de las que creía haber sanado, se empezaron a abrir.

Hace un mes, el acumulado de mis insatisfacciones estalló en una discusión violenta con el nuevo padre superior, quien vino a imponer un orden de cosas que desestimaba mi trabajo de una década. Dije cosas ofensivas que no sabía que pensaba y con las que ni siquiera estoy de acuerdo. Por la noche, en mi cuarto, exhausto y culposo, me descubrí pensando otra vez en la huida, planeando un nuevo comienzo en un lugar aún más lejano. Pero ¿a dónde?, ¿cuánto más lejos podía alejarme?, ¿y de qué, concretamente?

Mi desazón era tan evidente que una tarde de esa semana, mientras fumaba un cigarrillo en la banca del patio, Imunga, el viejo mayordomo de la Fundación, interrumpió su trayecto hacia el lago y luego de mirarme un momento se acercó sigiloso y me susurró al oído: «Pídale ayuda a la madera sagrada, que ella nunca defrauda». Al levantar la cabeza encontré el rostro pétreo del negro y en medio de su dureza un gesto de sólida compasión sin sentimentalismos que me impulsó a contestar en el acto: «¿Usted me ayuda?».

Dos días después, mi cuerpo desnudo reposaba en las orillas del río Ogooué, la piel blanqueada con polvos vegetales, en medio de los cantos de los negros y las antorchas chispeantes que titilaban en la oscuridad. Los sacerdotes me dieron de comer la raíz del ibogá e hicieron que me mirara en el pequeño espejo ritual donde un rostro encalado, que solo reconocí como mío por el color de los ojos, se empezó a difuminar. En el centro de lo que vagamente sentía como mi pecho se concentró un peso infinito y los vestigios que quedaban de mi persona fueron jalados hacia ese punto minúsculo. No había ni vida ni muerte, solo un peso de toneladas que tiraba hacia una profundidad sin fondo. No era yo ni ninguna otra cosa, solo una angustia sin principio ni fin que ni desaparecía ni se entregaba a la

caída. En el momento de mayor ahogo y desesperación, el peso se deshizo y las fuerzas de resistencia se diluyeron dejando una atmósfera de silencio y liviandad. Floté, vi una montaña blanca y un cielo diáfano sobre el que empezaron a aparecer imágenes que había olvidado o querido olvidar; escenas que en su origen estuvieron cargadas de dolor y decepción se repetían tal cual habían ocurrido, pero animadas por un significado nuevo,

iluminadas por una fuente de luz que venía desde atrás y se filtraba entre los intersticios. Me sorprendí evocando con belleza la vida que con tanta determinación había sepultado. Aparecieron risas que de tan olvidadas parecían inventos, vi un niño feliz que nunca quise reconocer y que era yo, añoré el clima benéfico de una tierra lejana que siempre maldije, vi alegría espontánea e ingenua detrás de rostros que siempre concebí ladinos. Una extraña sensación de ecuanimidad sin límites se apoderó de mí. Y en todo el centro del chispazo amoroso apareció, nítida, la imagen de Raúl Velázquez, rodeada por un nimbo iridiscente y pacificador. En ese instante afloró el espíritu comprensivo que me cambió la vida.

Al día siguiente, repuesto del agotamiento en que me dejó la experiencia, fui directo a mi computador y busqué una vieja dirección electrónica que tal vez ya no existía. La encontré en el archivo: raulvelaquez874@hotmail.com. Sin saber si el destinatario recibiría el mensaje, escribí. Le conté, sin especificar detalles, que su recuerdo me había llegado como parte de un momento especial que acababa de vivir, en el que comprendí lo importante que él había sido en mi vida. Le mencioné aspectos de mi presente, tratando de no mentir una felicidad que no sentía pero sin evidenciar una desazón que a él no le competía. Le preguntaba por su esposa, Alejandra, y por sus dos niñas y terminé tratando de evocar el tono de nuestras antiguas charlas con un chiste fácil sobre los hombres casados y el peso que cargan voluntariamente. Al sábado siguiente encontré su nombre en la bandeja de entrada. Abrí el mensaje, emocionado: *Hola, Marcos:*

Me sorprendió gratamente tu mensaje. Por aquí todo va bien. No es como te lo imaginas ni como nadie se lo puede imaginar. Me alegra saber que sigues en la búsqueda de tus sueños, dando cara a los obstáculos que implica el camino que decidiste tomar. Espero sigas avanzando y te deseo una feliz vida.

Saludos.

Raúl

Parecía escrito por el publicista de la empresa para una tarjeta navideña destinada a los clientes. Pero el ánimo comprensivo que había despertado en mí la madera sagrada me permitió obviar amargas interpretaciones.

Atribuí el tono del mensaje a la incapacidad innata de Raúl para expresar sus sentimientos con palabras. Y, luego de analizarlo bien, comprobé que el correo hacía alusión a mis asuntos personales, así fuera un poco en clave.

La expresión: «dando cara a los obstáculos que lleva el camino que decidiste tomar», hablaba de mi vida, reconocía mi ruta. Ahora Raúl juzgaba mis decisiones con respeto y no con esa superior condescendencia que por aquella época le inspiraban mis «locuras de *hippie*». En la frase:

«No es como te lo imaginas ni como nadie se lo puede imaginar» entendí una sutil confesión de sus angustias íntimas, la tremenda soledad de los hombres poderosos. Intuí que después de tantos años de vivir regido por las exigencias de la preponderancia, Raúl debía sentirse cansado, y en medio de ese hartazgo las facetas nobles de su personalidad estarían pujando por emerger para posicionar en el mundo al verdadero hombre que era. Sentí que yo debía ayudarlo en ese propósito.

Escribí un segundo mensaje para demostrarle que mi aparición era más que un arrebato esporádico; y sobre todo para animarlo a expresar sus propios sentimientos.

Querido Raúl:

Tu respuesta me ha traído la gran alegría de saber que más allá de las diferencias que tuvimos en algún momento, nos siguen identificando inquietudes similares. En las últimas semanas un caudal de imágenes viene sucediendo en mi mente: las charlas y las risas en el bar La Bodega, las canciones a voz en cuello en el borde de una acera, nuestra ceremonia de grado; todos esos recuerdos han vuelto a mi corazón purificados y vibrantes para recordarme el valor del único sentimiento realmente perenne: la complicidad de los amigos. Deseo que la vida te esté tratando bien y espero noticias tuyas.

Un gran abrazo.

Marcos

Dos días después encontré la respuesta: *Marcos:*

Gracias por tu correo y tus palabras. En efecto, es muy grato recordar los bellos momentos de la vida, dada la fugacidad y la pequeñez de esta.

Me pareció muy agradable la evocación de las épocas de juventud. La complicidad de los amigos es uno de los sentimientos más puros, el más parecido a las vibraciones que se encuentran en la eternidad.

Deseo todo lo mejor para tu vida.

Raúl

Leí y releí el mensaje. Aunque mantenía ese tono al que le obligaba su incapacidad expresiva, se podía sentir debajo el latir de una emoción aprisionada. Me conmoví imaginándolo conmovido por los recuerdos.

Entonces, le envié un tercer correo, en el que detallaba pormenores de mi cotidianidad, describía los paisajes africanos y hablaba someramente de mis tristezas y alegrías en esta tierra. Mientras redactaba, no pude dejar de pensar en los demás integrantes de la cofradía y sentí la imperiosa necesidad de conectarme también con ellos.

Le escribí a Peto, el dicharachero, el niño rico, el desenfadado. Antes de ponerme a redactar vino a mi cabeza nuestra última desavenencia, por la época en que yo lo consideraba celestino de la relación clandestina que Carmen entabló con el ganadero socio de Raúl. Sonreí compasivo con el ser pueril e inmaduro que era yo en esa época. Le hablé de otras cosas: de las propiedades terapéuticas de su risa estruendosa, de su carácter servicial y de la frescura que llegaba a mí cuando evocaba sus impertinencias y su espontánea tosquedad. Le conté un poco de mí y le dije que me gustaría saber qué había sido de su vida.

Busque la dirección de Ernesto y a medida que digitaba las palabras recordaba su figura larga y enjuta, su bondad y su timidez, esa presencia casi fantasmal que se hacía concreta en los momentos más inesperados con la frase certera que solucionaba un problema general o dirimía una discusión.

Por último, le mandé un correo a Carmen saludándola con un cariño reposado y diciéndole que desde mucho tiempo atrás había superado cualquier posible herida, que su recuerdo había llegado a mí envuelto en una nube de amor y agradecimiento por todo lo que me había enseñado. Le contaba que después de ella había seguido una vida más bien monástica, alejada de escandalosas pasiones y que, aunque era laico, trabajaba con una comunidad de misioneros católicos y que

vivía mi vocación con alegría.

Al día siguiente recibí una respuesta de Peto que, a pesar de su característico tono vivaz, me dejó atónito.

¡Marcolocooo!

Qué alegría saber de vos, parcero. Pensamos que te había tragado la tierra. Lo importante es que apareciste, aunque sea en estos tiempos de malas noticias. Me imagino que donde estás encambuchado no sabés nada de lo que ha pasado por aquí. Te lo cuento así sin anestesia como a mí me tocó vivirlo: a Raúl lo mataron el mes pasado. Estaba saliendo del garaje de su casa y llegaron en cuatro camionetas y lo destrozaron a bala. Quedó como un guiñapo y el carro como un colador. Alejandra y la niña grande alcanzaron a ver. La noticia nos cayó como un baldado de agua fría porque nunca creíamos que a él le fuera a pasar algo. Yo siempre creí que Raúl era intocable. Hasta llegué a pensar que estaba rezado o había hecho un pacto con quién sabe qué.

A mí me tocó encargarme de todas las diligencias del entierro porque Alejandra quedó en shock . *Carmen y Ernesto vinieron a aparecer ya cuando todo estaba arreglado. Terminé yo solo haciendo la parte más maluca, como siempre. Ahora ando muy pendiente de Alejandra, apoyándola en lo que necesiten ella y las niñas. Soy el único que se ha hecho cargo de eso porque vos sabés que Carmen y Alejandra nunca se la fueron bien. Y Ernesto… bueno, con Ernesto no se puede contar para nada.*

Carmen propuso que nos juntáramos en su finca de Llanogrande a tomarnos unos aguardientes y recordar viejos tiempos como una manera de hacerle homenaje; parecíamos otra vez en la época del bar La Bodega, ¿te acordás?, solo que sin vos ni Raúl. Aquí te mando una foto de los tres por si se te olvidó cómo somos, ja, ja, ja. Un abrazo y en la buena siempre, viejo Marcolocooo.

Peto

P. D.: ¿Seguís igual de loco o ya aterrizaste? Acordate que tanta mariguana agüeva, ja, ja, ja.

Al terminar de leer, mi habitación daba vueltas y el mundo se transformó en un caleidoscopio de escenas contradictorias en el que las cosas eran y no eran a la vez. Por un momento creí que la potencia de la ibogá se había reactivado en su faceta más desconcertante y oscura. Abrí el correo y volví a leer los recientes mensajes de Raúl. Las frases eran reales y permanecieron vibrando en mi cabeza. Pensé en el bromista pesado que siempre fue Peto. Pero cualquier duda se

desvaneció con el correo de Carmen.

Marquiño:

Apenas vi tu nombre en la bandeja de entrada pensé que la vida es muy irónica y que midiós sabe cómo y cuándo hace sus cosas. Así como nos da golpes terribles nos manda alegrías que nos consuelan. Porque antes que nada tengo que darte una noticia muy dura: Raúl se murió. Lo mataron. Me imagino que te quedaste pasmado con lo que acabás de leer, como me quedé yo hace un mes cuando me avisaron por teléfono. Todavía no lo he podido aceptar. Así que tu mensaje me vino como caído del cielo para sacarme por un rato de esta tristeza y esta rabia con las que vivo últimamente. Sí, Marquiño, tengo mucha rabia con este país de envidiosos en el que no pueden ver que alguien progrese porque hacen lo que sea para hundirlo, y si no pueden, lo matan. Aquella empresita que vos ayudaste a crear ya era un negocio nacional con sedes en varias ciudades, gracias a la berraquera de Raúl y al trabajo de todos nosotros. Vos sabés que él nunca se quedaba quieto y siempre pensó en grande. Pero cuando los de cuello blanco lo vieron cogiendo alas… En fin, no quiero importunarte con estos temas que además me descomponen…

Todos quedamos muy mal con la noticia, aunque los muchachos no es que se hayan portado muy bien. Yo, que en vida siempre le manejé los asuntos importantes a Raúl, ni siquiera pude participar en las diligencias de su entierro ni pude organizarle una ceremonia fúnebre como se merecía,

porque Alejandra —amangualada con Peto, que se ha convertido en su perro faldero— dio la orden de no dejarme intervenir en nada. A fuerza de lidias pude estar en el velorio. Eso me ha dado muy duro y me tiene llena de tristeza y desilusión.

La muerte de Raúl me hizo caer en cuenta de lo sola que estoy a pesar de que supuestamente tengo al lado a los amigos de toda la vida. Ya ves lo que te cuento de Peto. Y con Ernesto no se puede contar. Sigue siendo el mismo: inteligente, callado y servicial, pero sin carácter para nada. Y con ese problemita del trago. No estuvo ni en el velorio y al entierro vino a aparecer borracho cuando ya le habíamos echado tierra al ataúd.

En estos días nos juntamos para recordarlo. Como te imaginarás, estuviste presente en la conversación, porque nunca te olvidamos. Tu reaparición es una noticia muy buena y sé que se van a poner muy contentos cuando les cuente.

Te mando un abrazo enorme y espero que sigamos en contacto. Cuando podás contame más cosas de tu vida y cómo es eso por allá donde estás.

Carmen

En una de las fotos aparecían los tres abrazados y sonrientes. A la derecha, Ernesto procuraba un gesto de simpatía que no alcanzaba a ocultar la incomodidad que siempre le produjeron las fotos; desde el lado izquierdo, Carmen, con la barbilla levantada, miraba fijo a la cámara; y en el centro, Peto hacía una mueca y entornaba los ojos mientras sus manos se levantaban por encima de las cabezas de Carmen y Ernesto en forma de cuernos. Poco después llegó el correo de Ernesto: *Viejomarcos:*

¿Fuiste a parar al África? Más berraco vos, y nosotros todavía clavados en este matadero. Carmen me contó que también te habías escrito con ella. O sea, que ya sabés. Tremendo, hermano. A mí me cogió de sorpresa, aunque muchas veces había pensado que, con las cosas de Raúl, un día se nos iba a aparecer por la oficina un combo de fulanos a acabar hasta con el nido de la perra.

Es muy bravo perder un amigo, aunque si te soy sincero, ya mi amistad con Raúl no era la misma, o, mejor dicho, casi no era amistad. Siempre fui un empleado con ciertos privilegios y mejor sueldo que los demás, por ser amigo del dueño, pero un empleado, al fin y al cabo. No como Carmen y Peto, que andaban con él pa arriba y pa abajo participando de sus asuntos.

A mí nunca me interesaron esos estreses y con mi sueldo mensual he podido vivir bien y sostener a mi familia. Peto y Carmen a cada rato me echan vainas dizque por apocado. Yo prefiero que me llamen así a ser una caranga resucitada que chicanea con la plata que ha conseguido por estar pegado del culo de otro. Ahora dizque no saben quién pudo hacer algo tan horrible. Eso sí me saca la chispa, hermano. Que le pongan esa cara de yonofuí a otro. Como si uno no se conociera esta historia desde el principio.

Yo creo que a vos te tocó cuando Raúl se alió con ese ganadero, don Ovidio, el de Urabá, que había montado un ejército para sacar a la gente de unas tierras, que por guerrilleros, y luego Raúl y el viejo Ovidio montaron en el terreno desocupado tremendo sembrado de palma africana para exportar aceite. Vos sabés el olfato que tuvo siempre para los negocios. Luego fue que compró tierras en Caucasia, se metió con la ganadería y otros cruces y en un dos por tres ya era el dueño de medio departamento de Córdoba. Cuando los paracos negociaron con el Gobierno (a vos ya no te tocó nada de eso, ¿cierto?), Raúl hizo borrar todos los archivos en que aparecía su nombre y se convirtió en un empresario de la high . *Se codeaba con la crema y nata del país, con esa gente que uno solo ve en televisión, y ya casi ni se aparecía por la oficina porque se mantenía*

en Bogotá. Y quién sabe ya en esos niveles qué fue lo que pasó. Algunos dicen que fueron unos paracos ofendidos, otros que un problema con un cargamento grande; y otros dicen que un duro del ejército lo mandó a quebrar porque Raúl estaba agarrando poder político y sabía muchas cosas.

Ahora la familia de Alejandra quiere salir lo más pronto posible de las oficinas y los negocios, porque quedaron llenos de chicharrones. Así que no sabemos qué va a pasar con la empresa. Carmen está berraca porque ella, que se cree la dueña de todo, quería seguir al mando de los negocios. Y

Peto, ya sin Raúl, se le pegó fue a la familia de Alejandra. Me imagino que a ver si puede sacar tajada.

A veces nos juntamos para tomarnos unos aguardientes; ahí nos olvidamos de todo, y la pasamos bien, porque Peto cuando está prendido sigue siendo un goce y Carmen enrumbada es una bacana. En la foto que te adjunto verás que seguimos siendo casi los mismos, un poco más viejos, pero lo mismo de animados para la guachafita. Ojalá aparezcás algún día para que brindemos.

Ernesto

Lo que más me importó de las tres respuestas fue la confirmación de la noticia. Le escribí a cada uno expresándole mi sorpresa y mi dolor, sin hacer ningún comentario sobre sus versiones de lo ocurrido y sin mencionar mi correspondencia reciente con Raúl.

Cuando recibí un nuevo correo de raulvelaquez874@hotmail.com estuve un largo rato frente al computador sin atreverme a abrirlo. Por fin, tembloroso, di clic y encontré un mensaje lacónico en el que Raúl expresaba su *beneplácito* por la vida que yo había logrado hacer y su admiración por mi entrega a los demás. Esta vez no le presté atención al contenido del mensaje, sino que me quedé especulando sobre quién podría estar detrás de una broma tan maquiavélica. En principio me pareció que lo mejor era escribir de nuevo a esa dirección confrontando al usurpador, preguntándole quién era, y qué se proponía; pero luego de pensarlo decidí ir al origen del asunto y busqué la ayuda de Marck, el ingeniero de sistemas de la Fundación, un milenial *hacker* que conoce la red como la palma de su mano. Se metió hasta las entrañas de mi computador y desde ahí rastreó la ubicación y las características de esa cuenta, sin resultados. No aparecía en la red. Opté entonces por desenmascarar directamente al supuesto Raúl obligándolo a hablar de un tema que solo él y yo conocíamos.

Querido Raúl

En estos días, recordando las cosas que vivimos juntos, me vino a la cabeza esa época en que me llamabas por teléfono a las horas menos pensadas: «Te recojo en veinte minutos porque hay incursión en la

baticueva». ¿Te acordás? ¿Existe todavía ese lugar? Recuerdo que era una esquina en la calle más oscura y sucia de la zona de Los Puentes. Para mí, ir ahí era como acceder a otra realidad, un mundo en el que nunca se me hubiera ocurrido —ni creo que a nadie— que vos pudieras moverte.

Entrabas derecho, saludando a todas las travestis, pero buscando a la barranquillera, ¿Melina, se hacía llamar? ¡Cómo te quería!, a mí hasta envidia me daba. Porque no es suficiente tener plata para que lo quieran a uno como ese chico te quería a vos, se le veía en los ojos cuando te miraba.

Hoy que pensaba en eso me pregunté por qué me escogiste a mí para ser tu escudero en esas incursiones, tal vez por la idea de loco y desprejuiciado que tenías de mí, tal vez porque sabías que a mí también me jalaban los márgenes. No importa, pero te lo agradezco. Es la primera vez que pongo esos recuerdos en palabras y al escribirlo me lleno de curiosidad. ¿Volviste a ver a «la barranquillera»? ¿Qué fue de su vida?

Un abrazo.

Marcos

Recién había enviado el correo cuando apareció en mi cuarto Imunga para darme unas indicaciones de trabajo enviadas por el padre superior, que había dejado de dirigirme la palabra. Solo en ese momento caí en la cuenta de que llevaba varios días sin comunicarme con nadie distinto a mis viejos amigos. Imunga permaneció un momento en la puerta mirándome con atención y preguntó cómo había seguido después de mi experiencia con la raíz sagrada. Le contesté que todo marchaba bien y dado su interés estuve a punto de contarle sobre mi comunicación con el muerto. Pero antes de empezar a hablarle ya se había marchado. Volví al computador y encontré un correo de Carmen.

Marquiño

Por aquí todo sigue más o menos. Últimamente me ha entrado un desánimo que a fuerza de lidias me permite ir a la oficina. De resto, me la paso aquí en la finquita de Llanogrande o encerrada en el apartamento que compré en el último piso de un edificio en las transversales. Vivo sola porque después de que me separé de Reynaldo —el ganadero de tu ingrata

recordación— decidí no volver a aguantarme a ningún atarván ni mucho menos tener hijos. Para eso están mis sobrinos, los hijos de Marleny, ¿te acordás de ella? Mateo, de seis, y Luciana, de tres, son mi debilidad (te mando fotos para que veás las bellezas). Ellos son mi única alegría por estos días.

Las cosas en la empresa van para atrás. Estamos trabajando a media máquina, no solo porque faltando el líder todo se ha descontrolado, sino porque Alejandra y sus hermanos no dejan hacer nada. Me han excluido de todas las decisiones; quieren cerrar las oficinas y vender todo, sin importarles el deseo que tantas veces expresó Raúl de que algún día yo cogiera el mando de la empresa. Es tanta la inquina y la angurria que les importa un pito la sagrada voluntad del difunto. Yo estaba decidida a darles la pelea, porque no me parece justo que nosotros —incluido vos—, los que empezamos con todo esto cuando Raúl no tenía ni un peso, terminemos en el aire mientras ellos quedan tapados en plata y muertos de la risa. Mi abogado dice que la pelea es complicada porque legalmente todo está amarrado a Alejandra y su familia. Al principio pensé que si los amigos nos juntábamos se las pondríamos difícil. Pero, como te conté en el anterior correo, Peto se amangualó con ella. Es una cosa que viene de antes, porque entre él y Alejandra —aquí entre nos, aunque todo el mundo lo murmura— hay algo raro desde tiempo atrás. Hasta el mismo Raúl lo sospechaba, pero no le importaba porque en los últimos años ni tocaba a Alejandra. Te lo cuento yo, que sé de confidencias.

Si Ernesto tuviera aunque fuera un poquito de carácter, podríamos hacer algo, pero cuando le propuse que demandáramos a esa gente se frunció y me salió con que él no iba a ponerse a destapar más ollas podridas. Más boba yo ponerme a contar con Ernesto, conociéndolo como lo conozco.

Para mí es un asunto de dignidad —palabra que ni Ernesto ni Peto parecen conocer— porque afortunadamente no necesito de la empresa para vivir. Gracias a Dios en estos años he hecho mis ahorritos, tengo algunas propiedades y terrenitos y hago mis propios negocios como le aprendí a Raúl. Ahora te estoy escribiendo desde la finquita de Llanogrande, donde te espero para atenderte como te merecés cuando vengás por aquí (te adjunto

una foto de la piscina para que te antojés). Un abrazo grande y espero tus mensajes, que son un oasis de alegría en medio de tanta desilusión.

Carmen

En la foto aparecían los tres dentro de la piscina con las copas levantadas, y la casa grande en forma de cabaña holandesa al fondo.

Luego recibí la respuesta de Raúl.

Querido Marcos:

El pasado es solo una sucesión de imágenes. ¿Qué diferencia hay entre un recuerdo y un invento? Fui tres o cuatro veces más al bar Tempestades (así se llamaba). Una noche no encontré a Amalia (no Melina), y no volví.

Agradezco tu lealtad, en ese y en otros aspectos. Eso es lo que siempre entendí por amistad.

Saludos.

Raúl

Me quedé perplejo. Nadie más que Raúl podía saber de lo que me hablaba Raúl en su mensaje. Era él sin ninguna duda. Pero corroborada su identidad, otro tipo de desazón se apoderó de mí: si era él quien me escribía y si era cierto que me sentía como un verdadero amigo y, sobre todo, si era cierto que estaba muerto, ¿por qué no me lo había contado? Sin dejar de reconocer que por los menos en este correo se mostraba un poco más suelto en la comunicación de ideas abstractas, me volví a sentir decepcionado. Pensé en escribirle reprochándole que siguiera excluyéndome de las cosas más importantes de su vida, hasta el punto de ocultarme que se había muerto.

Pero conociendo su despótico hermetismo con respecto a temas que no quería que se le tocasen, opté por enviarle un mensaje en el que hablaba de asuntos generales, le preguntaba por los muchachos y hacía referencias indirectas a su posible muerte, para que quedara en el aire la idea de que yo ya lo sabía. Pasaron unas cuantas horas cuando recibí su mensaje: *Hola Marco:*

Muy ingenioso tu relato sobre cómo creés que es «el más allá». Gracias por incluirme en él, imaginándome en «otros mundos» distintos a aquel en que me conociste. Siempre creí que debiste haberte dedicado a la escritura.

Con nuestros amigos, como con la mayoría de las personas, a excepción de quienes se encuentran en circunstancias similares a las mías, no volví a comunicarme.

Saludos.

Raúl

Me impacientó su salida evasiva y por poco cedo al impulso de enviarle una contrarrespuesta con preguntas incisivas que lo obligaran a hablar. Pero me contuve; opté por no acosarlo y esperar hasta que por propia iniciativa se dignara a ser franco con respecto a su muerte. La ansiedad se me hizo llevadera con las novedades de los demás amigos. Esa semana recibí un segundo mensaje de Peto.

Quiubo, Marcolocoo

Primero te cuento las cosas buenas: el «poderoso» ganó el domingo pasado, y si gana la fecha que sigue, contra los troncos del Santa Fe, pasamos a la semifinal, ¿vos por allá en la puta mierda dejaste de ser hincha? Espero que no hayás sido tan traicionero porque el equipo se lleva en el alma vaya uno pa donde vaya. La otra noticia buena es que hace ya varios años dejé el aguardiente… lo cambié por whisky *, ja, ja, ja. En este momento, mientras te escribo, me estoy tomando uno. ¡Salud! ¿Qué tomás vos por allá? O no me digás que con esa vida de cura te volviste el hombre cohete, que ni fuma ni bebe ni mete. Ojalá que estés bebiendo para que te tomés uno antes de leer las otras noticias.*

Por aquí todo sigue muy raro. Ahora sí que es cierto que se van a cerrar todas las oficinas y a vender la empresa lo más rápido posible. La semana pasada aparecieron en la casa de Alejandra unos tipos a los que Raúl supuestamente les había quedado debiendo una millonada.

Aparecieron con documentos de la deuda en tres camionetas con una tracamanada de macancanes enfierrados y exigieron el pago de la deuda en máximo un mes. Yo estaba en ese momento con Alejandra y el hermano

de ella y nos quedamos fríos. No nos dejaron decir ni mu y se fueron. Así que no hay de otra que pagarles. Con esos manes no hay más negociación que la chumbimba o la plata, y nosotros chumbimba no tenemos. Así que con más razón se van a tener que vender las tierras y las oficinas y a fuerza de lidias va a quedar plata para pagar las indemnizaciones de los empleados.

Y para acabar de ajustar, Carmen empezó a poner problema y está exigiendo parte de la empresa. Ella dice que está defendiendo los derechos de nosotros, los que empezamos desde el principio con Raúl. Pero en realidad es por la inquina que le tiene a Alejandra. Alejandra no puede ni verla desde hace mucho tiempo porque, según ella, Carmen siempre fue la amante de Raúl. Yo no puedo decir que sí o que no, pero si me preguntan, digo que sí. Nadie tiene pruebas, pero esa amistad de ellos siempre fue muy rara. Viajaban juntos a toda parte a hacer los negocios y Carmen de verdad se comportaba como la mujer de Raúl. Se creía la dueña de la

empresa y quería que se hiciera lo que ella quisiera. Eso también sacaba de quicio a Alejandra. Pero por otra parte yo me pregunto qué más plata quiere sacarle Carmen a Raúl con toda la que le sacó en vida, facturando por debajo, y de eso sí he sido testigo. Pero bueno, así es ella, y Raúl la conocía así y la dejaba hacer, quién sabe por qué. De todas maneras, más boba Carmen si se pone a demandar porque legalmente tiene todas las de perder. En fin, ahí te seguiré contando cómo sigue la mano. Me imagino que vos por allá bien sollado y bien loco te debés de cagar de la risa de todos nuestros enredos. Bueno, te dejo porque tengo un arrocito en bajo.

Un abrazo, parcerito.

Peto

Por esos días volvió a aparecer Imunga en mi ha-bitación. Creí que venía a transmitir alguna amonestación del padre superior debido a mi dejadez con las obligaciones. Pero la cara del negro no era la del portador de malas noticias. Me miró con interés, se acercó y me preguntó cómo me estaba sintiendo después de la toma del ibogá. Le dije que aparte del desaliento y la falta de entusiasmo para trabajar, que atribuía a la situación con el padre superior, todo estaba normal. Siguió mirándome en silencio, recostado en el

borde de la puerta, y ante esa insistencia muda decidí hablarle de mis intercambios con el difunto. Escuchó asintiendo y luego de un parco «es normal», sonrió y se fue. En la noche recibí mensaje de Ernesto.

Marcopolo

Qué envidia de vos por allá, que no te toca todo este despelote. Por aquí todo va marchando. Cristina muy bien y los niños también. Ernestico ya me pasa a bachillerato el año que viene y Julio está en tercero de primaria. Los dos me han salido muy juiciosos aunque Julio es más distraído. Cristina bien, en la casa y ahí estamos hablando que con esto de la empresa y quedarme sin trabajo vamos a montar un negocito de pastelería, que ella es muy buena para eso.

Porque te cuento que sí es en serio lo de la cerrada de la empresa. Don Carlos, el hermano de Alejandra, ahora está yendo a hacer las veces de gerente y nos tiene haciendo balances y cerrando cuentas. Carmen anda que se arranca los pelos porque viene a la empresa a sentarse a no hacer nada. No la determinan para nada, es como si no existiera; eso me parece muy feo porque aún con lo jodida que ha sido tampoco se merece ese trato porque es cierto que ella le puso el pecho a esta empresa al lado de Raúl durante muchos años.

Me propuso que hiciéramos una demanda, pero a eso si no me le apunto. Yo no me voy a meter en problemas y mucho menos a echarme de enemigos a la familia de Alejandra. Carmen debería aguantarse este tiempo y después recibir la indemnización como empleada y dedicarse a disfrutar. Debería darse por bien servida porque ella mal no va a quedar.

Con el sueldazo que tuvo siempre más las comisiones que le pasaba Raúl y los cruces que hacía por debajo tiene más que suficiente billete.

Peto, por su lado, sigue tranquilo, a ese nunca se le ha movido un pelo en la vida porque siempre se acomoda donde mejor le convenga. Ahora está con la familia de Alejandra y es como el mensajero entre ellos y nosotros. Con lo último que salió fue con que aparecieron unos acreedores de Raúl y que exigen un pago millonario y que la familia va a quedar al borde de la quiebra. Yo ya me conozco ese cuento, y ahí sí me va dando rabia que se las den de pobrecitos y que de pronto Peto se preste para hacerles el juego y después salirnos con que no tienen con qué pagar las

obligaciones con los empleados. Esperemos que no, pero todo es posible.

En últimas, a vos que era al que más se gozaban por « hippie *y desubicado», terminaste siendo el más inteligente porque me imagino que*

no vivís sufriendo por demandas y peleando por platas ajenas. Ahí te seguiré contando.

Ernesto

Le respondí a cada uno diciendo cómo me alegraba verlos juntos y cuánto deseaba estar allá para compartir esos bellos momentos de nuestra perenne amistad. Acto seguido me pregunté si Raúl estaría enterado de lo que ocurría en esta instancia de la realidad después de su muerte. Sin abandonar el tacto que había caracterizado mis mensajes anteriores, le escribí consultándole.

Querido Raúl

Me cuentas en tu anterior correo que no tienes contacto muy directo con Carmen ni con Peto ni con Ernesto; tampoco haces referencia a Alejandra y las niñas. ¿Es que has tomado una decisión similar a la que yo tomé hace diez años? ¿Qué te ha llevado a ser tan radical? ¿No piensas en la empresa, ese proyecto al que dedicaste toda tu vida? ¿Sabes algo de lo que ocurre en tu ausencia?

Al día siguiente recibí la respuesta.

Querido Marcos:

No hay problema con lo que pueda ocurrir sin mi presencia. Desde cierta perspectiva no tiene mayor importancia. Sus afanes, incluso los más angustiosos, en el fondo no son más que una entretención. Algún día lo comprenderán. Espero que estés bien y que continúes sin cejar en la búsqueda de tus propósitos.

Raúl

No presté atención a las frases de cajón que revelaban un retroceso en su fluidez verbal y me concentré en el concepto central del mensaje, que me tranquilizó. Celebré que Raúl hubiera decidido ahorrarse una tensión innecesaria desentendiéndose de problemas en los que, una vez muerto, no podía ser de ningu-na utilidad.

Pero, sobre todo, intuí el mensaje encriptado debajo de las frases hechas. La expresión «algún día comprenderán», era un claro llamado: yo no debía esperar la llegada del futuro para comprender el presente. No podía repetir lo que me había pasado con él. Esa corta frase estalló en mi interior como una revelación similar a las del ibogá. Fue así como me encontré pensando en el padre superior. Lo vi, como había visto a Raúl después de mi epifanía, en toda su dimensión. Reconocí la

magnitud de su persona, entendí sus razones y me vi a mí mismo como un amasijo de egocentrismo obstaculizando su bondadosa labor. Bajo el influjo de ese descubrimiento me dirigí a su oficina. Lo encontré reunido con Imunga y el *hacker* Marck. Al verme llegar se incomodaron y el padre superior los despidió para atenderme. Saludé apenado, reconocí mis fallas y le pedí unas disculpas que aceptó afectuosamente. Al salir de su oficina sentí que un gran peso había sido retirado de mis hombros y al día siguiente retomé mi trabajo con un entusiasmo y una energía que todavía hoy conservo.

Quise compartir este hallazgo con mis amigos y me decidí a hablarles de la correspondencia entre el muerto y yo, con la esperanza de que ellos también se contagiaran de esas revelaciones. Pero mi intención no tuvo el efecto que imaginaba. Tardaron en contestar y, cuando lo hicieron, sus mensajes ni siquiera mencionaban el tema. Se limitaban a dar informaciones superficiales sobre sus vidas y acerca del proceso de venta de la empresa, que se prolongaba sin llegar a concretarse. Ernesto hablaba de sus hijos, Peto me informaba cómo iba nuestro equipo en el campeonato y Carmen mencionaba un viaje a Estados Unidos que había hecho con sus sobrinos, adjuntando las respectivas fotos. Luego dejaron de contestar mis correos y un día desaparecieron definitivamente.

Solo Raúl permaneció fiel. En sus palabras seguí encontrando mensajes cifrados en los que siempre hallé claves para orientar mi vida. Hasta hace una semana. Sé que no es mucho tiempo, pero no deja de preocuparme porque últimamente era muy constante con sus respuestas. Revisé mis

anteriores mensajes para corroborar que no hubiera incurrido en alguna indiscreción que pudiera haber herido su susceptibilidad de muerto, pero encontré en ellos la corrección y el tacto de siempre.

Esta mañana, cuando volví a revisar en vano la bandeja de entrada, me pregunté si le podría haber pasado algo. Si es posible, por ejemplo, que una vez establecida en la dimensión de la muerte a una persona le pueda ocurrir un accidente, tener un grave contratiempo o incluso volverse a morir, para pasar, digamos, a un segundo nivel de la muerte. Sé que solo son elucubraciones de un amigo preocupado por su camarada. Para tranquilizarme me dije que con absoluta seguridad a Raúl no le podía pasar nada. Que sigue bien. Eso deja entrever el tono de sus últimos correos. No puedo negar que me molesta su silencio, pero ya no acostumbro amargas interpretaciones. Debe andar muy ocupado.

A MÍ LO QUE ME MATÓ FUE ESE

SALSALUDO

Ustedes no saben lo que es oír el nombre de uno saliendo de ahí, de la radio. O sea, que las palabras con las que a uno lo bautizaron las esté escuchando todo el mundo en todas partes: «Un saludo para Manuel, el Muelas». Uno como que existe más, uno es más grande que uno. A uno lo están diciendo en la radio.

No sé si Yeni sabía eso o si le importaba (aunque igual ya qué importa), pero si no me hubiera mandado ese mensaje a lo mejor las cosas no hubieran pasado como pasaron ni yo me hubiera desbarrancado por semejante abismo de desilusión. Porque ese salsaludo fue lo que me mató.

Lo que nos mató.

Tal vez no les parezca que fuera para tanto, como no les pareció a los amigos que estaban conmigo esa tarde cuando me quedé como entelerido después de oír las palabras del locutor. Es que ustedes no saben para qué sirven los sentimientos de otra persona, les dije, ustedes no saben de eso, de qué sirve eso, ustedes no saben querer. Porque para mí era como si Yeni me estuviera invitando a su mundo, a un rincón sagrado al que sabía que yo no pertenecía, al centro de ella, a la salsa en carne y hueso.

La vi por primera vez en un baile de garaje en la casa del Mono Nando, en el barrio Los Naranjos, por el Seguro Social. Después de haber bailado varias canciones de Arsuplay, y de que la mamá de Nando bajara como cinco veces a prender la luz que apagábamos al comienzo de cada balada, se oyó una voz fuerte, contenta, femenina, que nunca antes había oído: «¡Su mamá tiene razón. Prendan esa luz! ¡Qué es esto tan jarto! ¡Desabridos!».

Era una morena alta, con rasgos de india y pelo lacio hasta los hombros.

Cruzó derecho hasta el equipo de sonido, puso *Azuquita pa'l café* y arrancó a bailar sola sin mirar a nadie. «Ya viniste a imponer el desorden, Yeni», dijo el Mono Nando muerto de risa y se puso a bailar con ella. Luego se

armaron más parejas y se formó un parrandón del que todo el mundo habló la semana entera.

Era prima del Nando y recién había venido con la familia desde Barranquilla. Esa noche casi no hablamos porque se la pasó fue bailando.

Después me la encontré varias veces en la casa del Mono y nos hicimos amigos. Eres un poco tieso, pero eres lindo, me decía toda madura, aunque solo tenía un año más que yo. Una tarde en que la acompañé a una fiesta me dijo: «Ven te enseño un poquito a moverte», y cuando estábamos en la pista me dijo: «No te tensiones, lo que te falta es un poco de sentimiento, de pasión, déjate llevar», y entonces me dio un beso. Y luego, de vez en cuando me daba besos, cuando le nacía, cuando le salía el sentimiento, pero nunca me decía nada. A mí se me desbarajustaban las costillas y se me descascaraba el pecho por dentro, pero por fuera seguía como un muro y no me hacía muchas ilusiones, porque sabía que ella, más que de otra ciudad, era de otro mundo. Con el paso de las semanas se fue poniendo cariñosa y un día me dijo en charla que nosotros hasta hacíamos buena pareja. Pero después era como que se le olvidara todo.

Fue por esa época que estaba yo en la tienda de Huber, sentado con los muchachos en la mesa de afuera, con el doble sonido de fondo de siempre: el refunfuñe de Huber por algún cliente que se demoraba demasiado con un tinto, ocupando espacio, y la música caliente de la emisora de todas las tardes animando el ambiente. Hasta que pasó lo que nunca me hubiera esperado: después de un salsaludo allá en la casa grande para Carepalo y Trompechucha de parte del Pica y los muchachos en Belén Las Violetas, va diciendo el locutor que un saludo para Manuelito, el Muelas, en la tienda de Huber en el barrio Mesa, de Envigado (y yo miré alrededor, desubicado, para comprobar que estaba en la tienda de Huber y me miré a mí y era yo y no lo podía creer), de parte de Yeni, que sigas siendo tan especial en mi vida. Es lo que les digo, muchachos, cómo me hace esa, no había necesidad.

Para después seguir ella en la vida como si no hubiera pasado nada.

Yo me hubiera quedado quieto, disfrutando de ese amago de candelada que uno sabe que nunca se va a prender, pero el salsaludo se me encambuchó entre pecho y espalda como un eco retumbándome adentro a toda hora, y al final ya no me decía lo que decían las palabras, sino otra

cosa: que Yeni de alguna manera me quería o me podía querer, y que solo me faltaba cumplir con el único requisito que no cumplía.

Porque yo no era salsero. Siempre estuve en los ambientes, pero no

como ella que era el propio ambiente. Digo, a mí me gustan y me sé muchas canciones porque las he escuchado toda la vida; pero no es que yo vaya a prender un equipo de sonido y de una ponga salsa. No se me ocurre. Cómo estaría de engrupido que me dio por meterme a los trancazos en lo que uno no se puede meter si no nació con eso, a ese mundo del que ella estaba hecha, al que yo había ido de visita y que conocía, pero de donde no era, no sé por qué, porque uno es o no es de donde es o no es, sin tener la culpa ni proponérselo.

Es que a Yeni le podía gustar cualquier tipo solo con que viviera en ese mundo. O sea, todos los que yo conocía: desde el matón raso, como el Gurbio, que vivía con un son en el pecho y una pistola en la pretina; pasando por los consentidos, como la Monja, que vivía en un apartamento y mandaban a traer los discos de Nuevayor; hasta los mismos duros, como Don Efrem, que se podía comprar la salsa entera con los grupos en vivo si quería; o los que no eran ni duros ni nada de eso, como Portela, que era dueño de la salsa porque se la sabía de memoria (que esta grabación de la Sonora Ponceña del sesenta y ocho y que este tema que ya era salsa antes de que existiera la salsa y que tirirí y que tarará y que bururú barará cómo estás Miguel, anoche te vi con Pantaleón); y había otros que eran dueños del ritmo solo porque ya estaba en ellos antes de que se dieran cuenta, como Robert, así no pudieran comprarlo, así no les diera la cabeza para saber ni memorizar nada de él. Esa música era de todos. Menos mía. Yeni lo sabía desde que me conoció, porque los que sienten el son sienten al que lo siente con solo mirarlo, como los maricas, los poetas y los ladrones. ¿Entonces por qué me mandó ese salsaludo? ¿Cómo una llave a ver si yo bregaba a abrir su puerta?, pensaba yo en medio de mi brutalidad.

¿Y qué iba a hacer para entrar ahí? ¿Bailar? De bailar, bailaba, digo, me defendía, no pasaba penas; pero de ahí a bailar-bailar, como los que movían el esqueleto en forma, de verdad, no; eso era otra cosa. Me quedaba entonces conocer. Ahí fue que me fui a buscar a Héctor Portela, que en esa época vivía en El Trianón y que desde chiquito coleccionaba discos; yo en el colegio no entendía cómo era capaz de no comer nada en los recreos para

ahorrarse la plata y comprarse este lonplay del Conjunto Clásico y esta joyita de los hermanos Lebrón y este disco de perano y este otro de zutano y este de Songo que le dio a Borondongo que le pegó Bernabé… Todos con carátulas estridentes que a mí a veces hasta miedo me daban de tan alegres.

Portela abre la puerta y se asoma al pasillo con cara de dormido y con

su hablado bajito me saluda y yo le digo de una: «Hermano, necesito saber de salsa ya», y él se queda mirándome extrañado: «¿Cómo así?», y yo le contesto: «Saber de música, que cuál es tal grupo y cuál tal cantante y tal canción», y él más extrañado todavía levanta los hombros: «¿Y usted para qué necesita saber eso?», «Pa una cosa», le digo. Y Portela me mira con cariño de amigo y no con la suficiencia de intelectual universitario de bar del centro, cosa que le agradezco, y me dice: «Hermano, si quiere se viene en estos días y oímos música, yo ahora ando muy ocupado pero cuadramos pa esta semana y se viene por la tarde y nos parchamos a escuchar, ¿le parece?», y yo le digo: «Listo, gracias, hermano», y salgo más aburrido que al principio porque comprendo en ese instante que no es por ese lado que se encuentra lo que estoy buscando, que estoy queriendo oír a Dios con la oreja dañada.

No me quedaba otra que demostrarle a Yeni que así yo no fuera la salsa, sí estaba en el ambiente duro con la gente dura, lo que mucho chichipato sabelotodo o coleccionista o bailarín ni se podía soñar. Entonces fue que pensé en la Monja. La Monja fue el primer salsero salsero que yo conocí, cuando era compañero de salón en el colegio La Salle y estaba empezando a trabajar con Don Efrem. Y me acuerdo de que una vez llegó al salón cantando *Decisiones*, de Rubén Blades, cuando recién había salido el disco y era una cosa que nadie había escuchado, una canción con un parlamento como del profesor de filosofía, algo desconocido, no como ahora que todo el mundo se la sabe sin necesidad de saber lo que dice. Y la Monja estaba ganao porque era de los íntimos de Don Efrem. Entonces por la noche voy a la esquina de la heladería Los Álamos, que era donde se mantenía, y lo saludo y le pregunto por Viviana, la hermana, y por la mamá y en medio de todo le digo que cuándo me va a invitar a una rumba de las que organiza el patrón, que yo nunca he conocido un conjunto en vivo, que me dé ese aguinaldo, que él ha sido muy ñarria conmigo para lo amigos que hemos sido. Y la Monja se ríe y me dice: «Déjese que en estos días que haya

alguna lo invito», y nos despedimos, y yo me voy sin muchas esperanzas y resulta que a la semana me llama y me dice que pilas pues que este viernes hay una pachanga organizada por el patrón y que caiga que ya está todo hablado y que ojo lo hago quedar mal que él ha dado muy buenas referencias mías.

Llego a esa fiesta en las Trasversales con Yeni de gancho, y no es sino entrar y ella quedarse boquiabierta, sin poder creer que los que están en la tarima armada en mitad del parqueadero gigante, afinando los instrumentos, son nada más y nada menos que los del mismísimo

Grupo Niche. Y la Monja nos presenta a Don Efrem que abre unos ojos del tamaño de los reflectores del escenario cuando ve a Yeni que ni cuenta se da, enajenada, mirando a los músicos con ganas de tirárseles en voladora. Don Efrem le dice: «Venga, mi amor», y nos lleva a sentarnos al lado de los músicos y pasamos toda la noche bebiendo y Yeni bailando y Don Efrem loco con Yeni y Yeni loca con la música ahí al frente en carne y hueso.

A la semana siguiente el patrón mandó a la Monja a que le llevara a Yeni, ya sin mí, a una finca donde había organizado otra fiesta. Y ahí fue que empezó la cosa entre ellos. De lo que estoy seguro es de que no fue solo por la plata. También pudo haber sido por eso, pero no solo por eso, porque Yeni antes que interesada o cualquier otra cosa, era salsera. Lo que pasa es que él tenía las dos cosas. Decían que había sido de los que organizó la fiesta de donde se tuvo que volar Héctor Lavoe en una de esas fincas de por la vía Las Palmas adentro. No más con eso debió haber quedado matada.

Me la imagino casi ahogada preguntándole: «Ajá, ¿entonces usted conoció a Héctor Lavoe en persona?», y él, moviendo la cabeza con una sonrisa y pensando: «Sí, mi amor, incluso lo secuestré en persona». Y tal vez por eso, fijo, fue que de una se volvió mocita de Don Efrem.

Después no la volví a ver y supe de un viaje a Nuevayor y otro a Maiami y de las fiestas y las inauguraciones en las que era la reina. Y ella cada vez más lejos y yo cada vez más despeñado por el barranco de la desilusión, rechiflao en mi tristeza, metido en las cantinas tangueras, flotando en mares de aguardiente sin pasante, mientras Yeni tiraba a la marchanta los morlacos del otario y yo pidiendo más trago y poniendo más tangos y ella en la milonga entre magnates con sus locas tentaciones que se le había entrao muy adentro en el pobre corazón. Cuando ya no tenía para

pagar en las cantinas seguí bebiendo fiado en la tienda de Huber que a cada rato me mostraba el cartón de cigarrillos Royal con la chorrera de números en lapicero rojo y refunfuñaba diciendo que la cosa estaba muy dura, que por lo menos le abonara algo. Y yo contestaba que sí hermano, estese tranquilo, sin entender esa realidad bajita de tendero, tan distinta al mundo elevado de mi noble decadencia, aventado en un precipicio de sentimientos bonitos que me hundirían hasta lo más alto, porque sabía que ella venía en sentido contrario, subiendo hacia lo más bajo, y que a lo mejor en algún momento de esa trocha por la que íbamos ambos, nos íbamos a encontrar.

Pero no nos encontramos nunca más.

Cuando Don Efrem calmó goma con ella y se fue dispersando en otras mujeres la dejó sola, aunque no libre, en el apartamento de El Poblado que le había comprado; le puso dos macancanes parados a la salida del edificio las veinticuatro horas para que no se le fuera a descarriar; pero con el paso del tiempo, y más mujeres nuevas para atender, Don Efrem se fue relajando; los manes dejaron de montar guardia todo el día y ella se podía volar cada tanto. Fue cuando la empezaron a ver por el centro, manejando un despacioso Mercedes rojo, atisbando rumberos por calles oscuras, a la salida de El Suave, por los lados del Tíbiri, merodeando por La Fuerza, anhelante, buscando movimiento y sabrosura; y en una de esas fue que conoció a un estudiante de Comunicación Social de la Bolivariana, la oveja negra de una de esas familias grises de Laureles, más feo que un carro por debajo, pero con *swing* y son y sabor, ingenioso, chistoso y bailarín, que le devolvió el fuego y la alegría y el sandungueo. Yeni se empezó a enamorar y todo iba bien hasta que un viernes los guardaespaldas la pillaron saliendo con el *man* de un hotel en la autopista Sur y cuando Don Efrem lo supo no crean que mandó a matar al muchacho, que por ahí anda todavía sabrosiando las noches en el Tíbiri, sino que a Yeni la encontraron envuelta en una bolsa de polietileno negro, flotando en el río Medellín.

Cuando lo supe, yo ya me había alejado de las cantinas y estaba en ese momento de insensibilidad que llega después de que uno se ha chupado una desilusión hasta el tuétano; iba en el colectivo cuando van diciendo en *Cómo amaneció Medellín* que encontraron un cuerpo y que tatatá y tatatá y que identificada como Yeni Salcedo Daza. El nombre de ella saliendo de la radio, cuando yo casi ya no lo oía en mi cabeza, escuchado por todo el

mundo en todas partes; Yeni Salcedo Daza, que ya no existía, existiendo en ese momento en el colectivo para todos, más grande que ella misma, mucho más ella para mí ahora que no era. Ni lloré ni nada. Pasé toda la mañana como pasmado, y por la tarde, antecitos del programa, llamé a la emisora y pedí que me hicieran el favor de pasarme un salsaludo para Yeni, allá en el barrio que sabemos, para decirte que tu amor es un periódico de ayer guardado en un baúl que solo yo conozco de donde lo saco cada tanto para releer tu nombre. De parte de Manuel, el Muelas.

¿PODRÍA APAGAR LA LUZ?

El hotel que escogí me pareció, nos pareció, perfecto. Suficientemente

alejado de la ciudad para desligarme de afanes y citas, y lo bastante cercano para no sentir que se trataba de una huida definitiva de la realidad.

«Hagan un viaje juntos, vivan algo diferente», había dicho el terapeuta al principio de las desavenencias. Pero no terminaba la frase cuando tu respuesta mascullada reverberó en la oquedad del consultorio: «Pretender lo distinto con la pobre materia de lo ya consabido». No creí, no era posible, que esas palabras salieran de tu corazón. Decidí que esa crisis era producto de un momentáneo desvarío, una pérdida temporal de la sensatez que no tardarías en recuperar. Por eso desatendí la sugerencia.

Solo meses más tarde, cuando ningún ruego, ninguna estrategia, ninguna amenaza tuvieron ya efecto, recordé aquel consejo, y en vez de sucumbir a la locura me apliqué a la búsqueda de un lugar acorde con mi propósito, con nuestro propósito, de salvar el amor. Pasé largas jornadas frente a la pantalla del computador, recorrí miles de páginas en la red y al final, cuando ya estaba cansado, encontré como entre sueños el anuncio de ese hotel que ya desde su arquitectura ofrecía una insólita posibilidad de lo diferente. El propósito era tal vez demasiado evidente —el elemental contraste de una construcción cilíndrica en medio de una provincia cuadriculada— pero al fin y al cabo sincero y eficaz.

El chofer del vehículo no hizo más que mirar por el retrovisor —yo servía copa tras copa del vino que siempre te gustó— con una extrañeza que interpreté como añoranza o anhelo, hasta que me dejó, nos dejó, frente a la edificación. Arriba de la alta puerta circular, el letrero Hotel Paradise regía fulgurante sobre un impresionante frontispicio que no parecía hecho de materia alguna. No era una fachada sino un ambiente, mezcla de luces violetas, rojas y anaranjadas surgidas del suelo como incandescencias del interior de la tierra, y otras celestes, verdes y blancas que caían perpendiculares sin que se supiera a ciencia cierta si llegaban del techo o

del cielo. Al cruzarse los distintos haces creaban la sensación de curvas, y la proliferación de esas sinuosidades daba la impresión de un movimiento constante hecho de quietud. Pero la única actividad cierta en ese lugar era el abrir y cerrar de las puertas al paso de los huéspedes.

Por la amplia sala de recepción cruzaban en todas las direcciones hombres y mujeres gesticulando con la solvencia desparpajada de quien es dueño de su tiempo. Al fondo, en todo el centro de la

construcción cilíndrica, una gran fuente disparaba potentes chorros que ascendían casi hasta la altura del cuarto piso para luego desplomarse sin derramar una sola gota de agua por fuera de la piscina circular. Alrededor de ese vacío se desenrollaban en espiral los cincuenta pisos a través de una rampa de inclinación casi imperceptible sobre la que se movían personas que ascendían o descendían con fluidez, como si se movieran en un terreno plano. Todo tal cual lo había visto en las fotos de la página de internet.

Entre las puertas de acceso y la fuente central estaba la recepción: una gran bola de cristal asentada directamente en el piso, sin base alguna, lo que daba la impresión de estar a punto de rodar en cualquier momento. En el centro de esa burbuja una pantalla cóncava proyectaba la imagen de un hombre engominado, camisa impecable y sonrisa fija, que parecía querer ocultar la circunstancia de no estar materialmente presente. Cuando me acerqué para hacer el registro una mujer de pelo rubio alborotado ocupaba el turno. Llevaba un vestido vaporoso de colores pastel que le caía desde los hombros marcando a intervalos inconstantes las sinuosidades de un cuerpo maduro y elegante; respondía con espontaneidad y largueza a las preguntas escuetas del rostro de la pantalla, acompañando las palabras con vivos movimientos de las manos. Al terminar el cuestionario se inclinó para tomar un papel que salía por la abertura ubicada en la parte inferior de la burbuja y en ese momento el ruedo del vestido se recogió dejando ver los muslos firmes bajo cuya piel lozana serpenteaba, imperceptible para un ojo que no fuera el mío, una diminuta red de venitas azules. Permanecí absorto en la contemplación de ese detalle como ante un secreto solo a mí revelado.

Se incorporó sin darme tiempo a desviar la mirada y al encontrarse con mis ojos a la vez excitados y avergonzados, su boca se arqueó en un gesto de sorpresa y familiaridad antiquísima, que sin embargo reprimió al instante.

Solo en ese momento me percaté de que iba acompañada por un niño de

unos diez años, inquieto, al que jaló para que dejara de hundir los botones titilantes de la bola de cristal.

Un conserje apareció de la nada y se alejó con la maleta de la mujer, que lo siguió arrastrando al niño. Me acerqué a la bola transparente y encaré la pantalla. La imagen del hombre era tan vívida y la calidad de su presencia tan verdadera que uno casi sentía el calor de su cuerpo. El saludo y las primeras palabras, aunque formales, sonaron

entrañables. Pero, luego de corroborar nuestra reservación y mirarme durante un instante, su rostro se congeló en un gesto de confusión mientras una línea de interferencia cruzaba la pantalla. Después reanudó el registro con actitud procedimental y voz metálica. Indicó que tomara el papel que salía por la ranura con una entonación plana en la que no quedaba el menor rastro de una presencia humana.

—Tiene derecho a desayuno hasta las diez de la mañana y puede usar el gimnasio y la piscina que se encuentran en el patio exterior.

Recordé las insuficientes existencias de tu vino preferido.

—Disculpe, ¿hasta qué horas hay servicio de bar?

—Con el tiquete adjunto puede pasar al restaurante, donde se le ofrecerá un brindis de bienvenida —respondió seco, sin haberme escuchado, con una sonrisa incompleta que pretendía imitar la del principio.

No quise insistir porque el asunto no era tan importante y en realidad solo habíamos ido a ese lugar para estar solos. Cuando el conserje tomó la maleta le pedí que no me acompañara a la habitación y le extendí una buena propina que lo dejara satisfecho. Pero el hombre, sin mirar siquiera los billetes, mantuvo su mano firme en la manija y respondió con nerviosa contundencia, que eso era imposible, que las normas del hotel no lo permitían.

Salió halando la maleta en dirección a la fuente central y fui tras él. Al bordear la inmensa alberca el sonido del agua, que durante todo el tiempo había sido un débil ambiente sonoro, se hacía ensordecedor. Pensé en la desproporción entre ese sonido y la intensidad de los chorros que brotaban y al mirar atentamente noté que no había una sola gota de agua en el ambiente. Una película de material dúctil y transparente creaba la imagen de una base líquida, de la que brotaban haces de luz que al entrecruzarse de modos extraños daban la impresión de chorros ascendentes que luego caían

golpeando y espolvoreando destellos de luz como gotitas de agua. En el borde interno de la circunferencia, diseminados en puntos equidistantes, varios parlantes difundían en estéreo los sonidos líquidos del impulso y la caída.

Alcancé al conserje en el momento en que se abrió la puerta del ascensor y apareció la mujer de pelo alborotado, con el niño. Saludó con amabilidad y se hizo a un lado para darme paso. Seguí hasta el fondo de la cabina y me recosté. Cuando el aparato se puso en marcha

levanté la cabeza y me encontré con una multitudinaria repetición de los allí presentes, reflejados y vueltos a reflejar incontables veces en los espejos que cubrían las paredes. El ascensor se detuvo en un piso vacío dado que el niño había hundido algunos botones innecesarios, y al cerrarse de nuevo las puertas los ojos de la mujer y los míos se encontraron multiplicados en el reflejo de un reflejo, durante una milésima de segundo. Tuve la casi olvidada sensación de ser deseado. Esgrimí una sonrisa neutra y bajé la vista. Me concentré en el chico que no paraba de hundir los botones del tablero y esperé, irritado y sin resultado, a que el conserje o la madre lo reprendieran. El ascensor se detuvo en el piso veintidós. La mujer se despidió con un delicado abrir y cerrar de ojos. El chico recorrió de un solo manotazo la hilera completa de los botones en un movimiento de pianista consumado, y salió detrás de su madre que se había detenido a esperarlo. Lo tomó de la mano y siguieron por el corredor. Luego de varias paradas inútiles, la puerta volvió a abrirse en el piso cuarenta y cinco; el conserje se hizo a un lado y extendió la mano señalando el pasillo con un gesto que era a la vez invitación y orden.

Mientras se dirigía a la puerta de la habitación fui, fuimos, hasta la baranda del balcón para mirar el vacío en forma de tubo. Abajo la fuente, y el sonido del agua que nos llegaba nítido, aumentado por la oquedad. En algunos de los balcones inferiores se veían cabezas inclinadas, como se deberían ver las nuestras desde los pisos superiores. El conserje me llamó a la habitación y nos dio indicaciones rápidas y rutinarias. Una vez solos comprobé que todo estuviera como había pedido al momento de hacer la reservación: el cuadro con el paisaje tropical, la lámpara de piso en el rincón iluminando el escritorio, la silla reclinable en la esquina, la alta cama con los almohadones y las sábanas blanquísimas, refulgiendo bajo la luz que imitaba un rayo de sol, dada la ausencia de ventanales. Una copia casi

perfecta de la habitación de nuestra luna de miel. Sonreí satisfecho.

Acomodé la maleta en el closet y me tiré en la cama, exhausto. Pero la ansiedad era mucho más fuerte que el cansancio y al instante me incorporé.

Miré a todos lados, desorientado, sin saber bien para qué me había levantado. Teníamos mucho por hacer, aunque no sabía exactamente qué.

Desempaqué la maleta, acomodé la ropa, dispuse los elementos de aseo en el baño y los papeles y los libros en el escritorio. Serví en dos copas lo que quedaba de la botella de tu vino preferido. Tomé la mía

en pocos tragos y la dejé sobre la mesa. Nos contemplé largo rato en medio de la quietud y el sonido incesante de la fuente, que empecé a entender como la forma del silencio en ese lugar. Decidí que era urgente darle vida a ese presente nuevo que nos disponíamos a crear y busqué con el pensamiento algo que nos uniera profundamente. Solo supe llegar a viejos recuerdos. Me perdí con largueza, minucia y alegría en los recovecos del pasado hasta que sonó el citófono. Era la voz del hombre de la pantalla, en su faceta impersonal.

—Buenas tardes, nos reportan que hay una luz verde que sale de su habitación y está haciendo mucho ruido, ¿podría apagarla?

Di una mirada general a la habitación sin entender muy bien.

—¿Perdón?

—Un huésped de su piso se quejó y acabamos de comprobar por la cámara que la luz sale de su habitación.

Aparte de la imitación de rayo de sol y la lámpara de pie no había ninguna otra fuente de luz encendida.

—No, aquí no hay ninguna luz verde.

—Le pido que revise bien porque está generando un ruido que va contra las reglas del hotel.

—Acabo de fijarme en este instante y no…

—Por favor, apague la luz para evitar inconvenientes. Está afectando el ambiente del edificio.

Colgó sin permitir réplica y el tono de mandato me dejó confundido.

Recorrí la habitación encendiendo luces y comprobando su tinte. Las amarillosas del pasillo de entrada, del baño y de la lámpara de pie; las blancas de las mesitas de noche; la pálida de los números titilantes del reloj electrónico. Ninguna verde. Luego fui apagándolas todas hasta quedar en completa oscuridad. Un resplandor azuloso alcanzó a inquietarme durante

el instante que tardamos en reconocer el teléfono celular puesto sobre el escritorio. Apagué el teléfono y permanecimos quietos en la penumbra oyendo el lento ritmo de la respiración confundido con el susurro de la fuente. Luego de un rato me sentí estúpido y volví a prender las luces. Serví dos copas más de vino. Mientras sorbía la mía

pensé en la posibilidad de que pudieras no estar a gusto. Pero antes de que la idea tomara forma fue borrada de plano por una más categórica: estábamos bien, no podíamos estar de otra forma porque nos estábamos salvando. Recostado en la cama me concentré en la dulzura de tu rostro y en el calor de tu cuerpo junto al mío. Esta escena atrajo una multitud de imágenes similares: nuestros cuerpos extendidos en las diferentes camas de los distintos lugares en los que estuvimos juntos, superponiéndose en un holograma de infinitos nosotros. Entonces volvió a sonar el citófono.

—Señor, la luz verde sigue haciendo escándalo.

—Ya revisé y le vuelvo a decir que no hay ninguna luz verde.

—Desde aquí se ve su reflejo y las cámaras de seguridad del piso también la registran.

—Debe ser un error. ¿no puede ser que esté saliendo de una de las habitaciones vecinas?

—Las cámaras no se equivocan.

Esta vez fui yo quien colgó. Pensé que debía solucionar ese malentendido de una vez y salimos a buscar al vecino que había puesto la queja. La puerta de la habitación de la derecha estaba entreabierta. Toqué delicadamente con los nudillos y nadie respondió. Después de unos segundos me decidí a entrar con pasos cautos y culposos. La cama estaba tendida y la habitación organizada. No había maletas ni rastros de que alguien se estuviera hospedando allí. Fuimos entonces a la habitación de la izquierda. La puerta estaba cerrada y de la chapa colgaba un letrero de cartón: «No molestar». Molesté, sin embargo, pero nadie respondió y al pegar la oreja en la puerta solo escuché el rumor de la fuente como filtrado en las paredes. Repetí la operación en las demás habitaciones del piso, pero en ninguna hubo respuesta. Desde nuestra habitación llegó el sonido del citófono. Lo ignoré y fuimos a inclinarnos sobre la baranda. En la base del edificio una multitud de pequeñas partículas se movían alrededor de la fuente central. Entre todas destacaba una mota amarilla con bordes

difuminados seguida por un puntico negro zigzagueante. Los seguí con atención hasta que se perdieron en la zona del restaurante.

En los pisos inferiores algunos huéspedes se apoyaban, como nosotros, en la baranda para mirar hacia abajo. Pensé que a nadie se le ocurría mirar hacia arriba y levanté la cabeza. Quince pisos más arriba la construcción remataba en un espejo cóncavo que devolvía la imagen

distorsionada del edificio visto desde arriba. Los balcones deformados ribeteaban el borde del círculo en cuyo interior una profusión de pepitas gravitaba alrededor del centro iluminado. Una gran moneda dotada de vida, en cuyo interior todo fuera abstracto y minúsculo. Nos busqué dentro de esa moneda hasta ubicarnos: éramos un punto minúsculo en el borde de un reflejo distorsionado. El repicar del teléfono llegaba cada vez más alto como si el volumen aumentara con la insistencia. De repente me pareció ver un destello verde que salía del centro del techo. Fue solo un instante y permanecí atento a su reaparición. Pero al cabo de un rato el sonido del teléfono se hizo insoportable y volví a la habitación. Contesté sin dejar hablar al hombre.

—¿Ya revisaron en la cúpula? Me pareció ver que de ahí salía un haz de luz verde.

—No, señor. En la cúpula no hay ninguna fuente de luz.

—Puede ser un reflejo

—Ninguna de las luces del edificio está ubicada en un ángulo que pueda reflejarse en el techo.

—Pero yo acabo de ver una luz en la cúpula.

—Discúlpeme, pero eso es imposible. ¿Podría apagar la luz?

Colgué, esta vez más desconcertado que molesto. Temí alucinar urgido por la obligación de ver algo que no existía. Pero también era posible padecer una ceguera que solo a nosotros nos impedía ver algo que para todo el mundo era evidente. Decidí no contestar más el teléfono. Al fin y al cabo no habíamos ido al hotel para preocuparnos por esas cosas. Pero no pude quedarme tranquilo. Descorrí las cortinas, miré debajo de la cama, hurgué en el closet, me agaché debajo del escritorio, busqué en todos los rincones de la habitación hasta que me dejé caer en el sofá con una mezcla de cansancio y frustración. «¿Dónde estará esa maldita luz?», grité casi sin darme cuenta y la pregunta salió con un tono divertido, como si

abruptamente hubiera descubierto el absurdo de todo eso. Me reí fuerte y exageré las carcajadas buscando tu complicidad. Me respondió el repiqueteo del teléfono.

—Por favor, señor, le pedimos que apague la luz.

El estribillo obró esta vez como un punzón en el centro de mi pecho y

estrellé contra la pared la bocina, que quedó oscilando colgada del cable. Y, como si alguien pudiera verme a través de ella, levanté el colchón y lo arrojé al suelo, volqué la mesa, tiré el sofá, arranqué el cuadro con el paisaje tropical, levanté las alfombras, desenfundé las almohadas y rasgué las cortinas, desnudando la habitación con minucioso y demostrativo desespero para dejarles en claro que no había fuente alguna de luz verde en ningún lado. Permanecí de pie unos segundos, jadeante en medio del desastre, y decidí ir directamente a la administración para cantarles unas cuantas verdades. Llegué a la puerta de dos zancadas y antes de cruzar el umbral me detuve y di vuelta.

—¿Vienes conmigo?

Seguí hacia el ascensor oyendo el eco de la fuente como única respuesta. En la planta baja crucé entre una aglomeración de personas que avanzaban charlando sin urgencia ni rumbo aparente, y cuando me acercaba a la burbuja de la recepción topé de frente con la rubia del pelo alborotado y el niño. Hizo un leve movimiento de cabeza y me miró fijo con un gesto que me dejó helado. Un ademán irónico que solo he visto algunas veces en mi vida y que reconocí casi aterrorizado: el rictus de burla solapada, de resentida supremacía vulnerada, que se alcanzaba apenas a entrever en tu rostro al bajar la cabeza. Esperé una palabra que aclarara el gesto o que por lo menos diera la posibilidad de entablar una conversación para desahogarme con alguien. Pero no dijo nada. Se limitó a sostener el gesto durante el tiempo necesario para que yo lo captara en toda su dimensión, y siguió su camino con pasos desparpajados, ufanos, de mujer libre, sola.

Llegó hasta la puerta del casino y antes de cruzarla el niño volteó y mandó un beso en mi dirección. Giré hacia atrás, pero no había nadie.

Desistí de ir hasta la burbuja y volví sobre mis pasos en dirección al ascensor. Entré en la habitación y caí sobre el colchón desparramado en el suelo. La bocina del teléfono oscilaba colgada del cable y de ella brotaba disminuida y distorsionada la voz del hombre de la recepción. Permanecí

tirado oyendo el ronroneo monótono de la voz y el susurro de la fuente.

Miré en derredor, el sofá volcado, las cortinas desgarradas, el cuadro roto, la estructura de la cama pelada. Sentí pesadez y cerré los ojos. No sé si dormí y no sé si dije la frase o la pensé: «Está bien. Apaga esa

luz antes de salir».

MAREJADA FELIZ

I

De no haber sido por la jornada agotadora que tuvo ese día, solía decir Lucas, nada habría ocurrido entre ellos. La mañana se le había ido en pesadas reuniones con el jefe y los compañeros de trabajo; la tarde, en una clase malograda por problemas con la señal, discusiones a través del chat con un empleado bancario y tentativas de concluir un diseño que le exigían con premura; en la noche remató con la presentación en Instatok del libro de cómics publicado por un colega. Así que a las diez, cuando entró a la fiesta programada por Mauricio Blandón, su mente sobrepasada por el agotamiento había entrado en un estado de nerviosa agitación.

Dio una ojeada general a los presentes, diseminados por la pantalla, los vasos llenos y los rostros alegres, alrededor del anfitrión. Contestaron distraídos a su saludo, ocupados en armar la lista de canciones que correría durante la noche. La mayoría eran conocidos: Arturo Rocha y Nora, su novia, de cuerpo entero en un recuadro de la derecha; Chepe Ruiz, en el sofá de siempre con el bar al fondo y platos con picadas de queso y carnes frías sobre una mesita; Natalia Vives, pelo azul alborotado y gabán de gánster de película, atenta a cualquier comentario para ripostar una ironía; a la parejita que reía en el borde inferior derecho la conocía de una fiesta organizada semanas antes por Chepe Ruiz en la plataforma Younguer; de los demás había visto historias en Instatok o trinos retuiteados por Mauricio; incluso seguía a un par de ellos, aunque sin mucho entusiasmo.

Pero a la chica de la esquina superior derecha no la había visto en ningún lado. De entrada le llamó la atención su quietud. Estaba tratando de discernir si se trataba de una foto cuando le pidieron que propusiera música.

Él no había pensado en eso y contestó lo primero que se le ocurrió: *Marejada feliz*, una vieja canción del archivo de su abuelo que había escuchado esa tarde. «¿Qué es eso?», saltó Natalia, burlona; «Salsa

antigua», respondió Lucas. Entre las carcajadas oyó una voz dulce y vio que los labios de la foto se movían en correspondencia: «Excelente —dijo—, me encanta la salsa antigua». Al pronunciar la frase todo el rostro adquirió vida y Lucas contempló la vivacidad de los ojos azules, las ondulaciones del pelo rojo y la vibración de la piel blanca

iluminada por una lámpara de noche. Detrás, un afiche color naranja encendido con la figura de una bailarina india ocupaba la pared.

La lista empezó a rodar, todos acercaron sus vasos a la pantalla, sonó el efecto de *chinchín* desde el computador de Mauricio y la fiesta avanzó con el derrotero de siempre: comentarios sobre películas y videojuegos, chistes, holo-memes, bailes, monólogos de achispados, karaoke, discusiones, reconciliaciones y nuevas discusiones, abrazos virtuales.

Estaba sorprendido por su propia vitalidad a pesar del día extenuante, pero sabía que en cualquier momento el cansancio acumulado le caería de súbito. Así que se integró al ambiente tratando de aprovechar al máximo el tiempo de vigilia que le quedaba. Todo el tiempo miró a la chica, impertérrita en medio del jolgorio, como si su manera de emparrandarse consistiera en la quietud y la observación. Esa calladez plácida en medio de la algarabía aumentó la excitación de Lucas hasta el punto de llevarlo a hacer algo que su timidez nunca le hubiera permitido: tocó la ventana de la muchacha y le mandó un mensaje: «¿Qué otra música vieja te gusta?». Al instante recibió una frase seca: «No me gusta otra música vieja». Pensó un rato largo para seguir con algo inteligente, pero terminó escribiendo lo primero que se le había pasado por la cabeza antes de ponerse a pensar:

«Qué bien… ¿y esa canción por qué te gusta?». Ella contestó con una explicación amplia y él respondió con fluidez. Siguieron chateando por el interno. Hablaron de canciones, de amigos en común, y terminaron criticando las ridiculeces y las presunciones de los asistentes a la fiesta, como dos viejos cómplices sentados en un rincón. Cuando Lucas se dio cuenta, eran las cinco de la mañana y la mayoría de los invitados, borrachos o cansados, se habían retirado de la pantalla. Sintió en su cuerpo el peso de la jornada segundos antes de que la chica, como si lo hubiera percibido, propuso irse a descansar.

Al día siguiente la buscó en FacePlus y hablaron por cámara. Se llamaba Lucía, era *gamer* y tenía su propio canal en Virtube; Lucas,

entusiasmado, le dijo que aunque no era virtúber hablaba sobre cómics y manga en Instatok y que trabajaba como *rigger* en una empresa de animaciones 3D; ella se emocionó con las coincidencias y le contó que era programadora de sistemas para una empresa con sede de Estados Unidos.

«¿Todavía existen programadores de sistemas?», bromeó Lucas, sonriente, pero la sonrisa se deshizo en el acto. El gesto plácido de la

chica mudó a una mueca amarga. La voz dulce se puso áspera.

—¿De dónde sacas esa tontería? ¿Cómo se te ocurre, aunque sea en broma, darle la razón al montón de estúpidos que creen que para programar bastaba con mirar tutoriales?

La desproporción de la respuesta lo tomó desprevenido y apenas atinó a pedir unas disculpas titubeantes. Después fue difícil hablar y se despidieron con una excusa cualquiera.

Dos días después la buscó y le explicó que solo había querido hacer un chiste tonto sin mucha conciencia de lo que significaba y que estaba de acuerdo con ella porque él, de alguna manera, también era programador.

Ella escuchó seria y luego soltó un suspiro. Dijo que, harta de oír comentarios superficiales sobre su oficio, se había excedido. Y que el asunto le había parecido aún más molesto porque se estaba empezando a ilusionar. Lo dijo de paso y siguió hablando de otro tema con su habitual dulzura. La conversación volvió a fluir pero la mente de Lucas se quedó patinando en tres palabras: «empezando a ilusionar».

Esa semana daba una charla sobre manga *shōnen* en Instatok cuando vio subir por la pantalla la foto de perfil de ella con un mensaje de saludo. No participó ni hizo comentario alguno, pero, terminado el evento, le envió un mensaje interno elogiando la conferencia. Se conectaron y conversaron hasta tarde. Esa noche, al despedirse, se dijeron su primer beso. Lucas empezó por describir la forma y la textura de los labios de ella y pormenorizó las sensaciones que esa imagen generaba en su mente. Lucía continuó narrando con detalle el proceso de acercamiento de las bocas y la sensación húmeda y mullida del contacto, y él remató describiendo el juego de las lenguas enredadas en una sola. Permanecieron largo rato con los ojos cerrados, sintiéndose, y al final se miraron a los ojos con una sonrisa liviana.

Siguieron hablando todos los días, después de sus respectivos trabajos.

Luego vinieron los viajes virtuales a lugares exóticos, en los que Lucas era un experto; y recorridos urbanos, programados por Lucía, en lo que se adentraban por todas las calles y recovecos de la ciudad reproducidos en la plataforma Allcity; algunos fines de semana se ofrecían cenas especiales con velas encendidas y botella de vino en la mesa de cada uno. Pero no fue sino hasta una visita al Museo de Arte Moderno de Nueva York cuando tuvieron su primer encuentro sexual.

Lucas la había invitado a ver la colección de grabados japoneses, reseñada esa semana por un blog especializado; recorrieron la sala deteniéndose de vez en cuando en algún cuadro que él comentaba con tono erudito y ella miraba sin mucho entusiasmo. Lucas notó el desgano y decidió cambiar el plan. Se metió por el primer pasillo que le mostró el cursor y sin saberlo llegaron a la galería de grabados *shunga*.

Miraron perplejos aquellos dibujos de parejas retozando entre biombos decorados con paisajes otoñales, en fatigosas posiciones discordantes con los gestos plácidos, y cuya condición de hombres o mujeres solo era discernible por la minuciosidad explícita con que estaban dibujados los órganos sexuales en excitación. Ella pidió que se detuvieran en la escena de una mujer arrellanada sobre un gran almohadón, las piernas abiertas y semiextendidas, sosteniendo con los dedos del pie derecho un espejo en el que se reflejaba la espalda del hombre que la penetraba. Lucas dijo algo sobre la relación de ese tipo de arte con el *hentai*, pero solo escuchó como respuesta un leve jadeo. Entonces se sacó los lentes tridimensionales y vio en la pantalla del computador la imagen de Lucía desmadejada con sus gafas RV puestas, las mejillas enrojecidas y las manos moviéndose rítmicamente dentro del calzón. Le pidió que se quitara los lentes y lo mirara. Se desnudaron con lentitud y se tocaron largamente el uno para el otro.

Con los días, sus juegos sexuales se hicieron más intensos y vívidos y las caricias pasaron a ser solo el preludio del disfrute directo del pene vibrátil y la vagina contráctil con control bidireccional. Fue el tiempo de la felicidad completa, la sensación de no estar solos en el mundo, el cobijo de las relaciones establecidas, el amor. Y precisamente en ese momento el mundo cambió por completo.

II

Lucas trabajaba concentrado en un complicado diseño de movimientos cuando el rugido de un monstruo de mil cabezas hizo vibrar los vidrios y removió el piso del apartamento. Se paró asustado, fue a la ventana y se encontró con balcones y ventanas atiborrados de gente exaltada, gritando, abrazándose. Algo así solo había ocurrido cuando el equipo regional League of Legends ganó el campeonato nacional. Pero no era temporada de League of Legends. En segundos su móvil se llenó de mensajes de amigos, conocidos e incluso de gente con la que no hablaba hacía mucho: la pandemia había sido por fin controlada. A partir del día siguiente, después de veinte años, la gente podría salir a la calle.

Acordaron, temerosos, su primera cita en medio de las nuevas circunstancias. Ella planteó que se encontraran en un café del centro de la ciudad, que había sido tradicional en los tiempos previos a la pandemia y cuyo dueño había reabierto con bombos y platillos. Él contestó que sí, pero al momento se arrepintió. Luego de un silencio, Lucía cambió de opinión y propuso que mejor se juntaran en la casa de ella. Lucas descansó. La sola idea de encontrarse sin nada más que ellos mismos, expuestos completamente uno al otro y los dos al mundo, lo había llenado de pánico.

El viaje a la casa de ella fue su primera salida, si descontamos una que otra vuelta por los alrededores del barrio, de las que regresaba apurado e inquieto. Así que el trayecto de más diez cuadras hasta la parada del bus, pasando por calles que vagamente recordaba de la infancia, hasta una gran avenida como las de los videojuegos, con vehículos reales que cruzaban raudos amenazando la única vida con la que había sido dotado, fue el ingreso abrupto al portal de un universo apabullante.

El espectáculo de tanta gente desplazándose por las calles lo aterrorizó en un primer momento. Pero se tranquilizó al notar que todos parecían tener la misma sensación de él. Avanzaban lentos, los cuerpos constreñidos, incómodos con una amplitud espacial en la que aún no creían caber. En la parada del bus la gente tomaba distancia y muy rara vez una persona se dirigía a otra. Cuando el vehículo se detuvo, él se agarró de la manija para subir y sintió el frío del metal; pensó que muchas manos antes que la suya habían agarrado ese tubo e imaginó al virus entrando en su piel y

diseminándose por el cuerpo. Caminó por el corredor central entre un montón de personas tan cercanas unas de otras como solo había visto en las películas o en algunas pesadillas. Avanzó buscando un puesto para sentarse entre el denso vaho de los cuerpos y los olores mezclados de la humanidad, y pensó que lo que la gente de antes de la pandemia llamaba vida real era en esencia una sensación opresiva.

Cuando la puerta se abrió y vio aparecer a Lucía con un overol ancho de cargaderas y un atomizador en la mano, le pareció menos pálida y más bajita. Ella lo saludo, sin dejar de guardar la distancia, con un brillo en los ojos. Le pidió que se quitara la ropa y la dejara en una canasta junto a la entrada. Desnudo, lo asperjó con el atomizador, le pasó una bata y le pidió que fuera a lavarse las manos. Camino al baño, Lucas vio el techo tantas veces visto y comprobó que era más elevado y tenía telarañas en los ángulos de las paredes; descubrió un insospechado patiecito con materas y observó una humedad en el

muro de la sala. Tuvo la sensación de estar dentro de una versión modificada del apartamento verdadero. Al salir del baño se encontraron de frente y permanecieron quietos; vacilantes, se tomaron las manos y se tantearon los antebrazos y los hombros. Luego, abruptamente, se abrazaron. Lucas sintió que ese acto tantas veces realizado en la imaginación era un poco excesivo en su versión palpable. Incluía una especie de excedente innecesario que deterioraba la condición sublime de la idea original. En la expresión de ella vio una desazón a medias, como una molestia que no se aceptara aún como tal por falta de información suficiente. Se soltaron tan bruscamente como se habían abrazado y fueron a sentarse.

El comienzo de la conversación fue dificultoso, las palabras torpes e imprecisas, como si se estuvieran volviendo a conocer. Lucas habló de lo que había visto en el trayecto y ella de los ruidos de la calle que entraban por las ventanas, luego hicieron comentarios generales sobre noticias de actualidad; pero a medida que la atención de ambos se concentró en temas ajenos a la presencia inmediata del otro, se sintieron más cómodos.

Recobrada la cercanía por el camino del distanciamiento la charla fue tornándose íntima y los llevó al primer beso físico. Era el primer beso de ese tipo que Lucas daba en la vida. Se esforzó por ignorar la molestia de otra boca invadiendo la suya y el embarazo de las lenguas desorientadas, y

se dio ánimos con la idea de que algo de verdadero debía haber en ese acto para que la humanidad anterior a la pandemia lo hubiera erigido como símbolo del amor apasionado, hasta el punto de heredarlo a las generaciones posteriores como un mandato. Ella participó en el beso con movimientos precisos y periódicos de labios y lengua, tal vez siguiendo al pie de la letra instrucciones de un tutorial, con una atención metódica que parecía protegerla de la experiencia.

El instinto o la curiosidad o la esperanza los llevó a prolongar los besos y estos derivaron en caricias intensas y profusas que estimularon acciones cada vez más complejas hasta llegar a maniobras tan dispendiosas como la de quitarle la ropa al otro; luego fue el contacto extremo de los cuerpos, que Lucas experimentó como una versión biológica del acto tantas veces vivido en la pantalla, pero cargado de saliva, olores, roces de la materia, vahos y estertores; estímulos tan excesivamente verdaderos que rayaban en lo artificial.

Luego permanecieron un rato en la cama, bebieron una cerveza a sorbos silenciosos y cuando empezaba a oscurecer ella se puso de pie y

lo despidió. Había algo incompleto en su sonrisa.

El segundo encuentro se acordó en el apartamento de él. Lucía llegó con una botella de vino y un vestido de tela vaporosa, y a él le pareció que había crecido un poco; no tanto como para alcanzar la estatura de los encuentros en pantalla, pero sí bastante para hacerla un poco más alta que en el encuentro anterior. Había decidido que las cosas se hicieran de un modo distinto y esta vez evitó los rituales de la asepsia recordando en voz alta que la enfermedad había sido totalmente controlada. Ella aceptó sin mucho convencimiento y se dejó llevar hasta la sala, previamente acondicionada alrededor del computador, donde él propuso que charlaran mientras jugaban una partida de Final Fantasy XXV. La estrategia distensionó el ambiente y creó una atmósfera liviana en la que hablaron, bebieron, jugaron y hasta se besaron físicamente sin la sensación de estarse tocando. Pero de cualquier manera las repercusiones de la presencia material eran inevitables. Cuando Lucas se paraba a la cocina o iba a otra habitación por algo que había olvidado no dejaba de sentir pegado al suyo el cuerpo de la chica que permanecía inmóvil en el sofá.

Fueron a la cama con una mezcla de temor y esperanza. Pero las incomodidades no solo persistieron, sino que adquirieron un carácter más profundo. Esta vez Lucas sintió con claridad cómo el deseo abstracto e inabarcable era obligado a reducirse, pasado por un ínfimo embudo, para poder caber en la dimensión de los cuerpos concretos. Una voluptuosidad con bordes que en vez de engrandecerlo lo hizo sentir más estrecho.

Más tarde, cuando habló de eso, Lucía lo escuchó asintiendo con los ojos abiertos y, deshecho el nudo que la había estado atorando, se soltó a describir con pormenores sus propias sensaciones, similares a las de Lucas, pero redimensionadas por el terror profundo de sentirse en contacto permanente con materia infectada.

Decidieron verse menos en persona y encontrarse preferiblemente en la red. Pero los encuentros virtuales nunca volvieron a ser los mismos. Por mucho que se alegrara cuando lo veía aparecer en pantalla, Lucía no podía dejar de revivir la sensación oprimente de ese cuerpo embistiendo el suyo; y cuando Lucas apenas empezaba a alegrarse con la sonrisa resplandeciente de Lucía al otro lado, la imagen se contaminaba con la acritud de los olores y la sensación viscosa del sudor. Llegaron a un punto sin solución en el que, sin dejar de quererse, se repelían en persona y no encajaban en la imaginación. Desapareció la costumbre de los viajes, las cenas y las visitas a museos. Y poco a poco fueron olvidando los pequeños detalles que los

habían unido: el enlace con un video que alegraba la tarde, un toque de pantalla en el momento menos pensado, un holo-meme sorpresivo que los unía en la risa, un GIF tonto que solo ellos comprendían.

Así que la tarde en que Lucía dijo sin tapujos que no valía la pena seguirse mintiendo, él recibió la noticia con cierta liviandad a pesar del despecho y adoptó una engolada actitud ecuánime para decir que lo mejor era cortar de una vez y que tarde o temprano cada uno encontraría a alguien que le pudiera ofrecer la relación distante que toda persona sueña; y remató con el refrán popular que había escuchado toda la vida: «Amores de cerca, amores de gente terca». Pero cuando ella mencionó al chico de Instatok que había conocido semana atrás, la ecuanimidad se comprimió en una masa apretada de celos que Lucas tuvo que reprimir. No se lo había contado antes porque en principio solo se trataba de inocentes intercambios de emoji-gramas, holo-memes y una que otra conversación; pero el asunto se había

convertido en algo serio y estaba entusiasmada. Lucas escuchó apretando el control de mando del Xbox hasta que sonó el traquear de la pasta. Dijeron un chao seco y cerraron sus ventanas con un golpe de clic.

Después de la despedida se sintió fuerte y descansado, pero al día siguiente amaneció con un agujero frío en medio del pecho por el que se le desaguaban las ganas de vivir. El hueco se hizo más ancho y helado con el paso de los días. Para sobrellevarlo se entregó al trabajo y cuando el trabajo no surtió efecto, retomó, por consejo de un amigo, su olvidado avatar de SecondLife y se dio a excesos y aventuras inverosímiles que, aunque lo dejaron vacío y exhausto, le ayudaron a dejar de pensar en ella.

Meses más tarde, cuando resurgió la pandemia, renovada y dotada de defensas contra las defensas, y la población fue obligada a regresar a sus casas, pensó de nuevo en Lucía. La buscó en la red sin mucha esperanza, tal vez para demostrarse a sí mismo que lo había intentado todo hasta el último momento. Como había supuesto, ya ella no lo necesitaba.

III

Dos años más tarde conoció a Isabel en una discusión sobre arte digital en Reddit e hicieron conexión inmediata. Ella era extrovertida y directa y él ahora era más decidido. Desde el primer momento se identificaron en sus gustos musicales, tecnológicos y sexuales. Sin

muchos preámbulos se hicieron novios. Lucas volvió a vivir lo que ya consideraba irrecuperable: el tiempo de la felicidad completa, la sensación de no estar solo en el mundo, el amor, el cobijo de las relaciones establecidas.

Una tarde, haciendo limpieza de archivos se encontró una olvidada carpeta con fotos tomadas en la época de Lucía. La recordó con vívida intensidad, como si la tuviera frente a la pantalla. Se acordó de aquella fiesta de Mauricio Blandón, buscó la canción, la puso a sonar y sintió palpitar el viejo sentimiento; una vibración que nunca había vuelto a sentir, ni siquiera con Isabel, a pesar de todo lo que la quería.

Se preguntó si en aquella época no le habría faltado madurez para manejar las cosas de un mejor modo; si no hubiera sido preciso aguantar un poco más la presencia del otro hasta acostumbrarse a las nuevas

circunstancias, como lo habían hecho algunas parejas conocidas que sobrevivieron al período del contacto físico. O como lo habían hecho durante toda su vida las personas de antes de las pandemias. Pero recordó haber leído que incluso en esos tiempos pretéritos muy pocas parejas lograban sobrevivir a la presencia material. Eran casos excepcionales, producto de autoengaños enraizados o predisposiciones al sacrificio; o, en casos más excepcionales aún, pasiones desmesuradas provenientes de reencarnaciones anteriores. Dejó correr la canción hasta el final y la escuchó con una sonrisa: «Marejada feliz, vuelve y pasa por mí, aun yo digo que sí, que todavía pienso en ti». El sonido de la comunicación entrante lo sacó de la música. Le contestó a Isabel con un gesto enamorado.

PLANTAS CONTRA ZOMBIS

Hoy será el día, mi día, se dice Carlos Mario frente al espejo. Termina de pulir el nudo de su corbata, da un paso atrás y revisa el ajuste del saco y la perfección de los pliegues en el pantalón. Mira su reloj. Son las cuatro de la tarde. Solo hacia las seis estarán arribando los inversionistas franceses, pero él quiere llegar con tiempo suficiente por si surge algún inconveniente.

Todo tiene que salir perfecto. Sabe que Ernesto, su única competencia para aspirar al cargo de supervisor de bodegas, no haría las cosas con tanto detalle. Toma el maletín que ha dejado sobre la silla del comedor, saca el informe, lo pone frente a sus ojos y lee en voz alta, con tono seguro y dicción entrenada, el primer párrafo del discurso. Vuelve a guardar el documento, se ajusta el saco y va hacia la puerta

con zancadas firmes. De paso da una mirada a través de la ventana y se frena en seco. El cielo está nublado. Saca el teléfono y marca con premura.

—Aló, Fabián.

—Sí, jefe, buenas tardes.

—No contábamos con que fuera a llover. ¿Revisaste si el techo de la tarima está en buen estado?

—No he revisado, pero por ese techo nunca ha caído una gotera.

—¿Y alcanza a cubrir todo el sector de los in-vitados?

—Claro que sí, señor, ese techo es muy amplio, la única parte descubierta es la de la entrada, pero ahí no va a haber nadie.

—Bueno, vuelva a revisar de todas maneras y me cuenta.

Cuelga y marca para pedir un taxi. Se apoya en el borde de la ventana y mira el cielo ceniciento y las nubes oscuras. Vuelve la cara, preocupado.

Unos pocos pasos le bastan para recorrer varias veces la sala-comedor. Se sienta, tamborilea sobre la mesa y repasa la habitación con una mirada vaga. El pocillo blanco de su café matutino reposa abandonado en el centro de la superficie de madera. Agarra el pocillo, mira la borra empozada donde, piensa, podría estar escrito su destino, y bebe el nimio sorbo frío que

queda. Va hasta el lavaplatos y descarga el pocillo sobre el arrume de trastos sucios en el momento en que suenan los timbales del *ringtone* tropical. Da un brinco y contesta.

—Qué hubo, ¿revisaste?

—Soy yo…

El gesto expectante se trueca en una mueca agria al oír la voz del otro lado.

—…estoy en Urgencias del hospital…

De súbito la habitación y el cielo nublado desaparecen borrados por un terror que lo paraliza.

—¿Le pasó algo a Joaquín?

—No… Él está bien, lo dejé en el cumpleaños de Laurita… Soy yo la que está mal, me agarraron unos cólicos y me tuve que venir directo para el hospital.

El tono de animal herido de la última frase es un arma que conoce bien, pero que no por eso deja de punzarlo.

—Bueno… pero a lo mejor no es nada grave —Trata de minimizar.

—Para ti nada que no sea tuyo es grave.

—…

—Necesito que vayas a recogerlo y lo lleves donde mi mamá —La frase es seca y dura como un palazo.

—No puedo. Tengo una reunión de trabajo demasiado importante, precisamente…

—¿Hoy sábado?... ¿A esta hora?

—El día que sea y a la hora que sea, además este fin de semana no me corresponde...

—No hay nadie que pueda ir por él.

—¿Y tu familia?

—Mi mamá está sola con Roberto, que sigue recuperándose de la columna...

—Te estoy hablando en serio: no-pue-do.

—Pues te recuerdo que yo muchas veces he tenido que aplazar reuniones de-ma-sia-do-im-por-tan-tes para estar con él mientras tú haces tus cosas.

Carlos Mario aprieta el teléfono. A pesar del tono apacible las palabras salen golpeteadas:

—Pues te recuerdo que casi siempre he sido yo quien ha tenido que adaptar mis horarios a los tuyos...

—¿Ah, sí?… ¿Y cuándo ha sido eso concretamente? A ver, dime fechas

—La voz se empieza a quebrar.

Está seguro de lo que dice, pero no recuerda nada concreto para demostrarlo. Una llamarada en su cabeza encandila las palabras.

—Carlos Mario…

—…

—Aló, ¿Carlos Mario?

—Me parece que para estar tan enferma estás demasiado animada para discutir.

—Pues sí… Tú tienes la capacidad para ponerme… —La voz, sube de tono hasta casi ahogarse, se silencia de súbito y luego explota—: ¡Y a ti qué putas te va a importar lo enferma que esté!

El tintineo de una llamada entrante repica debajo del grito. Carlos Mario solo quiere contestar.

—Está bien… ¿A qué horas hay que recogerlo?

—A las cuatro y media —La voz parece cansada después de la explosión.

—Pero dile a tu mamá que esté atenta, que voy en un taxi y lo dejo de paso —No oye sus propias palabras, atento a la llamada que puja por entrar.

—¿Y por qué no la llamas y coordinas con ella? —El tono empieza a subir de nuevo.

—No me compliques más, por favor. Sabes que no tengo nada que hablar con esa señora. Dile que esté pendiente en la puerta a las cinco.

Corta sin dar tiempo a réplica y contesta.

—Qué hubo, Fabián.

—Listo, jefe, revisado, a ese techo no le entra nada.

—Perfecto. Termino de hacer una diligencia familiar y arranco para allá.

Con la tardanza del taxi y un trancón en la autopista Carlos Mario llega a la fachada del Salón de Fiestas Infantiles Piccolino a las cuatro

y cincuenta. Antes de tocar el timbre se abre la puerta y surge la figura alta y

rolliza de Spiderman acariciando la cabeza de un rubiecito pecoso tomado de la mano de su madre. Carlos Mario deja pasar a madre e hijo y se presenta ante Spiderman.

—Soy el papá de Joaquín Giraldo.

—Sí, adelante —escucha la voz distorsionada a través de la tela ceñida al rostro y le parece ver una sonrisa en la cara sin boca.

Cruza un pasillo adornado con serpentinas y llega al amplio salón principal. La pared del fondo está ocupada por un pelotero de dos niveles con un tobogán anaranjado. Hay varios sillones volcados aquí y allá y una montaña de caballitos de caucho arrumados en un rincón. La reina Elsa, su larga trenza nevada y el vestido blanquísimo contrastando con una piel morena, levanta bolas de colores desperdigadas por el suelo y las devuelve al pelotero. Junto a la boca del tobogán un niño de cabeza rapada, en la que un artista dibujó rombos y cuadrados con máquina de afeitar, empaca los dulces de la piñata en una bolsa. A su lado, el padre, con el mismo corte del hijo y una camiseta del Barcelona Futbol Club, tensa en el abdomen, espera concentrado en la pantalla del celular. Carlos Mario intercambia un saludo formal con el hombre a quien ha visto algunas veces a la salida del jardín.

Sobre una fila de mesas reposan restos de torta, servilletas arrugadas, vasos desechables y jarras de vidrio con restos de gaseosa. En una de las mesas, Florencia, la madre de la cumpleañera, acomoda los regalos dentro de una bolsa mientras su esposo sale halando a la niña en dirección a la puerta.

—Termino de organizar aquí y les caigo, amor —A las palabras de la mujer les sigue un beso mandado al aire.

Carlos Mario saluda de paso y busca con la mirada. Joaquín está extendido en el suelo, contra la pared de la izquierda. Ha organizado una línea de ataque con el zombi playero, el zombi yeti, el megazombi y el zombi bailarín, frente a una falange defensiva en la que se apretujan la planta hielaguisantes, el girasol, un jalapeño y la seta desesporada. Carlos Mario conoce de memoria cada uno de los personajes. Joaquín siente la sombra que se acerca y levanta la cabeza.

—¡Papá!

El niño sonríe contento, pero vuelve de inmediato al combate. Cuando el disparo de la hielaguisantes congela al zombi yeti y el megazombi se

aproxima a la línea enemiga, la batalla se ve interrumpida.

—Recógelos. En casa de la abuela sigues porque estoy de afán.

Joaquín refunfuña y empieza a empacar. Carlos Mario se acerca a Florencia, ocupada en llenar una segunda bolsa con regalos. Intercambian agradecimientos por la invitación y por la asistencia. Carlos Mario se apresura hacia la puerta. En mitad del pasillo se detiene y mira atrás.

Joaquín sigue en el mismo lugar, con la mochila de Mickey Mouse en la mano, buscando algo, preocupado.

—Apresúrate Joaco que la abuela…

Los timbales del *ringtone* cortan la frase. Contesta en el acto.

—Ya está la tarima lista, jefe, pero no encontramos la pila de los productos franceses para poner en las primeras filas.

—Estaban en la bodega de atrás, yo le dije a Mauricio que las trasladara desde allá.

—Pero es que Mauricio no vino hoy, se enfermó.

—¡Todo el mundo se enfermó hoy!… Bueno, vaya busque a Norberto y dígale que los recoja en el remolcador y los ponga donde deben ir.

Cuelga y se encuentra con el rostro angustiado Joaquín.

—No nos podemos ir.

Carlos Mario tuerce los ojos.

—¿Cómo que no nos podemos ir?

—No encuentro al zombi pirata ni a la planta carnívora.

—Bueno, mañana venimos por ellos.

—No, papá, no los puedo dejar.

—¿Cómo que no los puedes dejar? No les va a pasar nada.

—Este lugar está lleno de enemigos y estoy seguro de que los destruirán.

Carlos Mario se inclina y habla con impaciente delicadeza.

—Aquí no hay ningún enemigo, hijo, ellos van a estar bien acompañados, no les va a pasar nada por una sola noche.

—No, no los puedo dejar solos —es un quejido profundo, como si fuera él quien estuviera a punto de ser abandonado.

Carlos Mario pestañea, mira su reloj, respira hondo y se agacha.

Recorre en cuclillas el amplio salón. Revisa adentro y detrás del pelotero,

debajo de los sillones volcados y entre la montaña de caballitos de caucho.

Finalmente se yergue y da una mirada general por la sala.

—No están acá, hijo, quizás se los llevó por accidente alguno de los niños. Si alguien los tiene seguro el lunes te los llevan al jardín.

—Estoy seguro de que ningún niño se los llevó porque yo los tuve todo el tiempo conmigo.

Carlos Mario mira hacia los lados sin saber qué hacer. Marca su celular.

—Aló, Fabián, ¿Todo en orden?

—Todo bien, jefe. Ya está aquí el director administrativo y preguntó por usted.

—¿Y el gerente ya llegó?

—No, no ha aparecido todavía.

—Bueno, si aparece dígale que voy en camino.

Joaquín se ha sentado en el suelo con gesto inconsolable.

—¿Y dónde más estuviste con ellos?

Joaquín piensa un momento.

—En la sala donde estuvo el mago —Señala una colorida cortina de plástico junto al arrume de caballitos.

Carlos Mario cruza la cortina y Joaquín va tras él. En el centro de la sala hay un teatrino con estructura de tubos plásticos, cubierto con tela negra.

Contra la pared del fondo hay un sofá y varias sillas vueltas de revés. Carlos Mario corre la tela del teatrino, mira en su interior y luego va a hacia el sofá. Trata de moverlo. Saca su pañuelo, lo acomoda en el piso, se arrodilla y se pone en cuatro patas para mirar debajo. Spiderman entra con una escoba y se queda mirando la escena. De la cara sin gestos se escapa una risita tímida. Carlos Mario alcanza a escuchar y se incorpora, molesto.

Spiderman da un salto y se pierde detrás de la cortina. Carlos Mario se palmotea el pantalón y mira al niño.

—Se acabó, no están. Nos vamos.

Toma la mochila, la pone con firmeza en las manos de Joaquín y cruza la cortina. Sigue derecho hacia el pasillo. Joaquín se queda parado en mitad del salón principal.

—Es que no los puedo dejar, papá, no los puedo dejar aquí solos.

Carlos Mario se devuelve, lo agarra del brazo y lo arrastra. Joaquín solloza. Florencia y la reina Elsa, aplicadas a doblar manteles, detienen su labor y miran atónitas. Carlos Mario las ignora y sigue arrastrando a Joaquín, que se agarra de una columna. Lo hala con violencia y el niño suelta un chillido de bestia sacrificada. Florencia se acerca, toda indignación, y se dirige al niño sin determinar al padre.

—¿Qué pasa, Joaquito?

Carlos Mario, lo suelta, incómodo. Contesta por su hijo a modo de disculpa.

—Perdió un zombi pirata y una planta carnívora y yo tengo una cita urgente.

Florencia pasa una mirada fría por la cara de Carlos Mario y se dirige al niño con una ecuanimidad y una dulzura aleccionadoras, humillantes.

—¿Y recuerdas dónde los viste por última vez?

Joaquín arruga la frente en un esfuerzo por recordar, como si esa fiesta hubiera ocurrido hace muchos años. Carlos Mario acerca su cara a la del niño y le habla con una ternura forzada que palabra a palabra se va convirtiendo en súplica.

—Hijo, si no llego temprano me echan del trabajo y si no tengo trabajo no tendré con qué comprarte zombis ni plantas nunca más. Te prometo que mañana venimos a buscarlos.

Lo toma de la mano tratando de conciliar suavidad y determinación.

—Vamos —Se yergue, hace un megáfono con las manos y habla en voz alta—: ¡Zombi pirata y planta carnívora: no se preocupen que mañana vendremos por ustedes! —Vuelve a Joaquín y le susurra al oído, en un intento de complicidad—: Diles que es solo una noche.

El niño lo mira fijo, con un dolor hondo que viene de mucho antes de esa tarde.

—Una sola noche puede ser siempre.

Un barullo de imágenes y sentimientos se entremezclan en la cabeza de Carlos Mario. El *ringtone* tropical lo saca del estupor.

—Qué hubo Fabián.

—Ya llegó la jefa de comunicaciones, preguntó por usted y le dije que no tardaba.

—¿Y los franceses?

—Ella ha estado chequeando el viaje por internet. El avión está a quince minutos de aterrizar. Del aeropuerto vienen directo para la bodega. O sea, que a más tardar en una hora están aquí.

Carlos Mario hace cuentas mentales.

—En cuarenta minutos estoy allá. Cualquier cosa me llama.

Cuelga y encuentra los ojos de Florencia y la princesa Elsa clavados en él. No atina a pronunciar palabra. De pronto, Joaquín se golpea la frente con la palma de la mano.

—¡Ya me acordé! —Arranca a caminar y cruza la puerta del fondo, detrás del pelotero.

Carlos Mario lo sigue hasta la entrada de un patio extenso, a techo

abierto, con un gran árbol en la mitad y una escalera en espiral que sube al segundo piso bordeado de barandas. Joaquín se detiene en el umbral. Su rostro se tensa, confundido, como si de un momento a otro le hubieran cambiado la casa.

—¿Dónde? —Lo urge Carlos Mario.

—Aquí había un carrito para montarse.

—¿Y?

—Estoy seguro. La silla se levantaba y yo los metí ahí adentro.

—¿Estás seguro?

El niño duda y se larga en llanto. Carlos Mario lo toma del brazo y vuelve al salón principal. Florencia está ocupada en hacer un solo paquete con la bolsa de los regalos y los manteles.

—Discúlpeme, Flor, Joaquín dice que en el patio de atrás había un carrito para montarse.

Florencia deja el paquete, se estruja las manos y después de un instante de reflexión arranca decidida hacia el patio. Carlos Mario y Joaquín la siguen. La mujer pasa al lado del árbol y sube por la escalera en espiral.

Camina por el corredor de la planta alta y cruza una puerta. Trepado a una escalera, un hombre de overol acomoda objetos en el escaparate que ocupa dos de las paredes del salón.

—Don Enrique —El respeto en la voz de Florencia es casi miedo.

El hombre se da su tiempo para girar. El gesto hosco aglomera arrugas en la base de la nariz. La piel reseca, los brazos peludos y la barba amarillosa le dan un aspecto de marinero de tira cómica.

—¿Qué pasó? —gruñe.

—Es que al niño se le perdieron una planta carnívora y un zombi pirata.

—¿Y a mí qué? Acá siempre se les advierte que no traigan juguetes para evitar esos problemas.

Carlos Mario da un paso hacia la escalera y habla con humildad.

—Es que él dice que los dejó en un carrito que estaba en el patio.

Enrique desciende paso a paso, un resoplido por peldaño.

—¿Qué carrito? —refunfuña una vez en el suelo.

—Uno en el que uno se monta y lo impulsa con los pies —Joaquín lo mira esperanzado.

—Ahh.

Enrique mueve la escalera hacia la otra esquina de la habitación, sube con parsimonia y abre la puerta de uno de los cajones superiores. Revisa entre un amasijo de juguetes y objetos atiborrados, apuntando las cosas con el dedo y susurrando para sí mismo, como si las nombrara. Agarra una llanta que sobresale entre la cabeza de una muñeca y un dinosaurio. Hala con fuerza y tras la llanta caen autos, pistolas, aviones, balones, máscaras y pines de bolos haciendo estrépito en el suelo. Una pelota de caucho permanece rebotando en medio del silencio posterior al estruendo. Enrique iza un pequeño carro plástico con farolas en forma de ojos, cabrilla fosforescente y un sillín para sentarse a horcajadas.

—¿Este?

Joaquín grita alborozado. Enrique baja a su ritmo, descarga el carro y se queda mirando con fastidio los juguetes desperdigados en el piso. Joaquín corre a levantar el sillón que funciona como tapa. De la pequeña bodega surge la boca abierta con dientes puntiagudos de la planta carnívora. A su lado, el zombi con candonga y pañoleta roja expone la mueca agónica que parece una sonrisa.

Las nubes espesas oscurecen el día antes de tiempo. En la esquina no pasan taxis. Carlos Mario y Joaquín caminan un par de cuadras hasta la

calle principal. Cruzan carros indiferentes a las manos extendidas de padre e hijo. Suenan los timbales.

—Ya estoy llegando...

—Menos mal, porque mi mamá me acaba de llamar preguntando qué pasa que no apareces.

Carlos Mario suelta un resoplido y va a pronunciar la primera palabra de la andanada iracunda cuando un taxi se detiene a su lado.

—Dile que voy en camino —corta seco y mete al niño en el carro.

El aguacero se desata, abrupto. Carlos Mario siente que es a él a quien golpean las gruesas goteras que chocan contra la ventanilla. A su lado, Joaquín saca los zombis y las plantas y organiza una fiesta de recibimiento para los recién aparecidos. El flashazo de un relámpago obnubila al chofer, que frena, y sobre el estallido del trueno que le sigue suena el *ringtone* tropical.

—Jefe, por aquí está cayendo granizo —Fabián se oye agitado.

—Me dijiste que no había problema con la lluvia.

—Con la lluvia no, pero nunca había caído granizo. Son como piedras.

Hicieron un hueco en la teja.

—¿Y? —La breve pregunta es más bien un ruido bronco.

—¿Qué hacemos?

Una horda de zombis coléricos invade el taxi y se concentra en los pulmones de Carlos Mario.

—¡Es que no puede solucionar nada usted solo, estúpido! ¡Sirva para algo! ¡Arregle eso y no me joda más la vida! ¡Zurumbático!

Corta con la respiración alterada. El taxista lo mira por el espejo retrovisor. Joaquín se abraza a los peluches. Carlos Mario trata de recomponerse, mira al frente y permanece en silencio. Afuera de la casa, la suegra espera bajo un paraguas. Carlos Mario abre la puerta del taxi y le da un beso apresurado a Joaquín. El niño le pide que se despida de la planta carnívora y del zombi pirata. Carlos Mario besa los muñecos, espera que su hijo esté bajo el paraguas y, sin levantar la vista hacia la mujer, le pide al taxista que lo lleve a las bodegas de la empresa. Tres cuadras más adelante dan con el trancón de la autopista. Carlos Mario se inclina y mira ansioso a

través del vidrio delantero cuando irrumpe el timbaleo del teléfono.

Contesta azorado.

—Ya estoy entrando…

—No se apure jefe, la jefa de comunicaciones acaba de avisar que el avión no puede aterrizar por el mal tiempo y que se cancela el evento hasta nueva orden.

—…

—¿Jefe?

Carlos Mario corta y se desmadeja sobre el espaldar de la silla. La mirada vacía apenas registra los torrentes de lluvia diagonal al otro lado del vidrio. El taxi se queda parado en medio del trancón y el aguacero. Al frente, la fila interminable de carros. A los lados, galpones industriales y lotes vacíos. Entre el golpeteo del granizo irrumpe de nuevo el *ringtone*.

Carlos Mario deja el teléfono a un lado de la silla, sin mirarlo. El taxista refunfuña y se pega de la bocina. A los timbales del *ringtone* se suma ahora un ritmo de tambores y luego entran trompetas y saxofones en una melodía plena que Carlo Mario, siempre urgido por atender al primer sonido, escucha completa por primera vez. De pronto, el tema se corta. Los ojos empequeñecidos del taxista se reflejan enmarcados por el espejo retrovisor.

—¿Qué hacemos? —Señala, irritado, hacia los carros de adelante.

Carlos Mario mira a través de la ventanilla. Un zapato chueco y un zurullo de periódicos bajan arrastrados por la corriente del borde de la vía.

Se inclina hacia adelante y le habla con desgano al fragmento de taxista de adentro del espejo.

—Ponga música mientras tanto.

LA GRAN CARRERA DE JAIME LUIS

CORREA

Aquí viene subiendo las escaleras con ritmo vertiginoso, pasa uno, pasa dos, pasa tres hombres agarrados a la baranda, doblegados ante la dificultad de esta dura pendiente, Jaime Luis Correa sigue de largo, señoras y señores, sin mirar el rastro de rezagados que deja a su paso, ahora se balancea de lado a lado con la carpeta de documentos en la mano, el paso sostenido, la mirada arriba, a lo alto, a donde solo llegan las águilas, y atención que en este momento encara el tramo más empinado, se inclina hacia adelante impulsándose con todo el cuerpo y devora los últimos cuatro, tres, dos escalones para coronar la cima y encarar el terreno llano que lo llevará a las oficinas del doctor Rengifo, jefe de personal… *Sí, Jairo, cincuenta segundos, seis décimas, catorce centésimas, marca mi cronómetro Seiko…*

Relojes Seiko, la hora precisa en cada momento del día, diseño y precisión suizos con la mejor tecnología japonesa … *Hay que anotar, Jairo y oyentes, que aunque se trata de un gran tiempo no le alcanza para batir su propio récord en esta subida que comunica los pisos siete y ocho y cuenta con un diez por ciento de desnivel, recordemos que su mejor marca está en cuarenta y nueve segundos y ocho décimas, obtenida el seis de febrero del 2016, aquella mañana en que fue llamado de improviso a la reunión de la junta directiva para entregar un informe de gastos*… Gracias, Reynaldo, aquí seguimos con Jaime Luis que afronta el pasillo lateral, pasa al lado del surtidor de agua, saluda a la secretaria de pedidos, gira inclinando su cuerpo sobre la curva, encara la recta y avanza entre la hilera de módulos del departamento de sistemas, aprieta aún más el paso, pero atención que en este momento aparece, saliendo del pasillo lateral, Emilio Castro… *su eterno antagonista, y segundo asistente de contabilidad*… quien se pone a su altura con claras intenciones de adelantarlo, pero Jaime Luis porfía por tomar la punta… *cabe recordar que hace dos años, estos dos hombres disputaron codo a codo el puesto de primer asistente de contabilidad, cargo*

que al final quedó en manos de Jaime Luis por una mínima diferencia…

Atención que se aproximan a los últimos veinte metros, demarra Emilio, aguanta Jaime Luis, quien parece quedarse un poco, empuja Emilio, pero atención que Jaime Luis lanza un envión seco con sus últimas reservas, se adelanta, estira las manos y ¡llega en primer lugar al escritorio de la secretaria del doctor Rengifo!… *embalaje digno de* foto finish *, y es relevante el despliegue de fuerza y estrategia que acaba de hacer Jaime Luis, confirmando de este modo su condición de hombre potente en todos los terrenos*… pero atención que Jaime Luis ahora se inclina hacia la secretaria y entre jadeos, que como girones del reciente sacrificio agitan su respiración, emite un mensaje: «¿Sandrita, el doctor estará desocupado?».

La secretaria levanta el recién maquillado rostro en cuyo centro resplandece una sonrisa: «Está un poco ocupadito, pero espérelo que precisamente él me pidió que lo llamara». Sí, señoras y señores, eso ha dicho la secretaria, que es el doctor Rengifo quien requiere comunicarse con este egregio gregario perteneciente a las filas del equipo de contabilidad, espíritu leal que no asume con soberbia el privilegio de ser indispensable para sus superiores, sino que, por el contrario, ahora deja aflorar en su rostro un gesto de extrañeza, y yo diría que de cierta desazón… *es explicable tal expresión si tenemos en cuenta las circunstancias por las que atraviesa la empresa en el momento, y en ese sentido hay que decir que la intención del doctor Rengifo de hablar con Jaime Luis puede constituir un arma de doble filo*…

pero a pesar de la nube de incertidumbre que se cierne sobre el paisaje de su ser, Jaime Luis mantiene la compostura y con actitud sobria se dirige al sillón de espera donde ya vemos acomodado a un Emilio Castro cejijunto que entreabre la boca a punto de lanzar un ataque, Emilio mira fijamente a la secretaria, y atención que suelta su vozarrón en dirección a la dama: «¿Le puede decir al doctor que yo también necesito hablar con él lo más pronto posible?». Sandra asiente y riposta en el acto: «Yo le digo, pero mejor vuelva más tardecito porque no sé si el doctor se demore con Jaime Luis».

Emilio se yergue enérgicamente, apunta con una mirada de amarga soberbia y sin agregar palabra arranca por el pasillo, desandando el camino por el que hace pocos segundos fue derrotado en franca lid a manos de un Jaime Luis Correa que lo ve perderse en la curva de la fotocopiadora y ahora baja la mirada hacia la carpeta que tiene entre las manos, la observa pensativo, pestañea y, atención, parece que una duda se ha instalado en su mente, retira

la banda de caucho que aprieta el cartapacio y se dispone a abrir la carpeta… *es la cuarta vez que abre la carpeta en esta tarde: la primera fue para meter una hoja que le faltaba; la segunda, diez minutos después, para sacar un documento sobrante, y la tercera, para comprobar que estuvieran todos los papeles requeridos; sin embargo, es en esta ocasión en la que se ha tomado menos tiempo: tres segundos, cinco décimas*… Y ahora, haciendo gala de los movimientos precisos y medidos que caracterizan su estilo, Jaime Luis extrae de la carpeta una hoja, la examina, se concentra en el adminículo de papel, la mirada atenta y hurgadora del perfeccionista, y atención que un rictus de desconcierto transforma su semblante, algo ha pasado señoras y señores, Jaime Luis mira a la secretaria, vuelve a observar los papeles y parece que se ha dado cuenta de algo grave porque se pone de pie y arranca a toda velocidad en dirección al pasillo por donde hace poco se marchó Emilio… *destaquemos el gesto de incomprensión que ha esgrimido la secretaria al verlo salir tan veloz e inesperadamente*… sí señor, aquí vamos con Jaime Luis que deja atrás los cubículos del Cabezón Martínez, del petizo Camilo Suaza y el de Roger «Chancleta» Mejía, técnico, asistente y jefe del departamento de sistemas, respectivamente, se acerca a la ventanilla de la fotocopiadora, ¡qué paso impresionante lleva este hombre!… A ver, parece que tenemos un reporte importante desde la retaguardia, haaaga el cambiooo, Bertulfo… **Yaaaa lo hice, con aceite Rimula que mantiene la viscosidad y el motor le dura más, atención Jairo y queridos oyentes que con la partida de Jaime Luis se ha producido movimiento aquí en la zona de la oficina del doctor Rengifo…** ¿Qué pasa, Bertulfo? Díganos… **Le cuento que Sandra acaba de**

marcar un número interno en el teléfono y luego de preguntar por Emilio Castro le ha dejado razón de que se acerque lo más pronto posible al despacho del jefe de personal porque tal vez haya quedado libre el turno… Gracias, Bertulfo, mientras tanto Jaime Luis se acerca a las escaleras, llega a los primeros escalones y ¿qué está haciendo este hombre, señoras y señores?, ¡prácticamente se lanza de bruces al abismo!, supera el primer tramo en dos brincos… *Tiempo parcial en el rellano: quince segundos, ¡impresionante!, es el mejor registro en toda la historia de sus bajadas por estas escaleras*… Ahora enfrenta el segundo tramo en un verdadero descenso a tumba abierta, dos saltos suicidas lo llevan al final de las escaleras y sigue de largo hasta la puerta de acceso al piso séptimo…

Tiempazo, indudable nuevo récord: veinticinco segundos, nueve décimas, esto es una completa locura… Sí, cómo locura son los precios de almacenes El Baratillo, todos los artículos para el hogar a los mejores precios y ahora por el sistema de club, venga y denos el gusto de atenderlos, Jaime Luis pasa por la cocineta, hace un quiebre de cintura para no chocar con Catalina Suárez, la despampanante jefa de comunicaciones, sigue de largo, acelera, aprieta los dientes, levanta la cabeza y, ¡atención!, se encuentra de frente con Emilio Castro que viene apresurado en sentido contrario… *Con seguridad, rumbo a la oficina del doctor Rengifo*… Emilio expone una sonrisa sobradora, casi podríamos decir que desobligante… *Y a Jaime Luis, por la manera como ha fruncido el ceño, parece que no le ha hecho mucha gracia tal actitud; de todas maneras recalquemos que se trata de una situación poco común esta de competir con un rival que viene en sentido contrario*… pero ninguna circunstancia amilana a un varón de la estirpe de este hombre que ahora llega a su cubículo, se aproxima al escritorio, saca el cajón superior, busca con enjundia, lo cierra y extrae magistralmente la gaveta inferior… *Son notables la precisión y el profesionalismo con los que ejecuta cada uno de los movimientos, y en esa habilidad casi inconsciente se hace evidente el amplio kilometraje que tiene en estas lides*… Claro, mi querido Reynaldo, la experiencia no se improvisa, ahora Jaime Luis saca una, saca dos, saca tres carpetas, revisa con la rápida minuciosidad de los campeones, se detiene en una de ellas, extrae un documento, lo toma con los dedos y ahora su labios dibujan una sonrisa… *Parece que ha encontrado el papel, circunstancia muy importante en este momento puesto que, si se emplea a tope, todavía podría tener posibilidades de alcanzar a Emilio y mantener el turno ganado en el primer embalaje*… Esperemos que sí, Reynaldo, pero eso depende del avance que haya alcanzado Emilio, ¿cómo van las cosas por allá, Bertulfo?, haaaaga el cambiooo… **Yaaaa lo hice, con aceite Rimula que mantiene la viscosidad y el motor le dura más, sí, Jairo, le**

cuento que Emilio acaba de coronar las escaleras, está entrando al piso octavo con un paso muy fuerte y me parece que a Jaime Luis le va a quedar muy complicado darle alcance… Gracias, Bertulfo, Jaime Luis sale del cubículo, colisiona levemente con el practicante de comunicaciones, pero sigue de largo y ahora cruza la puerta que da a las escaleras, emprende el ascenso con un envión potente, remonta ocho, doce escalones en tres zancadas, llega al

rellano y continúa superando de cuatro en cuatro los peldaños del segundo tramo, toma una bocanada de aire y con otra fuerte arremetida corona la cima, ¡es increíble lo que está haciendo este hombre!… *Impresionante: cuarenta y ocho segundos rayados, no solo bate su propia marca sino el récord general que ostentaba el exempleado de sistemas Gustavo Adolfo Zapata desde aquella histórica jornada del 6 marzo del 2014, cuando, después de encontrar en su escritorio una impersonal carta de despido, subió las escaleras en un tiempo de cuarenta y ocho segundos y nueve décimas para dirigirse a la oficina de gerencia, a donde entró sin pedir permiso y se abalanzó sobre el gerente general propinándole dos puños de izquierda y cuatro de derecha, que produjeron lesiones varias al ejecutivo y la respectiva detención policial y posterior despido sin indemnización del atacante*… Atención que ahora Jaime Luis entra al pasillo del octavo piso con un retraso de treinta segundos con respecto a Emilio, elude a Mariano Gutiérrez quien pretende detenerlo para ofrecerle una boleta de la rifa de un pollo y una botella de aguardiente, avanza unos metros, merma el ritmo ante la aglomeración de empleados frente a la cafetería, busca un espacio, se escabulle y retoma su camino con una pérdida de tiempo que esperamos no dé al traste con su intención de alcanzar a Emilio, a ver, Bertulfo, cuéntenos qué pasa en cabeza de carrera, haaaga el cambiooo… **Yaaaa lo hice, con Rimula que mantiene la viscosidad y el motor le dura más, sí, Jairo, precisamente en este momento acaba de arribar Emilio ante el escritorio de la secretaria, quien se muestra sorprendida por la inmediatez con que acudió al llamado y un tanto apenada le pide que la disculpe ya que el doctor Rengifo todavía no se ha desocupado, Emilio responde que entonces por qué diablos lo mandaron llamar, Sandra permanece en silencio y ahora Emilio gira su rostro en dirección al pasillo y observa con un amplio gesto de desagrado la figura de Juan Luis acercándose a toda velocidad…** Sí, señoras y señores, Jaime Luis vuela tragando metros de suelo entapetado, da los enviones finales y llega ante el escritorio con un último estertor… *Exactamente a treinta y nueve segundos de Emilio*… Jaime Luis se inclina ante la secretaria con ademán interrogativo, Sandra contesta que el doctor todavía sigue ocupadito, Jaime Luis asiente, vuelve a la silla de

espera y se sienta al lado de un Emilio Castro que apenas lo mira de reojo… *Se trata de una situación típica en la que ambos competidores se miden, se miran y se estudian en una especie de*

vértigo previo a la confrontación, solo que en este caso queda en el aire la duda de si el triunfo moral está en quedarse o en irse… Pero ojo que la tensión muscular de Emilio advierte una inminente arremetida y en efecto ahora se pone de pie, se impulsa con fuerza en dirección al escritorio de Sandrita y afirma categóricamente que «Ahora soy yo quien tiene el turno», estira el brazo y señala a Jaime Luis sin mirarlo, «Porque él lo perdió», la secretaria duda y se acomoda el pelo, responde que no contaba con el pronto regreso del primer asistente de contabilidad, quien, para infortunio de Emilio, mantendrá su turno. Emilio refunfuña, lanza una mirada fulminante y con un pique seco y contundente arranca por el pasillo que lo ha visto pasar ya varias veces en el transcurso de esta tarde… *Es importante destacar que esos demarrajes abruptos son ya una característica del estilo de Emilio, como lo vimos, por ejemplo, el año pasado en la reunión de planeación estratégica, cuando abandonó bruscamente la reunión al considerar que no se le daba suficiente importancia a sus propuestas*…

Atención que ahora suena el teléfono interno de la secretaria, levanta la bocina, escucha atentamente y transmite a Jaime Luis la orden de pasar, Jaime Luis se pone de pie, acomoda su saco, toma aire y carpeta en mano da uno, dos, cuatro pasos hacia el interior de la oficina, con qué ímpetu cruza la puerta… *Esta es la décima octava ocasión que Jaime Luis ha entrado en la oficina del jefe de personal en el transcurso de sus quince años al servicio de Continental Insurance Company*… Continental Insurance Company, su mejor opción en seguros contra accidentes, ofrecemos tranquilidad en un mundo en el que todo puede ser peligroso, consulte con nuestros asesores en el 15072945, Jaime Luis va directo al escritorio, descarga la carpeta sobre la superficie de caoba, la abre con diligencia y se dirige al jefe de personal en tono respetuoso pero seguro:

«Aquí está mi propuesta, señor», el doctor Rengifo carraspea, se pone de pie, sale de atrás de su escritorio, da cinco pasos en dirección a la ventana, apoya la mano en el alféizar, gira el rostro hacia Jaime Luis y dice que

«Dadas las circunstancias por las que está atravesando hoy la compañía no es el momento para hablar de esa propuesta», y atención señoras y señores que el rostro de Jaime Luis se enfurruña, el doctor Rengifo parece no advertirlo, «Precisamente quería hablar con usted para comunicarle que, como parte del proceso de reingeniería que

venimos adelantando —Jaime Luis palidece, parece ahogarse y su rostro muda en una expresión

aterrorizada—, hemos empezamos a implementar cambios que nos llevan a tomar decisiones incómodas que exigen sacrificios», pero atención que Jaime Luis da vuelta abruptamente, se impulsa con potencia hacia la puerta de salida y deja al doctor Rengifo con el final de la frase aprisionado en el silencio mudo de su paladar ejecutivo, Jaime Luis cruza rabiosamente al lado de la asombrada secretaria, sigue por la extensión del pasillo, pasa raudo frente a la oficina del jefe administrativo, deja atrás la ventanilla del archivo, voltea por el recodo que da a los servicios sanitarios, se encierra en uno de los baños, baja la tapa, se sienta, apoya los codos en sus rodillas, la cabeza en las manos y permanece sumido en un profundo silencio… *No se quede en silencio, exprese sus emociones con el nuevo Nokia 7.1, que permite la mejor comunicación gracias a su cámara doble con óptica Zeiss y su potente procesador Qualcom-Snapdragon. Nokia, el único dispositivo que usted necesita*… Atención, señoras y señores, que en este momento un par de lágrimas surcan los pómulos de Jaime Luis, por la mejilla derecha desciende una gotera de cabeza gruesa que se adelanta superando a su equivalente del lado izquierdo para llegar en primer lugar a la comisura del labio, lágrimas de dolor contenido, lágrimas de coraje, señoras y señores…

Cabe anotar, Jairo, que esta es la primera vez que Juan Luis se encierra en un baño a llorar y la tercera ocasión en que derrama lágrimas dentro de las instalaciones de la empresa, la primera fue aquella del año 2009

cuando se machucó los dedos con la puerta de la cocineta y la segunda en julio de 2011 en el momento en que le entregaban el diploma que lo acreditaba como el mejor empleado del semestre… Pero atentos que nuestro hombre parece reaccionar, toma una bocanada de aire, aprieta los puños, se incorpora, limpia su cara con los manotazos duros de un espíritu aguerrido que afronta con entereza los vientos desfavorables y sale del baño decidido, qué arrestos los de este hombre, vuelve al pasillo, flanquea la oficina del jefe administrativo, pasa junto al escritorio de la secretaria del doctor Rengifo que lo llama, pero Jaime Luis sigue de largo, la frente en alto, el porte enhiesto, se adelanta hacia las escaleras y ahora merma la velocidad para encarar el descenso… *Inteligente decisión la de aflojar el ritmo, ya que no es momento de gastar energías después de una noticia que lo enfrenta a tan incierto futuro*… Avanza por el corredor del séptimo piso, esquiva el carro de los tintos empujado por Marielita y llega a su puesto de trabajo, vemos cómo apaga su computador, se pone el saco, toma su maletín

y sale con expresión tensa… *Que no es ya el reflejo del esfuerzo físico, sino la manifestación de un profundo drama interior*… Sigue derecho sin atender a los rostros curiosos que atisban desde los cubículos, sale al pasillo lateral, se aproxima a la puerta del ascensor, hunde el botón con la flecha verde que apunta hacia abajo y espera pensativo… *Permítanme anotar que no sé si sea el momento más adecuado para emprender la fuga, me parece que Jaime Luis reacciona llevado por un impulso visceral y no sabemos si cuenta con las suficientes reservas para sostener la aventura*… Atención que se abren las puertas metálicas, Jaime Luis entra, mira su reflejo en el espejo del fondo, gira sobre su eje para dar la cara a la puerta, extiende la mano, hunde el botón de mando y las láminas cromadas se cierran lentamente ocultándonos su figura… *La pregunta en este momento es: ¿a dónde se dirige?, ¿qué estrategia pretende poner en marcha para enfrentar la situación?, aunque no tenemos antecedentes de un hecho de tal magnitud en la vida de este hombre, podríamos especular teniendo en cuenta las reacciones más comunes en este tipo circunstancias, así que tal vez se dirija a un bar y proceda a emborracharse, aunque todos sabemos que Jaime Luis nunca ha sido aficionado a la bebi…* Disculpe, interrumpo su análisis, pero ahora tenemos información desde el interior del ascensor, a ver, Bertulfo, cuéntenos cómo van las cosas allá adentro, haga el cambio… **Ya lo hice, con Rimula que mantiene la viscosidad y el motor le dura más, sí, Jairo, aquí vemos cómo Jaime Luis se acomoda el saco y se mira en el**

espejo

de

la

pared

derecha,

saca

un

pañuelo

y

shritzzzzpiiiiiiiishirzzzzzwrriiiiiipisssssnidad firme apuntalándose en sus piesshritzzzzpiiiiiiiis y piiiiascensor se detieneshritzzz… A ver, Bertulfo, ¿qué pasa?, ¿me escucha?…

shritzzzzscensor acaba de parar en el piso cuarto, se han abierto las puertas y en este momento entra Carlitos Bernal, conocido en el ambiente empresarial por el sobrenombre de Radiobemba, quien porta el número 2345 en su carné, se queda mirando a Jaime Luis con curiosidad y un cierto gesto que podríamos llamar de avidez chismográfica, Jaime Luis por su parte pretende ignorarlo pero Bernal shritzzzzpiiiiiiiisshirzzzzz … A ver, Bertulfo, ¿Bertulfo?… *Mientras vuelve la señal, recordemos que Carlitos Bernal fue quien en abril del año 2008 pidió cita con el jefe de personal para informar que su compañero, Bernardo Gutiérrez, gerente de ventas, se venía presentando al trabajo en estado de alicoramiento, lo que a la postre*

generó el despido de Gutiérrez… Disculpe, Reynaldo, pero parece que hemos retomado el contacto, a ver, Bertulfo… **Bernal ha dado una mirada detenida de arriba abajo a shritzzzzpiiiiiiiissrizzzzdecirle algo, vamos**

a

acercar

el

micrófono

a

ver

si

podemos

shritztrezzzpiiiiiiiireguntashritzzzzpiiiionde va tan temprano?, Jaime Luis permanece en silexeexptreeeeerrshritzztrwooopiiientonxxxxx mira al Carlitos Bernal que se refleja en el espejo y no al Carlitos Bernal que tiene

al

lado

y

contestrekkrrrrr

y

ahora

trekkkkshritzzzzzzzzzzzzzzzz… Bertulfo, ¿Bertulfo?, parece que perdimos la señal definitivamente, mientras tanto nos hemos desplazado hasta la planta baja donde esperamos el arribo de nuestro hombre, y atención que el tablero lumínico anuncia la llegada del ascensor, se abren las puertas, sale Jaime Luis maletín en mano, se desplaza por el *hall* de recepción, hace un rápido gesto de saludo a Darío, el vigilante, cruza la puerta principal y atención que se queda estaqueado en el umbral dando la cara a la calle con la mirada perdida, gira el rostro a izquierda y derecha, duda unos segundos y mira su reloj… *Son exactamente las cinco y veinte minutos de la tarde en mi reloj Seiko, precisión para los mejores momentos, adquiera los relojes Seiko en nuestras sede de la avenida General y en todas la joyerías Esplendor de todo el país*… Ahora Jaime Luis parece reaccionar, baja los escalones, se detiene en mitad de tráfico peatonal y luego de un titubeo se decide a afrontar la carrera Novena en dirección Norte, avanza con un ritmo parsimonioso que nunca le habíamos visto…

Un paso que no es digno ni de un entrenamiento… Pasan a su lado tres hombres de saco y corbata enfrascados en su conversación, seguidos por una dama de pelo morado jalada por un french poodle, Juan Luis los deja adelantarse sin pena ni gloria… *En otra ocasión apretaría el paso y daría la pelea*… Se acerca a la esquina de la Novena con Héroes de la Independencia, se bambolea con el empujón de un mensajero apresurado, avanza lentamente y se detiene en el semáforo peatonal donde vuelve a conectar con el lote del french poodle… *parece extrañarse de alcanzarlos sin haber corrido*… Ahora sus ojos vagan como buscando dónde posarse con alguna seguridad, mira hacia arriba, primero al cielo azul veteado de nubes algodonosas en esta hermosa tarde veraniega y luego un poco más abajo hacia los techos de los edificios… *Valga aclarar que no solo es la primera vez que Jaime Luis recorre estas calles en pleno horario de oficina,*

sino también la primera ocasión en que lo vemos mirar hacia arriba… El semáforo peatonal cambia a verde, el lote del french poodle cruza la calle, pero atención que Jaime Luis permanece detenido en la acera, sus ojos siguen el vuelo de una bandada de palomas que cruzan entre las cúpulas de los edificios Sorrento y Alamedas, el estruendo de un motor le hace bajar la vista al nivel de la calle, se dispone a cruzar pero atención que el semáforo peatonal vuelve a cambiar a rojo, la corriente de carros represados se desfoga sobre la avenida y Jaime Luis ahora toma sorpresivamente por Héroes de la Independencia en dirección Occidente, otra calle ajena a sus itinerarios habituales, si no me equivoco… *En efecto, Jairo, es una ruta que nunca ha transitado y me*

atrevo a afirmar que no tiene muy claro hacia dónde va… Sigue a paso muerto, desganado dueño del tiempo, ajeno a perseguidores y cacerías, se detiene frente a un kiosco de periódicos, mira las carátulas de las revistas, observa fotografías, el hombre del kiosco le exige que deje pasar a la gente, Jaime Luis mira la aglomeración formada a sus espaldas, retoma la marcha y llega hasta el parque Central donde se enfila por el sendero lateral izquierdo, ahora levanta la cabeza y mira en dirección a la fuente principal mientras aparece a sus espaldas un lote conformado por integrantes del Centro de la Tercera Edad Nuevo Amanecer con sus uniformes azul y rojo que ahora lo sobrepasan, Jaime los deja irse y llega a la fuente principal, busca una banca desocupada, va hacia ella y atención que ¡se sienta!... *Es la primera vez que tenemos registro de una acción de este tipo por parte de Jaime Luis en un día de semana, y es extraña la solvencia con que lo hace dadas las circunstancias por las que atraviesa…* Se acomoda en la banca, se inclina un poco, levanta la nalga derecha, busca la mejor manera de sentarse, recuesta la espalda sobre la tabla de madera y se queda mirando a la fuente donde chapotea un grupo de palomas… *Sí, señor, haga como Jaime Luis y mire la fuente, la fuente del ahorro, Supermercado Familiar la cadena de almacenes especializada en artículos familiares con precios entrañables y no se pierda nuestra maratón de los precios afectuosos del 23 al 27 de octubre…* Permanece sentado, ahora mira al hombre de costal al hombro que después de mojarse la cara en la fuente se dirige a la banca y se dispone a tomar asiento, Jaime Luis se corre para darle espacio, el hombre le sonríe, se arrellana, saca de su chaqueta un par de cigarrillos desbaratados, se lleva uno la boca y ofrece el otro a Jaime Luis que se queda mirando el adminículo, asiente en silencio y

atención que lo recibe, ¡esto es inaudito!, lo mete en su boca y acerca la cabeza hacia la pequeña llamarada que el hombre del costal le está ofreciendo, es increíble… *Este hecho suma más elementos extraordinarios a un día ya de por sí excepcional porque, como recordaran los aficionados, Jaime Luis no fuma y mucho menos acostumbra detenerse a intimar con desconocidos…* Sin embargo, Jaime Luis se desentiende del hombre del costal, vuelve su mirada al frente y se concentra en los chorritos de la fuente mientras da una calada honda al cigarrillo, tose, se ahoga, se dobla sobre sí mismo, expectora, pero ahora se recupera, vuelve a su posición en la silla e insiste dando una calada más… *Una clara demostración de que incluso en los momentos más difíciles Jaime Luis persevera hasta alcanzar la meta sin dejarse arredrar por los primeros obstáculos…* En efecto, parece que la última calada no alcanza a congestionarlo, ahora exhala el humo con apenas un leve tosido y lo mira dispersarse entre el fresco aire de la tarde, a ver, atención que

tenemos un reporte extra desde las instalaciones de la empresa, adelante Bertulfo, haaaga el cambiooo… **Yaaa lo hice con Rimula que mantiene la viscosidad y motor le dura más, le cuento que el jefe de personal recibió con bastante ecuanimidad la noticia de la fuga de Jaime Luis y mandó llamar a Emilio Castro, quien se encuentra en este momento en la oficina escuchado de boca del doctor Rengifo la noticia de su ascenso de segundo a primer asistente de contabilidad. Emilio escucha con gesto inexpresivo aunque alcanzamos a notar en su mirada cierto chispear ufano** … Gracias, Bertulfo, menos mal que Jaime Luis no puede enterarse en estos momentos de tan nefastas noticias, ha dado otra calada profunda sin sufrir percance pulmonar alguno, luego de lo cual mira el cigarrillo y lo arroja con displicencia en un notable golpe de autoridad, el objeto encendido dibuja una elipse en el aire y pasa rozando el pelo de la dama alta y estilizada que en este momento cruza frente a la fuente, se oye un grito ensordecedor, Jaime Luis levanta la cabeza, la dama palpa su cabellera y va hacia él clavándole una mirada asesina, Jaime Luis pide unas disculpas inaudibles entre los aullidos de la mujer que ahora revolea su cartera de bordes metálicos, Jaime Luis se pone de pie y corre hacia la salida del redondel, la dama va tras él, Jaime Luis toma el sendero lateral y da un envión fuerte y sostenido, mira hacia atrás, sigue avanzando hasta comprobar que ha logrado soltar a su persecutora, sale del parque, llega a la acera exterior, se detiene para tomar aire y mira su

reloj… *Son las seis de la tarde y cinco minutos en mi reloj Seiko, ahora con nuevos diseños y aplicaciones digitales…* Atención que este momento se escucha la tonada discotequera del *ringtone* de su celular, Jaime Luis saca el aparato, mira la pantalla, lo guarda, avanza unos metros, el *ringtone* persiste con estridencia, Jaime Luis vuelve a extraer el teléfono, titubea, contesta, saluda, al otro lado hablan largo, Jaime Luis escucha, asiente y ahora los músculos de su cara se distienden, la boca se arquea en una cuasi sonrisa, hay un fulgor en sus ojos, qué puede estar pasando, atención que tenemos reporte de última hora desde las oficinas, a ver, Bertulfo, haaaga el cambioo… **Yaaa lo hice, con Rimula que mantiene la viscosidad y el motor le dura más, en efecto, Jairo, estamos aquí junto al escritorio de Sandra, quien acaba de transmitir a Juan Luis el mensaje enviado por el doctor Rengifo, según el cual Juan Luis en su apresuramiento no dejó terminar lo que el jefe de personal quería comunicarle y que en resumen consiste en que no se ha contemplado su despido de la empresa sino, por el contrario, un ascenso del cargo de primer asistente de contabilidad al de jefe de departamento. La comunicación ha terminado con la aclaración de que dicho**

ascenso no incluye por el momento un aumento del salario proporcional a sus nuevas obligaciones, y que se le espera mañana en su horario habitual…

Gracias, Bertulfo, Jaime Luis ahora camina con sonrisa de renacido, emprende el camino de regreso dando imperceptibles salticos, aborda la calle Héroes, deja atrás el kiosco de revistas, ahora levanta la cabeza y observa a un grupo de colegiales que avanzan entre bromas y juegos, acelera el paso para cazarlos, se pone a su altura y los deja detrás… *Vuelve a ser el Jaime Luis que todos conocemos*… continúa en dirección Sur y pasa al lado de la fachada de Continental Insurance Company… *Su mejor opción en seguros contra accidentes: tranquilidad en un mundo en el que todo puede ser peligroso, no dude consultar con nuestros asesores en el 15072946*… Jaime Luis acelera el paso para no encontrarse con los empleados que abandonan el edificio una vez terminada la jornada laboral, toma la calle Sucre y mira su reloj… *Son las seis de la tarde y diez minutos en mi reloj Seiko, la hora precisa en todo momento, adquiéralo en todas las joyerías del país*… Parece que todo ha vuelto a la normalidad porque en este momento nos encontramos en el sitio exacto por el que Jaime Luis pasa todos los días a esta misma hora dispuesto a enfrentar el trayecto final de la

etapa… *Habría que aclarar que no se trata estrictamente de la misma hora de siempre, puesto que, debido a las circunstancias de esta tarde, lleva un retraso de cinco minutos con respecto a sus horarios habituales*… Ahora llega al cruce de la calle Novena con carrera Victoria, toma por esta última y alcanza a ver la fila del bus, acelera con el objetivo de lograr una buena ubicación, esquiva un carro-bicicleta de salpicón y llega a la cola… *Lo dicho, con la pérdida de los cinco minutos acaba de arribar a la fila en el puesto 45 cuando por lo general acostumbra acomodarse entre los veinte primeros; es probable que alcance a abordar este vehículo, pero de no lograrlo tendría que esperar una hora más hasta la llegada del próximo bus*… Juan Luis parece ser consciente de la situación, observa preocupado la cola formada por cinco secretarias ejecutivas, ocho estudiantes universitarios, diez obreros de construcción, doce operarias de confecciones, cinco vendedores ambulantes y una cantidad indeterminada de personas sin aparente ocupación, quienes ahora reaccionan entusiastas ante la llegada del camión colectivo que empieza a sorber la cabeza de la fila por su puerta delantera, suben diez, quince, treinta personas, encaran las escaleras con billetes enrollados en las manos apretadas, extienden el pasaje al conductor que lanza el surullo a la canastilla y entrega con agilidad las monedas del vuelto, cruzan la registradora, se meten apretujándose en el vientre de este noble vehículo transportador de la gente de mi pueblo, afuera Jaime Luis avanza con lentitud, mira con

nerviosismo las sillas colmadas y el abigarramiento de los pasajeros… *Por su gesto parece haber concluido que tendrá que hacer de pie la hora y media de trayecto, pero se puede consolar pensando que en los últimos kilómetros del viaje habrán descendido muchos pasajeros y le será posible disfrutar de un rato sentado al lado de la ventanilla*… Pero atención que sus cálculos parecen haber fallado porque el bus arranca con un hilo de gente colgando de su puerta, Jaime Luis lo ve irse con una mezcla de angustia e incredulidad, pero no se resigna y ahora emprende la persecución con un potente demarraje digno de sus mejores momentos… *Quince segundos marca la diferencia en los primeros cien metros, pero Jaime Luis se sostiene en el sprint*… El bus ahora da la curva para enfilar por la avenida Oriental, Jaime Luis se acerca, el vehículo vuelve a acelerar con fuerza al tomar la recta… *A veinticinco segundos llega la diferencia en este momento, y me parece muy difícil que pueda darle alcance dado que en la recta el vehículo desplegará una*

aceleración cada vez mayor… Pero Jaime Luis no piensa en aceleraciones ni probabilidades, se entrega a fondo, gruesas gotas de sudor bajan por su rostro, los dientes apretados del sacrificio, los pulmones a punto de estallar… *Al paso por el semáforo de la Alianza Francesa la diferencia alcanza los treinta y dos segundos*… Jaime Luis sigue a tope, la mirada al frente, vitoreado por los vendedores de mango biche con sal y papa criolla a lado y lado de la vía, y atención señoras y señores que el bus se detiene ante el cruce inesperado de un taxi… *Es increíble cómo a veces la suerte recompensa el esfuerzo, parecía impensable que esta cacería llegara a buen fin, pero las carreras no se definen hasta el último centímetro*… El bus reemprende la marcha, Jaime Luis extiende angustiosamente el brazo más allá de donde el cuerpo alcanza, un obrero de gorra naranja que viene colgado de la puerta hace espacio para que se agarre de la manija, Jaime Luis fuerza la posibilidad de sus dedos estirados y ¡agarra el tubo!...

¡Impresionante!, esto está fuera de cualquier predicción... Pero cuidado que aún no puede apearse, el hombre de la gorra corre su pie de apoyo para que Jaime Luis pueda apuntalarse en un pedazo del escalón, Jaime Luis pega un salto que no llega y atención que ha quedado colgando y su cuerpo es arrastrado por el bus… *Situación peligrosísima pues en caso de soltar el tubo probablemente sea arrollado por los vehículos que vienen detrás, sin contar las contusiones y las fracturas que pueda sufrir en la caída*… Ahora logra incorporarse sobre la marcha, da largas zancadas, se impulsa con un último resuello, su pierna derecha se eleva, vuela, avanza y ¡logra apoyarse en la escalerilla!... *¡Momento épico!, a partir de este instante puede considerarse oficialmente como pasajero del bus*… Sí, señoras y señores, y ahora vemos a nuestro Jaime Luis bamboleante, sudoroso, la sonrisa plena,

la mano levantada al cielo en ofrenda por este triunfo histórico mientras el bus se pierde al fondo de la calle, qué emoción, ¡que suenen las notas del himno nacional!, es ínfima mi garganta para cantar este momento, gracias Dios mío por darnos a esta casta de hombres de hierro que son los escudos de nuestras desgracias, perdónenme las lágrimas, perdónenme la voz quebrada, pero sé que todos ustedes también están llorando...

© Francisco Saldarriaga

Luis Miguel Rivas

Nació en Cartago en 1969 y creció en Envigado. Escritor. Con el fondo editorial de EAFIT publicó los libros de relatos *Los amigos míos se viven muriendo* (2007) y *Tareas no hechas* (2014), que fue finalista del Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana. Es autor de la novela *Era más grande el muerto* (Planeta, 2017) y del libro de poemas Hoy no quiero metáforas (Angosta Editores, 2018). Ha colaborado con las revistas *SoHo*, *El Malpensante* y los diarios *El Espectador*, *El Colombiano* y *Universo Centro* Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Otros títulos publicados por Seix Barral:

Ventana o pasillo

Malabarista nervioso

Consuelo Triviño

Bello animal

En torno al frenesí

Fanny Buitrago

La mirada de Humilda

Al diablo la maldita primavera

Alonso Sánchez Baute

El pelaíto que no duró nada

El campo al fin de cuentas no es tan verde

Víctor Gaviria

Cada oscura tumba

Octavio Escobar Giraldo

El buey descalzo

Los elogios de la tribu

Tratado de simiología

Hugo Chaparro

En pocas palabras

Felipe Escobar

Luis Miguel Rivas
Malabarista nervioso

Cada uno de estos relatos nos pasea por escenarios que no existen sino en la desmesurada imaginación de su autor: Rivas es un escritor exquisito y la suya es una sofisticación que apela a lo popular y a lo culto, al melodrama y al cine, a la vida del barrio y a la de los salones en donde entran pocos. Si usted quiere un libro para reír y llorar al mismo tiempo, no dude, lea de inmediato Malabarista nervioso.

«Puedo hacer fácilmente una lista de las cualidades de la prosa de Rivas: la austeridad y limpieza, la profundidad que no necesita ponerse un disfraz solemne, el humor, la ternura, la hijueputez en su justa medida... Pero, más allá de todo, achaco la solidez universal de sus escritos a un fenómeno concreto. Eso no tiene nacionalidad. Estamos ante un método de extracción minera que solamente se consigue con mucha sensibilidad y un talento fuera de lo común». Andrés Burgos

«Dije que Rivas es antioqueño pero no estoy seguro: lo deduzco del idioma que usa, enriquecido con localismos muy expresivos; lo deduzco por la forma como habla de Medellín y de Envigado. Se trata de una escritura que proviene de la oralidad pero que es consciente del ritmo narrativo de lo escrito; una escritura que puede hacer arte mientras deshace las frases hechas».
Darío Jaramillo Agudelo

Seix Barral Biblioteca Breve

Luis Miguel Rivas
Malabarista nervioso

Cada uno de estos relatos nos pasea por escenarios que no existen sino en la desmesurada imaginación de su autor: Rivas es un escritor exquisito y la suya es una sofisticación que apela a lo popular y a lo culto, al melodrama y al cine, a la vida del barrio y a la de los salones en donde entran pocos. Si usted quiere un libro para reír y llorar al mismo tiempo, no dude, lea de inmediato Malabarista nervioso.

«Puedo hacer fácilmente una lista de las cualidades de la prosa de Rivas: la austeridad y limpieza, la profundidad que no necesita ponerse un disfraz solemne, el humor, la ternura, la hijueputez en su justa medida... Pero, más allá de todo, achaco la solidez universal de sus escritos a un fenómeno concreto. Eso no tiene nacionalidad. Estamos ante un método de extracción minera que solamente se consigue con mucha sensibilidad y un talento fuera de lo común». Andrés Burgos

«Dije que Rivas es antioqueño pero no estoy seguro: lo deduzco del idioma que usa, enriquecido con localismos muy expresivos; lo deduzco por la forma como habla de Medellín y de Envigado. Se trata de una escritura que proviene de la oralidad pero que es consciente del ritmo narrativo de lo escrito; una escritura que puede hacer arte mientras deshace las frases hechas».
Darío Jaramillo Agudelo

Seix Barral Biblioteca Breve

Document Outline

- Portada
- Página del título
- Copyright
- Contenido
- Fantasma sin énfasis
- La sonrisa de nuestra señora
- San Cristóbal
- El muerto sigue bien
- A mí lo que me mató fue ese salsaludo
- ¿Podría apagar la luz?
- Marejada feliz
- Plantas contra zombis
- La gran carrera de Jaime Luis Correa
- Contraportada